

ROMANICA

Merche Diolch

UNA PAUSA
EN EL DESIERTO
A CITY OF LOVE: VOL. 5

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, septiembre 2019

© 2019 Merche Diolch

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Unos días antes...](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Para Juan
Un viaje, un recuerdo, una vida...

Los hombres cultivan cinco mil rosas en un mismo jardín... Y no encuentran lo que buscan...

Antoine de Saint-Exupéry.

Prólogo

—No puedo... —dijo descolocándolo.

Este detuvo su caminar, parándola también a ella.

—¿Por qué?

Cleo rompió su contacto y atrapó la trenza que se había hecho para recoger su cabello.

—Mi vida está allí. Es lo que conozco, donde debe seguir...

—No lo entiendo. Aquí también puedes construir una nueva vida y no estarás sola. Estaré yo a tu lado.

Ella sonrió con pesar.

—Apenas nos conocemos, Abel...

—Pues resolvámoslo —le dijo agarrando sus manos—, pero para eso necesitamos tiempo, un tiempo que no existe si te marchas.

—Es complicado...

—Es tan complicado como tú quieras hacerlo —la rebatió—. ¿Te gusto?

Miró sus manos unidas y suspiró.

—Más que eso —indicó, dándole esperanzas—, pero esa no es la cuestión...

Capítulo 1

Unos días antes...

—No puedes hacerme esto... —gritó en mitad del aeropuerto atrayendo las miradas curiosas de la gente. Viajeros que debían subir a un avión o que ya habían aterrizado y buscaban sus maletas—. Sé que es una buena oportunidad pero... —Se quedó callada mientras escuchaba a su amiga—. Sí, pero... —Expulsó el aire que retenía sin saberlo y observó como, por culpa de su comportamiento, comenzaba a ser el centro de atención. Se apoyó en su maleta rosa con margaritas pegadas a lo largo y ancho de la superficie, y cerró los ojos al mismo tiempo que la voz de una de sus amigas le martilleaba desde el otro lado del teléfono—. Diana, no... por favor —rogó una vez más, sabiendo que no iba a conseguir nada, pero la situación la sobrepasaba—. ¿Y qué se supone que hago yo ahora?

—Te subes al avión y te vas, Cleo —le indicó su amiga.

Esta bufó con fuerza.

—Sí, hombre. Yo sola...

—¿Y por qué no? —la cortó—. Plantéatelo como una aventura y así, de paso, aprovechas y piensas qué hacer con tu futuro. —Cleo se carcajeó sin demasiadas ganas al escucharla—. No te rías. Es una buena oportunidad...

—La tuya —espetó de manera brusca—. Un puesto en la secretaría del departamento de la universidad... Eso sí que es un chollo. Lo mío... —Dudó por un segundo—. Casi parece más una pesadilla o un chiste...

Diana suspiró.

—Lo siento, pero...

—No puedes decir que no —acabó por ella. Era lo que había escuchado desde que pisó el aeropuerto Madrid-Barajas Adolfo Suárez esa mañana.

Se suponía que hoy empezaban sus vacaciones. Esas que había organizado junto a sus dos amigas, Diana y Leticia, con mucha ilusión y ganas, para celebrar el fin de una etapa. Habían acabado sus estudios universitarios y se habían autorregalado unos días para estar juntas, antes de que la «vida adulta» las golpeará. Pero, esa misma vida tiene muchas formas de reírse de una... La vida o el destino que se visten con el mismo traje cada

día para hacer y deshacer a su gusto, y esa mañana parecía que querían divertirse a costa de Cleo.

Muy temprano, mucho más de la hora a la que había puesto su despertador, el móvil sonó alejándola de ese sueño recurrente que se le repetía cada noche y que, cuando abría los ojos, terminaba por desaparecer sin que tuviera ningún recuerdo del mismo.

Trasteando, medio sonámbula, logró atrapar el teléfono y cuando vio que era el nombre del novio de su amiga Leticia el que aparecía en la pantalla, se extrañó.

—No me lo digas, Leti. Te has quedado sin batería en el móvil o se te ha perdido, y por eso me llamas desde el de Xavi —dijo nada más descolgar, con voz adormilada, intentando adivinar cuál era el último accidente que podría haber sufrido su amiga.—Cleo... —Pero no era Leti sino su novio.

—¿Xavi? ¿Pasa algo? —se preocupó, incorporándose de golpe en la cama —. ¿Estáis bien?

—Es Leti...

—¿Leti? ¿Qué le pasa a Leti? —Se alarmó todavía más, al comprobar que al joven le costaba explicarse.

—La acaban de ingresar en Urgencias para operarla de una apendicitis aguda.

Cleo se levantó de golpe de la cama.

—Pero ¿está bien?

—Bueno... Todo lo bien que puede estar alguien con un dolor intenso en el costado...

La chica no pudo evitar sonreír al escucharlo, parecía que comenzaba a ser el mismo de siempre, la persona que lograba hacer una broma de cualquier desgracia y así evitar que nos preocupáramos en demasía.

—En serio, ¿Leti está bien?

—Sí, tranquila —respondió tras hablar con alguien—. La cabezona de tu amiga ha estado aguantando el dolor todo lo que ha podido, porque no quería perderse vuestro viaje pero...

—Al final no ha podido ser.

—Al final la he traído a rastras al hospital por lo pálida que estaba, y los sudores que tenía.

Cleo suspiró. No hacía falta que se lo dijera, se lo podía imaginar. Al igual que a ella, a Leti le hacía mucha ilusión sus vacaciones en Egipto. Lo llevaban hablando desde primero de carrera, por lo que seguro que habría intentado disimular sus dolores todo lo máximo posible.

—Como si la viera... Seguro que les ha dicho a los médicos que estaba bien...

—Así es —afirmó Xavi—. Casi la tienen que atar para meterla en el quirófano.

—Esa es nuestra Leti...

—Sí, la queremos pero a ratos.

Cleo se carcajeó.

—Xavi, no seas malo. Es tu novia y la adoras.

—Pero no se lo digas que luego está inaguantable.

Ambos se rieron a la vez, a pesar de estar preocupados por su amiga y novia, respectivamente.

—Bueno, pues me visto y voy para allá...

—De eso nada —atajó con rapidez—. Leti me ha hecho prometer que os obligaría a ti y a Diana a coger ese avión...

—Pero no podemos irnos sin ella.

—Es lo que quiere —insistió—. Dice que ya haréis otra excursión...

Cleo se rio.

—Bueno, lo de excursión, excursión...

—Otro viaje —corrigió—. De hecho, antes de meterla en la sala de operaciones me ha dicho una de las enfermeras que la estaba interrogando a fondo por su lugar de nacimiento para que le diera datos, nombres de sitios que visitar...

La chica no pudo evitar carcajearse de nuevo.

—¿Y de dónde era la enfermera?

—Creo que de Grecia...

Cleo se dejó caer sobre la cama boca arriba.

—Está bien. Iremos, pero me tienes que prometer que me mandarás un wasap en cuanto salga de la operación para informarme de todo.

—Eso está hecho —indicó Xavi—. Y Cleo, pasadlo muy bien.

Ella también le prometió que iban a disfrutar del viaje por Leti, además de

hacer muchas fotos para luego comentarlas entre las tres. No sería lo mismo pero debían hacerlo por ella, por su amiga.

De las tres mosqueteras se quedaban en dos...

Llegó al aeropuerto con el tiempo justo, y es que, a pesar de haberse despertado pronto, con la llamada de Xavi, en cuanto le colgó, se quedó adormilada y, cuando abrió los ojos, cuál fue su sorpresa al ver que la alarma del móvil no había sonado o por lo menos no la había escuchado.

Le tocó ducharse a la velocidad del rayo, dejando que su rubio cabello se secara al aire, sin apenas maquillarse, salvo un poco de brillo en los labios, y dando gracias a que la noche anterior había preparado la maleta, y se había dejado fuera la ropa que quería llevar puesta para el viaje, para evitar entretenerse.

Tuvo que pillar un taxi, si quería llegar para facturar su equipaje, obligándola a recortar del presupuesto que tenía para el viaje, y en cuanto pisó la terminal que le correspondía, su móvil comenzó a sonar. Era Diana...

Sus planes acabaron de desmoronarse.

—Está bien. No te preocupes —se escuchó decirle por teléfono como si hubiera desayunado esa mañana un disco rayado donde se repetía una y otra vez la misma frase, mientras la cola de facturación iba alargándose—. Lo entiendo. Es solo que al final iba a ser nuestro viaje y mira a Leti... mírate a ti...

—Puede ser *tu* viaje, Cleo —le indicó Diana—. Súbete a ese avión, visita todos los monumentos y sitios que querías ver y descansa, además de disfrutar.

—Sin vosotras... —murmuró.

—Sin nosotras —insistió su amiga—. A tu regreso nos podrás dar envidia.

Cleo sonrió.

—Pero os voy a echar de menos...

—Y nosotras a ti —la cortó—. ¿Te imaginas a Leti? Tendrá que estar unos días postrada en una cama. Uff... no me gustaría estar en la piel de Xavi para aguantarla.

Ella se rio.

—Pobre... Se va a ganar el cielo cuidándola.

—Es nuestro príncipe azul —comentó.

Cleo asintió y se puso de pie, al mismo tiempo que se recolocaba el

pantalón beis que llevaba.

—¿Y de verdad que no puedes retrasar tu incorporación en el departamento? —preguntó una vez más.

Diana suspiró.

—Imposible... Lo siento...

—Nada de pedir perdón —le dijo ya más convencida con lo que estaba sucediendo—. Es lo mejor que te habría podido ocurrir...

—Y a ti, *tu* viaje —le señaló.

Cleo puso los ojos en blanco y agarró el asa de la maleta para dirigirse a la cola de gente que esperaban para registrar su equipaje.

—No sé si voy a disfrutar de una pesadilla...

—O del viaje de tu vida —anunció Diana.

Capítulo 2

Cleo llegó al mediodía a la motonave con la que navegaría por el río Nilo, tras un vuelo algo agitado por las turbulencias que sufrieron, sumado al estado de uno de los pasajeros, que, por simple coincidencia, tuvo sentado detrás de ella todo el viaje, sufriendo ansiedad debido a los bruscos movimientos del avión.

A pesar de que estaba sola en el asiento que la habían asignado, porque las butacas que tenía a los lados eran las que debían haber ocupado sus amigas, tuvo que aguantar que el hombre se agarrara cada dos por tres a su respaldo, asustándola con los bruscos golpes que le propinaba, además de soportar que de vez en cuando emitiera un grito que terminaba poniendo de los nervios hasta al propio personal de vuelo.

Lo único bueno es que les dieron de comer en el avión... Arroz y un muslito de pollo, pero, al no esperarlo, casi fue como una recompensa por soportar a su vecino de atrás.

En cuanto aterrizaron, todos los pasajeros aplaudieron como locos y Cleo se levantó de su asiento en el mismo momento en el que la luz de aviso de abrocharse los cinturones se apagó. Fue como si le hubieran instalado un muelle debajo del trasero que la impulsó a incorporarse con mucha rapidez, tanta que hasta terminó golpeándose con el compartimento donde se guardaba el equipaje.

—Si comienzan así mis vacaciones, no sé cómo terminarán —rumió entre dientes mientras se pegaba con su bolso; el mismo que había tenido que guardar en el portaequipajes superior porque, según el auxiliar de vuelo, era demasiado grande para llevarlo con ella.

Nada más recoger su maleta, se aproximó a un hombre bien parecido que llevaba un cartel donde se leía el nombre de la agencia donde había contratado el viaje. Fue a presentarse pero, como estaba ocupado atendiendo a otros turistas, decidió esperar a que fuera él mismo el que hablara cuando terminara de atender al resto.

Buscó un sitio donde colocarse, ni muy lejos de él ni muy próximo

tampoco, desde donde pudiera esperar pacientemente, y terminó apoyándose en una de las columnas de mármol blanco que sustentaban el techo del edificio. Sacó su móvil con la esperanza de encontrar algún mensaje de Xavio de Diana, pero no encontró nada.

Solo esperaba que la operación de Leti hubiera ido bien.

Devolvió al interior de su bolso el teléfono y, sin perder de vista sus enseres, se permitió observar con detenimiento al que presuponía que era el chófer del transporte que la llevaría hasta el barco.

Iba vestido con un vaquero azul, algo desgastado, y una camiseta negra sin ningún logotipo. Tenía la piel morena, lo que evidenciaba que pasaba muchas horas bajo el sol, y su cabello castaño oscuro le llegaba hasta el cuello. Era alto, algo más que ella, y eso que su metro setenta y cinco era la envidia de sus amigas, y se notaba que ejercitaba su cuerpo por los músculos que se le marcaban en los brazos y por debajo de la camiseta.

Observó sus manos, una de sus debilidades, y comprobó que, aunque no estaban cuidadas, eran grandes y fuertes, con los dedos largos... y a Cleo le resultaban de lo más atractivas.

Buscó su rostro por si podía adivinar el color de sus ojos, pero, desde la distancia en la que se encontraba, lo tuvo muy difícil. Estuvo tentada a afirmar que eran negros, tan oscuros como suponía que era la noche en el desierto, pero, justo cuando menos lo esperaba, el hombre, sintiendo que era observado, la miró a la cara sacándola de su error; y fue cuando apreció que en realidad tenía una mirada de un azul índigo que robaba el aliento, donde la fuerza de su dueño se plasmaba con libertad y sus sentimientos, esos que acababan de desaparecer tras un simple parpadeo, podían desnudar su alma.

Cleo, nerviosa, se pasó la mano por su rubio cabello, en un intento de adecentarlo tras su viaje, aunque sabía que hasta después de una ducha iba a ser tarea imposible, y le ofreció una amistosa sonrisa que fue correspondida con la más fría indiferencia.

«Un borde... Muy guapo y todo lo que quieras, pero un gilipollas», pensó entre desilusionada y molesta, cuando este se olvidó de ella para atender a una pelirroja de largas piernas.—Buenas tardes a todos —comenzó a hablar «el borde», dirigiéndose al grupo en general. Un puñado de turistas que se había congregado a su alrededor y del que Cleo, inmersa en el escrutinio que

le había prodigado, ni se había percatado que estaban allí—. Me llamo Abel y soy su guía.

—Hola, Abel —saludaron todos a una para sorpresa de la joven.

—Pues es el guía... —se dijo a sí misma dudando entre estar contenta por ello o desilusionada por la primera impresión que había tenido de él.

—Tenemos que coger un autobús por lo que si me siguen... —Señaló este y se puso en movimiento dirigiéndose hacia una puerta giratoria de cristal por la que se salía a la calle.

Cleo fue a seguirlo pero el resto del grupo se puso en movimiento con rapidez, impidiéndola avanzar. Era como si temieran perderlo de vista... Ella sonrió y negó con la cabeza al mismo tiempo, sin poder creer dónde se había metido. Respiró profundamente un par de veces y, cuando comprobó que ya podía caminar sin que la empujaran o la pisaran, reanudó su marcha.

En cuanto traspasó las puertas, un golpe de calor la abofeteó la cara. No corría nada de aire pero la sensación de encontrarse donde debía estar, la asombró gratamente.

—Quizás sí debías de hacer este viaje —se dijo a sí misma, deteniéndose unos segundos. Cerró los ojos y aspiró el aroma del país, ese que hablaba de diferentes especias y arena, de sus cálidos colores, de las altas temperaturas y del sol, mucho sol... Se recogió el cabello rubio en una coleta, para intentar que su cuello estuviera libre de la manta de pelo que comenzaba a agobiarla y miró a ambos lados, buscando su grupo. En cuanto los localizó parados en la acera, no muy lejos de ella y formando una fila india, se acercó volviendo a recuperar la sonrisa que por unos segundos había perdido por «el borde».

El autocar no debía tardar en llegar.

—Buenas tardes, señorita... —El guía se dirigió a ella en cuanto estuvo a su altura. Había ido uno a uno por todos los integrantes del grupo, comprobando que sus nombres concordaban con los que tenía apuntados en la lista que llevaba en su carpeta, y ya le tocaba el turno a ella.

—Cleopatra —le informó al ver que tardaba demasiado en localizarla en la hoja—, aunque todo el mundo me llama Cleo.

El hombre asintió tras escribir algo en el folio.

—Mi nombre es Abel y seré su guía.

Ella amplió la sonrisa. Ya se había presentado junto al resto del grupo

cuando llegaron, pero pensó que quizás quería hacerlo más personalizado. Tal vez se había equivocado con él y no era tan borde como había imaginado en un primer momento.

A veces las primeras impresiones son erróneas o eso es lo que siempre le decía Diana, que no se fie de la primera imagen que tenga de alguien, ya que a veces se podía equivocar... Aunque en el fondo pocas veces le había sucedido, por no decir que todavía no le había ocurrido nunca en los años que tenía de vida, pero, tal vez... Abel no era tan malo.—Un placer... —Fue a darle dos besos, pero el hombre le ofreció la mano, en un gesto más frío, dejándola sin saber qué hacer hasta que decidió corresponder a su saludo por educación.

Abel movió la cabeza de manera afirmativa y prestó atención de nuevo a su carpeta, alejándose un par de pasos de ella, dando por concluida su presentación.

Cleo elevó sus cejas rubias ante el gesto y se reafirmó en lo que pensaba: era un gili... un borde. Debía pasar de él y admirar el paisaje hasta que el autobús llegara.

—Pero aquí me falta gente... —comentó en voz alta Abel, tras contar de nuevo los miembros del grupo.

Ella estuvo tentada a no decirle nada, dejarle que siguiera perdido en su caos y no sacarle de la duda, pero sabía que luego se arrepentiría. Su cabeza no pararía de recriminarla que no le hubiera ayudado hasta provocarle un dolor de cabeza que le daría el viaje, por lo que al final, habló:

—Leticia y Diana, mis amigas. Este la observó frunciendo el ceño, revisó su listado y punteó los dos nombres que le indicaba.

—¿No vienen?

Ella miró a ambos lados y sonrió.

—Yo no las veo... —El entrecejo de Abel se arrugó todavía más y Cleo borró su sonrisa de inmediato, pensando en que no podía haberle tocado un guía menos estirado y amargado que él—. No, no vienen.

—¿Y eso? —preguntó muy seco.

Cleo movió la mano en el aire como quitando importancia al asunto.

—Se han rajado y me han dejado sola.

—¿Se han rajado? Perdón pero no la entiendo... —insistió confuso.

La chica suspiró y se apartó el flequillo de la cara.

—Que no vienen, Abel —aclaró—. Les han surgido unos temas y no han podido coger el avión.

El guía movió la cabeza de manera afirmativa como si comprendiera lo que le explicaba, aunque por su gesto Cleo no tenía muy claro que fuera así.

—¿Y está usted sola?

Ella asintió.

—Eso parece, aunque tampoco se podría decir así... —Movié la cabeza hacia el resto de personas que formaban el grupo y que en ese momento subían a un autobús algo viejo, donde el color azul había perdido su brillo, para devolver la atención a continuación al hombre que la observaba con mirada indescifrable.

—Bueno, no se preocupe. —Le palmeó la mano en tono paternalista y tiró de su maleta rosa para guardarla en el vehículo—. Haremos que le haya merecido la pena visitar nuestro querido país —le indicó como si fuera un discurso que tuviera ya estudiado de antemano.

Ella bufó ante el cambio de actitud de Abel, pasando de comportarse como un ser antipático a usar un tono paternalista que no necesitaba ni quería.

—Menudas vacaciones te esperan, Cleo —se dijo a sí misma mientras seguía a su guía, quien acababa de desaparecer por el interior del autobús sin esperarla—. La caballerosidad ante todo... —rumió y subió las escalerillas. En cuanto estuvo dentro, su guía la presentó:

—Grupo —llamó la atención del resto de viajeros que ya habían ocupado sus asientos—, esta es Cleo y hará el viaje sola, por lo que tendremos que intentar que no se aburra.

La joven lo miró con la boca abierta, sin saber muy bien a qué había venido eso, cuando sintió como varios pares de ojos se centraban en ella, y su cara se enrojecía. Saludó con la mano como si fuera una autómatas sin voz ni voto, además de mostrar una tirante sonrisa, y se sentó con rapidez en la segunda fila, pegada a la ventanilla, donde no había nadie y así podía evitar seguir siendo el foco de atención.

Abel ocupó un asiento cerca del conductor del autobús con una sonrisa divertida que juraría Cleo que era a su costa.

Capítulo 3

No tardaron en llegar al barco donde le esperaba su camarote. Era una motonave de tres pisos, con una terraza enorme en la planta superior en la que había dispuestas tumbonas de lona verde y mesas cada pocos metros. Con una parte al descubierto y en la otra un techado, para evitar que sus huéspedes se mojaran en caso de lluvia o para frenar el impacto de los rayos del sol.

Su camarote, por lo que supo más adelante, era de los más grandes. Como lo iba a compartir con sus amigas, la cama era enorme y luego, al otro lado de la habitación, había una un poco más pequeña. También había una cómoda con tres cajones, con una lámpara encima de su superficie de madera oscura, y un armario empotrado; y, además, contaba con un baño propio que no tardaría en utilizar.

Estaba deseando darse una ducha refrescante, ya que el calor, aunque en principio lo había agradecido, como señal inequívoca de que se encontraba en Egipto, pasadas las horas lo iba sufriendo. Cleo abrió la puerta de la que sería su casa durante cuatro días, tiempo que pasarían navegando por el río Nilo, para más adelante cambiar a otro barco que la llevaría por el lago Nasser, y sintió como el frío del aire acondicionado se la ancló en los huesos.

En comparación con la temperatura exterior, el camarote estaba helado, por lo que en cuanto dejó la maleta sobre la gran cama, se acercó hasta el termostato e intentó descubrir qué botón sería el que subiría la temperatura o lo apagaría. Hasta que no escuchó que el aire no entraba por los conductos del barco, no respiró tranquila.

Tenían indicaciones de que no debían tardar mucho en salir de sus dependencias, ya que irían enseguida a visitar el templo de Luxor y el de Karnak, antes de que la noche los sorprendiera.

Esa era su intención: no retrasarse.

Quería refrescarse un poco y cambiarse de ropa, pero, cuando menos lo esperaba, el sonido de su móvil le avisó de que le acababa de llegar un mensaje.

Se lanzó sobre su bolso y atrapó el teléfono, buscando el icono del WhatsApp para cerciorarse de que no se había equivocado.

Y no, no se había equivocado.

En el grupo que tenían las tres amigas, Diana, Leti y ella, que llamaban «Mosqueteras», acababa de entrar una foto que, debido a lo mal que le iban los datos, le costó cargar:

Pasados unos largos minutos, en los que a Cleo le dio tiempo a hacer todo lo que pretendía realizar cuando entró en el camarote, pudo comprobar que en la imagen aparecían sus amigas en el hospital con una enorme sonrisa.

Todo había ido bien...

No tardó en escribirles:

Cleo 18:05
¿Qué tal estáis?


Cleo 18:06
Leti, ¿todo bien?


Diana 18:20
Nosotras estamos bien.

Diana 18:21
Leti está genial. La operación ha ido muy bien.

Diana 18:26
Dice que te diga que la cicatriz es muy pequeñita y que casi no se nota.

Diana 18:27
Que podrá ir en bikini sin problemas.

Diana 18:27


Diana 18:35


Cleo 18:35
Dale un beso y otro para ti.

Diana 18:40
Tú cómo estás???

Diana 18:41
Todo bien???

Cleo 18:45
Sí, todo bien. Excepto por el guía...

Diana 18:50
Qué pasa con el guía???

Cleo 18:55
Que es un borde, maleducado, amargado y antipático... 😡

Diana 19:00
Adivino... y ese guía, ¿no estará bueno?

Cleo fue a responderle...

Primero con intención de mentirla, pero sabía que, aunque se escribían en ese momento, y por tanto su amiga no podía verle la cara, terminaría descubriendo que la engañaba.

Pensó en el guía, para ver qué le podía contar y tuvo que reconocer que Abel estaba bueno... cañón, pero eso no significaba que no fuera un gili... un borde.

Iba a escribirle eso mismo a sus amigas cuando unos fuertes golpes en la puerta se lo impidieron.

Dejó el móvil en la cama y la abrió extrañada.

—¿Sí?

El borde de su guía estaba delante de ella y por su cara, no tenía muchas ganas de sonreír.

—La estamos esperando. —Señaló de forma brusca golpeando la esfera de su reloj de pulsera.

Cleo miró lo que le indicaba y comprobó que pasaba de la hora acordada para realizar la visita a los templos.

—Perdón, perdón... Estaba hablando con mis amigas... —se disculpó adentrándose en el interior del camarote de nuevo para recoger una pequeña

mochila donde había metido su identificación, el monedero y ahora su móvil, con el que pensaba hacer fotos en esa ocasión. Se giró hacia él, pero en el hueco de la puerta ya no había nadie.

Abel ya no se estaba allí.

Se asomó por el pasillo que llevaba hacia la recepción del barco y observó cómo se alejaba a gran velocidad la espalda de su guía.

Ella suspiró, buscó la llave del camarote y lo cerró, para salir corriendo detrás de él con rapidez.

No podía hacer esperar más al grupo.

No quería que comenzaran a pensar que era impuntual, aunque lo fuera... como dirían sus amigas.

En cuanto llegó al *hall*, vio como salían todos por la puerta que llevaba al exterior del barco, sin que ninguno esperara a que los alcanzara.

Se fijó en la imagen que le devolvía uno de los espejos que había colgados en la pared del barco y se recriminó a sí misma:

—Si sigues así, no vas a hacer amigos.

—O tal vez sí, querida... —le dijo una mujer, sorprendiéndola. Cleo se giró hacia donde le llegaba la voz y se encontró detrás de ella a una anciana con rostro entrañable, que iba agarrada al brazo de un chico joven.

—Hola, soy Adela —se presentó—. Y este es mi nieto Gustavo.

La joven les sonrió a los dos algo avergonzada de que la hubieran escuchado hablando sola.—Yo me llamo Cleo...

—Lo sabemos, querida... del autobús... —le recordó de manera amable el momento en que el borde de su guía la había presentado a todos.

Ella sintió como sus mejillas enrojecían y observó el brillo divertido en los ojos del nieto de la mujer.

—Sí, claro... —Dudó—. Pues un placer... —Se apartó a un lado para permitirles el paso y los siguió de cerca.

Adela caminaba con paso lento, ayudada por un bastón de madera con mango de metal donde se podía apreciar una decoración floral; y en el otro lado iba su nieto Gustavo, al que se agarraba con firmeza.

Era una pareja dispar.

La anciana con el pelo blanco recogido en un moño alto, iba vestida con una túnica de flores azules y rosas, y caminaba encorvada, destacando todavía

más su baja estatura. Un tamaño que resaltaba sobremanera al lado de Gustavo, que era mucho más alto que ella, incluso que Cleo, y que debido a su delgadez, despuntaba todavía más. El cabello lo llevaba muy corto, de castaño claro, permitiendo que sus orejas, algo grandes, atrajeran la atención de quien lo mirara; y, en su cara, las pecas invadían casi todo su rostro.

—Y dinos, querida —comenzó a hablar la anciana sin perder el paso, intentando alcanzar al grupo—, ¿qué te ha traído a Egipto?

Cleo, en cuanto pudo, se puso a la par que ella, para poder conversar sin problemas.

—La aventura de verme sola en un país exótico —dijo con sorna, arrancándole una sonrisa a la mujer.

—Mira, como nosotros...

Ella miró a la pareja y se rio.

—Ya veo que vosotros estáis muy solos —señaló con ironía.

La abuela y el nieto se miraron, como si compartieran un gran secreto, y luego Adela comentó:

—La soledad no es siempre la misma para todos, querida. A veces hay que mirar mucho más allá de una imagen para descubrir que, aunque esté rodeado de gente, tenga una familia que le quiere, amigos... puede estar muy solo. —Cleo no pudo más que asentir con la cabeza ante sus palabras—. Además, de lo que yo te hablaba era de la aventura que estamos viviendo... —Guiñó un ojo—. Los tres.

La chica se rio ante su comentario.

—Sí, una gran aventura... —Miró por delante de ellos, y observó como Abel hablaba al grupo desde una gran avenida amparada a cada lado por una serie de esfinges, dándoles la bienvenida al templo de Luxor.

—Nos encontramos en la orilla oriental de la ciudad de Luxor, la antigua Tebas, que fue capital de Egipto en la época faraónica —explicaba el guía a sus oyentes—. Fue construido con piedra arenisca por un millar de esclavos; sede de muchas ceremonias e importante lugar de culto. —Se giró levemente y señaló lo que había detrás de él, y que el resto veíamos extasiados—. Destaca la calzada flanqueada por decenas de esfinges y que acaba en una monumental puerta con dos enormes estatuas de Ramsés. —Un generalizado sonido de asombro los envolvió a todos al observar las figuras del faraón—.

Damos una vuelta por su interior y nos vamos al templo de Karnak. —Señaló con la mano hacia el otro lado y todos se movieron al unísono, para observar la imponente construcción que tenían enfrente.—Querida... —la llamó Adela cuando el grupo se dividió—, será mejor que te adelantes. Nosotros vamos más lentos y no queríamos retrasarte.

—¿Seguro? —le preguntó Cleo.

La anciana asintió y movió la cabeza en dirección a la entrada del templo por donde algunos desaparecían.

—Nos vemos en la cena —le sugirió y ella asintió conforme, alejándose.

Cleo se adentró poco a poco por la construcción de piedra, donde la historia de una civilización estaba plasmada por medio de jeroglíficos todavía visibles, sobre todo en la zona de arriba de las columnas donde la acción del hombre apenas llegaba, y no pudo evitar pasar los dedos por el relieve de las piedras.

—No debe hacer eso —la regañó una voz masculina que comenzaba a conocer muy bien.

Ella suspiró resignada y se volvió hacia su guía.

—Ya sé que no debo...

—Entonces si lo sabe, ¿por qué lo ha hecho? —le exigió saber acercándose a ella, intimidándola con su cuerpo.

Cleo comenzó a caminar hacia atrás, hasta toparse con una de las columnas, impidiéndole seguir andando.

—Ha sido instintivo —se defendió—. Era como si me llamara, me tentara...

Abel arrugó el entrecejo y observó los ojos marrones de la joven, mientras su aroma la envolvía. Tensó la mandíbula y, tras cerrar sus ojos por unos segundos, dio dos pasos hacia atrás, distanciándose de ella.—No vuelva a hacerlo —le exigió de manera brusca y se marchó dejándola sola.

Esta expulsó el aire que retenía sin saberlo, y observó la ancha espalda de su guía hasta que desapareció tras una gran pared del templo. Se golpeó la frente y se regañó en voz alta:

—Cleo, o comienzas a tener cuidado, o tendrás problemas muy serios con «el borde». Tampoco estaría mal que te alejaras de él...

La risa cercana de Adela la sorprendió.

—¿Problemas, querida?

La joven observó a la anciana y a su nieto y negó con la cabeza.

—Nada que no se pueda solucionar...

—Así me gusta, así me gusta... Y ahora, vamos a ver la que dicen que es en sí misma una auténtica ciudad de templos que se construyó hace milenios.

—¿Karnak? —preguntó al mismo tiempo que seguía a la pareja que había comenzado a caminar siguiendo los pasos de Abel.

—La misma —corroboró esta—. Dicen que en su templo principal cabrían a la vez, las catedrales de San Pedro, Milán y Notre Dame. Habrá que comprobarlo, ¿no crees?

Cleo asintió con una sonrisa.

—Sí, aunque tendré que fiarme de su palabra porque por desgracia no he visitado ninguna de las tres.

Tanto la abuela como el nieto la miraron asombrados.

—¿Es este tu primer viaje, querida?

Ella movió la cabeza de manera afirmativa.

—El primero y me dejan sola. ¿Qué le parece?

Adela se detuvo y soltó a su nieto del brazo, para agarrarse al de Cleo.

—Pues que es la excusa ideal para hacer que sea una aventura inolvidable. La joven se rio y comenzó a caminar a la par que la mujer.

—Espero que tenga razón porque no ha comenzado muy bien que digamos.

La anciana le palmeó el brazo y le regaló una sonrisa enigmática.

—Eso, déjanoslo a nosotros, querida. —Miró a su sobrino que las seguía muy de cerca, pendiente de la conversación—. ¿A que sí, cariño?

Gustavo sonrió y le guiñó un ojo a la chica.

—Haremos lo que podamos...

—De momento —señaló Adela—, al lado de la sala hipóstila, del templo de Karnak, con más de ciento treinta columnas, hay un lago donde se encuentra un escarabajo sagrado. Este escarabajo es la representación de Jepri, el dios del Sol, y lo relacionan con la creación, la virilidad, la reproducción, la sabiduría, etc.

—De hecho el escarabajo es uno de los mayores amuletos que tienen los egipcios —interrumpió Gustavo a su abuela—. Lo puedes encontrar en

broches, pendientes, colgantes, anillos, cualquier joya que puedas imaginar y no hay un solo comercio donde no se venda.

Adela asintió ante la explicación de su nieto.

—Pues cuando lleguemos allí —continuó la mujer mirando a Cleo— vas a hacer el ritual.

—¿Qué ritual? —preguntó divertida.

—Debes dar vueltas alrededor del escarabajo —le indicó—, pero no las que tú quieras, sino tres que son las necesarias para encontrar pareja.

Cleo se carcajeó.

—¿Y qué le hace suponer que no tengo ya?

Adela le acarició la mejilla.

—Querida si tuvieras pareja, él o ella no habría permitido que vinieras sola a este viaje... ¿no es así?

La chica asintió rendida.

—Tiene razón. No tengo novio pero quizás no quiera...

La anciana volvió a palmearle la mano con cariño.

—¿No quieres vivir una aventura inolvidable?

Cleo se rio de nuevo.

—Bueno... Eso es lo que quieren mis amigas y usted pero...

—Y tú, querida, y tú... —la corrigió—, pero como no te has dado cuenta todavía de ello, te vamos a ayudar a conseguirlo. ¿A que sí, Gustavo?

El chico movió la cabeza de manera afirmativa y le guiñó un ojo a Cleo, al mismo tiempo que levantaba tres de sus dedos de la mano derecha.

—Tres vueltas.

Ella suspiró y sonrió.

—Vale, está bien. Tampoco creo que me haga daño, ¿no?

Adela correspondió con otra sonrisa y le guiñó un ojo a su nieto.

—Para nada, querida. Tú déjanos a nosotros.

Capítulo 4

La cena había estado exquisita; tan exótica y variada como lo es Egipto en sí mismo, utilizando ingredientes autóctonos para recetas que fueron instaurándose poco a poco en el país procedentes de Turquía, Líbano, Palestina, Grecia y Siria.

A Cleo le llamó la atención comprobar que en general los platos eran sencillos, sazonados con hierbas frescas o especias, pero abundantes en las cantidades. El olor era embaucador; lo que provocó que sus tripas sonaran en cuanto pisó el salón, y si no hubiera sido por el ruido de las altas conversaciones de los allí reunidos, podría jurar que todos se habrían enterado de que tenía hambre... Mucha hambre. Las redondas mesas de gran tamaño estaban dispuestas alrededor de la estancia, sobre todo cerca de los enormes ventanales que daban al río Nilo, y, que por culpa de su tardanza, comprobó que estaban casi todas las sillas ocupadas.

Oteó cerca de la entrada del salón buscando el lugar que más le podía apetecer ocupar; cuando Adela levantó la mano, intentando llamar su atención. Su nieto Gustavo, que estaba de pie en ese momento cerca de ella, se giró y le indicó el asiento que había libre en la mesa en la que se encontraban.

Se habían acordado de ella...

Una sensación de gratitud la invadió, provocando que una enorme sonrisa se instaurara en su cara según avanzaba por la estancia mientras todo lo que la rodeaba captaba su atención. La decoración era algo extravagante pero al mismo tiempo hermosa. Las lámparas, las cortinas, las alfombras que pisaba y los adornos de las paredes la transportaban a un cuento de *Las mil y una noches*, como si acabara de entrar en una de las habitaciones del palacio de Agrabah y, en cualquier momento, pudiera aparecer Aladdín y Jasmín a su lado, sin olvidar al fiel tigre Rajah. En un lado de la sala se ubicaba el variado bufé donde se habían dispuesto bandejas de frijoles, arroz, diferentes ensaladas y sopas, pescado y cordero, además del pan que no podía faltar en ninguna comida de ese país; y, en una mesa aparte, con una decoración diferente,

destacando la importancia de los mismos, estaban los postres...

Su perdición.

Dentro de la gastronomía egipcia ocupaban un lugar relevante, y, gracias a su elaboración y presentación, tentaban a Cleo para que se acercara y disfrutara de la variedad que había allí dispuesta.

Todo parecía delicioso pero al mismo tiempo saludable, lo que no le ayudaba nada a querer saltarse el primer plato para pasar directamente a los postres.

Tuvo que luchar mucho contra sí misma, para no ceder a la tentación, por lo que al final cerró sus ojos por unos segundos, respiró bien hondo y siguió caminando hacia la mesa de Adela con la misma sonrisa que no había perdido desde que entró en el salón, hasta que el nieto de la anciana se sentó. En ese momento, cualquier gesto feliz de su cara se evaporó, al comprobar que al lado de la silla que estaba vacía, y que era para ella, estaba sentado Abel.

Su alegría cayó en picado y, cuando el guía se percató de que se aproximaba a donde estaba sentado, observó como el rictus de su cara se tensaba.

—Hola —saludó a los que estaban sentados a la mesa ya comiendo, recibiendo un simple gesto de cabeza como respuesta mientras los carrillos no paraban de moverse al masticar—. Gracias, Adela —le dijo a la mujer al mismo tiempo que se sentaba, ignorando aposta a la persona que tenía al otro lado—. Ya pensaba que me iba a quedar sin comer al ver que no había huecos libres...

—Tranquila, querida. Hay comida para un regimiento, solo tendrías que haber esperado un poco más. —Le guiñó un ojo y pinchó con el tenedor un dátil que se llevó a la boca.

—Si llegara a su hora, no tendría ningún problema —comentó en voz baja Abel, para que lo escuchara solo ella.

Cleo lo miró de medio lado y con una tirante sonrisa soltó:

—Anda, si está aquí mi querido guía. No lo había visto... —Observó su plato vacío—. Ya veo que ha terminado de comer, por lo que parece que he tenido suerte...

El joven elevó una de sus oscuras cejas y le ofreció una prepotente

sonrisa.

—Suerte... ¿por qué?

Ella se levantó y, desde su posición, espetó:

—Porque eso significa que cuando vuelva con mi comida, usted ya no estará aquí. —Se alejó dejándolo con la palabra en la boca, al mismo tiempo que Adela observaba divertida la escena.

—Tiene genio la pequeña Cleopatra, ¿no te parece?

Abel, que miraba a la turista como si estuviera hipnotizado, pestañeó un par de veces y centró sus ojos en la anciana.

—Perdona, ¿decías?

Adela señaló con la cabeza a la chica.

—Que es de armas tomar...

Él bufó y asintió.

—Puede ser... —Se levantó de su asiento—. Me tengo que ir. Recuerden que mañana madrugaremos, por lo que no se acuesten muy tarde. —Les guiñó un ojo a todos los que estaban alrededor de la mesa y salió del salón sin mirar atrás.

Al poco llegó Cleo con comida en su plato.

—¿Se ha ido ya nuestro guía? Qué lástima... —rumió sin creerse sus propias palabras.

Adela se carcajeó al escucharla y Gustavo sonrió sin poder evitarlo.

—Es un buen chico...

Ella miró a la anciana con gesto confuso, como si no supiera de quién hablaba, aunque eso no era verdad.

—¿Quién? ¿Abel? —Se encogió de hombros—. Puede ser... —Probó lo que parecían albóndigas de carne picada de cordero que, a diferencia de las que solía comer en España, tenían forma alargada e iban aderezadas con especias—. Esto está delicioso —cambió de tema con rapidez. No le apetecía hablar del hombre que podía estropear sus vacaciones—. ¿Lo has probado, Adela?

La mujer se rio, al darse cuenta de lo que pretendía, y le siguió el juego.

—No, ¿qué es?

—Creo que me han dicho que se llama kufta. —Le ofreció una de las albóndigas—. Y esto se llama pilau, que es arroz con verduras. —Señaló la

guarnición que acompañaba a la carne.

—No, gracias, querida. Ya no puedo más... —Se palmeó el estómago—. La edad no perdona y como ha dicho Abel, mañana hay que madrugar por lo que no quiero acostarme muy tarde.

Cleo asintió conforme y siguió disfrutando de su comida, hasta que el plato estuvo vacío.

—¿No vas a tomar postre? —se interesó Gustavo pasados unos segundos en los que observó que no se levantaba.

La joven, que miraba con ojos soñadores la mesa de los dulces, negó con la cabeza.

—No debería...

—¿Y eso? —le preguntó Adela—. Uno no te hará ningún mal —comentó divertida.

Cleo se dejó caer contra el respaldo de la silla y suspiró.

—El problema es que empiezo con uno, pero termino con la bandeja. —Se tapó los ojos y escuchó como la pareja se reía de lo que había dicho.

—Espera... —le pidió Gustavo al mismo tiempo que se levantaba de su asiento.

Ella observó sus movimientos y se dio cuenta de que se dirigía a donde se encontraban los postres, para volver de inmediato, portando uno de ellos en un plato.

—Toma. —Le guiñó un ojo—. Solo uno.

—Gracias, pero...

Adela atrapó su mano, acallando su queja.

—Querida, no puedes rechazar a mi nieto.

Cleo miró a Gustavo que con la vista baja, parecía que no estaba atento a la conversación, y luego observó a su abuela.

—No, claro —estuvo de acuerdo—. Gracias, Gustavo —le agradeció con una sonrisa—. ¿Qué es?

El joven que enrojeció por unos segundos al ser el foco de atención, le indicó:

—Me han dicho que se llama baklava.

—Está riquísimo —señaló Adela—. Parece ser que su origen se remonta hasta Mesopotamia, siendo una de las recetas más antiguas de las que se tiene

constancia. Se cree que debieron consumirla los últimos faraones y Cleopatra.
—La apuntó con el dedo, haciendo referencia a la coincidencia de su nombre.

Cleo movió la cabeza de manera afirmativa y mordió el dulce que se deshizo en su boca, liberando la crema de su interior en el paladar:

—¡Esto está de muerte! —Gimió de placer, echando la silla hacia atrás para poder levantarse—. Voy a por más...

Gustavo se rio.

—Pero, te lo he traído para que no abusaras.

Le apuntó con el dedo y le sacó la lengua.

—Pero os he dicho que si los probaba, no podría parar. —Se encogió de hombros—. Soy una adicta al dulce —anunció y se marchó.

El chico observó la espalda de la joven y Adela a su nieto.

—Es un tesoro...

—Un tesoro en bruto, abuela —comentó su nieto.

Ella asintió conforme.

—Pero muy cabezota.

—Como mi primo —indicó mirándola.

Adela sonrió y movió la cabeza de manera afirmativa.

—Mira la de veces que hemos hecho este viaje, pero creo que nunca fue tan divertido como lo que nos espera.

Gustavo le dio un beso en la arrugada mejilla.

—Sabes que luego se enfadará con nosotros...

Ella le palmeó la mano tratando de tranquilizarlo.

—Déjame a tu primo a mí...

Capítulo 5

Por culpa del empacho de dulces y que, cuando llegó al camarote, el calor era insoportable, había acabado en la terraza del barco. Ahora ya entendía por qué su habitación parecía un congelador, cuando había llegado esa tarde a la motonave; y es que no debía apagar el aire acondicionado si no quería que el mismísimo Sáhara se instalara allí.

Con rapidez, y sin tener mucha idea de lo que hacía, trasteó con los botones del termostato, y buscó una temperatura agradable que le permitiera dormir. Cuando lo logró, o por lo menos eso pensó, decidió que, mientras su camarote se acondicionaba, subiría a la parte de arriba del barco, donde aprovecharía para disfrutar del paisaje nocturno y del silencio de la noche.

En cuanto pisó el suelo, cubierto con una especie de lona de color azul, se maravilló de la oscuridad del cielo, sin rastro de contaminación, lo que permitía que miles de estrellas se pudieran observar desde la terraza.

Cleo se acercó a la barandilla y miró la bóveda celeste, deleitándose de la soledad que reinaba a su alrededor al estar todo el mundo durmiendo.

—Esto es precioso... —dijo, y se recostó en una de las tumbonas.

Observó lo que creía que era la estrella polar ya que su brillo era superior al del resto de cuerpos celestes y se olvidó del cansancio. Se arrebujó en el asiento y se imaginó miles de historias que podrían suceder en esa bóveda celeste, donde centauros y pegasos luchaban por defender a sus amos... Buscó su móvil en el bolsillo del pantalón, pero no lo halló, y pensó que quizás se lo había dejado en el camarote.

—Cleo, recuerda la próxima vez que subas, traerte algo para apuntar todas tus ideas descabelladas... No corría nada de aire, y, aunque la temperatura había descendido en comparación a la de la tarde, todavía hacía bastante calor, pero a Cleo no le molestaba. Era como si su cuerpo y su mente se hubieran aclimatado a ese clima desde mucho antes de coger el avión en Madrid.

Estaba encantada, enamorada de lo poco que había visto del país de las dunas. Maravillada de su gente y de los lugares que había visitado, y eso que

apenas había visto nada.

—Quizás deba dar las gracias a las chicas por obligarme a venir... — señaló en voz alta—, aunque, si se encontraran aquí, conmigo, estaría mucho mejor.

—¿Habla muy a menudo sola? —la preguntó Abel sorprendiéndola.

Llevaba en cubierta casi desde que había abandonado el comedor. Buscando tranquilidad, lo que no encontró hasta que empezaron a pasar las horas, y los turistas comenzaron a irse a sus camarotes.

Sacó uno de sus cigarrillos, de esos que saboreaba en contadas ocasiones, y sintió que se relajaba en cuanto lo encendió, hasta que apareció delante de él la persona que trastocaba su estado; la rubia que le sacaba de quicio sin saber bien la razón; la mujer que con una simple mirada en el aeropuerto había conseguido que sus nervios se alteraran, su sangre bombeara a mayor velocidad y el ritmo de su corazón se transformara.

No la quería cerca, no deseaba hablar con ella...

La evitaba o eso intentaba, pero no lo conseguía... y lo peor de todo es que por delante tenía once días de viaje que se le presentaban más como una estancia en el infierno que en el paraíso. Cleo miró hacia su derecha, desde donde le había llegado la voz del guía, y observó una silueta oscura sentada cerca de una de las mesas. Gracias a la luz de un cigarrillo, como si de un faro se tratara, logró fijar mejor el lugar donde se encontraba.—Si le digo la verdad, esperaba que una de las veces apareciera... —Se incorporó y se recolocó el pantalón, algo arrugado de toda la jornada. Tiró hacia abajo de su camiseta blanca y se apartó el flequillo de la cara.

El hombre se acercó a ella con paso lento, como el león que está a punto de caer sobre su presa.

—¿Y eso? ¿Me echaba de menos? —la interrogó apoyándose en la barandilla, sin perderla de vista.

Esta no pudo evitar carcajearse al escucharle.

—Sí, en una vida anterior quizás, pero en esta... —Calló, haciendo una pausa dramática. Buscó sus ojos, esos en los que podría sumergirse si no simpatizara tan poco con su dueño y escupió—. Ni loca. —Se dio media vuelta y se alejó de él sin esperar a que hablara, lo que le impidió ver la divertida sonrisa que asomó en la cara masculina.

—Pues la verdad, no sé qué he podido hacerle para que me odie tanto — comentó Abel, contradiciendo sus propios consejos. Callarse para dejar que se marchara y así cumplir su objetivo de alejarse de ella. Pero no lo hizo...

Cleo trató de ignorarlo...

Solo ella sabía la lucha interior que se disputaba entre su cabeza y su corazón. La primera le ordenaba que saliera corriendo, pero el segundo... le rogaba que lo enfrentara.

Ganó el segundo.—¿Que no sabe qué me ha hecho? —lo encaró con tono desafiante, apoyando las manos en sus caderas.

Él negó y se encogió de hombros.

—La he tratado con la misma cordialidad y educación que al resto.

La joven acortó la distancia que los separaba y elevó su cara para mirarlo de frente, intentando que no se diera cuenta de cómo temblaba por dentro.—
¿Misma cordialidad y educación?

Este asintió, dejando por fin asomar una tímida sonrisa para que ella la viera.

—Creo que aparte de hablar sola, debe de estar un poco sorda...

Cleo emitió un bufido poco femenino.

—Y yo pienso que usted es insoportable y un maleducado. Un borde y un imbécil...

—Ya veo... Pues si tiene alguna queja, ponga una reclamación... —
Avanzó un par de pasos hacia ella, sin que esta se echara hacia atrás.

No estaba dispuesta a dejarse amedrentar.

—No se preocupe que eso mismo haré mañana a primera hora —le indicó sin que le temblara la voz.

—Ponga bien el despertador no vaya a llegar tarde —la picó adrede.

Cleo tensó la mandíbula.

—No pasa ni una, ¿no?

Abel agachó su cara hasta la de ella y negó.

—Si afecta a mi trabajo, no.

Tenían sus respiraciones aceleradas, e incluso podían jurar que escuchaban el latido de sus corazones resonar en mitad de la noche.

Los ojos azules fijos en los pardos... Midiendo sus fuerzas, analizando cada una de las sensaciones que cruzaban por los iris del otro y que los tenían

hipnotizados.

La lengua de Cleo lamió con lentitud su labio inferior, atrayendo la mirada de Abel, y, cuando ninguno de los dos lo esperaba, sus bocas se unieron con ferocidad.

El beso los pilló por sorpresa a ambos.

Un beso que terminó de la misma manera como comenzó. De improviso, robándoles el aliento, sumiéndolos en un mundo de contradicciones.

—Cleo... No sé... —Abel se pasó la mano por el cuello y agachó la mirada intentando buscar algo que decir, que explicara lo que había ocurrido.

Pero no encontró nada.

La joven dio un par de pasos hacia atrás como si de repente la cercanía del guía la quemara. Se pasó las manos por su cabello, dejando que estas cayeran muertas de inmediato, sin saber muy bien qué hacer con ellas.

—Yo...

Él buscó su mirada en cuanto habló.

Cleo se puso nerviosa ante un nuevo contacto desde la distancia, que provocó que se olvidara de lo que iba a decir.

—Me tengo que ir... Mañana madrugamos y...

Abel asintió ante sus palabras.—Sí, madrugamos —repitió sin saber qué más añadir.

—No quiero que mañana mi guía me regañe por ser impuntual —comentó ella mordiéndose el labio con timidez.

Este volvió a mover la cabeza de manera afirmativa.

—No, no queremos que eso suceda.

Cleo asintió y esperó a que él señalara algo más, pero no lo hizo... Por lo que volvió a hablar:

—Hasta mañana —se despidió y se marchó, alejándose de él... de Abel, quien no hizo ningún intento por retenerla.

Capítulo 6

El despertador de Cleo sonó a la hora indicada... el problema fue cuando vio que era muy pronto, y que apenas había descansado desde el «incidente» que le había robado el sueño durante parte de la noche.

Apagó la alarma y se dio la vuelta en la cama, pensando que cinco minutos más, no le harían daño y... terminó por ocurrirle lo mismo de siempre.

Lo había calibrado al minuto antes de que su cabeza se posara sobre la almohada. Podría ducharse, arreglarse sin prisas y bajar a desayunar sin tener que esperar que alguien le guardara el sitio en la mesa. Sería ella la que lo reservaría para Adela y Gustavo, y quizás, dependiendo del humor con el que se levantara, también para Abel.

Pero al final, como siempre le sucedía, acabó yendo deprisa a todos los sitios. Bueno, de hecho el desayuno ni lo cató porque las sábanas se le pegaron y si no hubiera sido por el bueno de Gustavo, que se preocupó al no verla en el comedor, al igual que su abuela, no habría conocido el Valle de los Reyes. El nieto de Adela se presentó ante su camarote y con infinita paciencia, la llamó en sucesivas ocasiones, hasta que Cleo le abrió la puerta.

—Buenos días, ¿ocurre algo? —preguntó medio dormida, sin saber muy bien dónde se encontraba.

Gustavo la miró divertido.

—¿Quieres ver el Valle de los Reyes?

—Claro, ¿por?

El joven puso su cara a la misma altura que la de ella y le dijo:

—Pues en quince minutos sale el grupo.

Cleo se llevó la mano a la boca, ahogando un grito, y negó con la cabeza.

—Eso no puede ser... si yo...

Gustavo miró su móvil y se lo enseñó.

—Catorce minutos...

—¡Dios mío! —gritó sin poder evitarlo esta vez, y desapareció por el interior del camarote, cerrando la puerta en las mismas narices de su salvador.

No escuchó las risas de Gustavo al alejarse por el pasillo, y ni siquiera prestó atención al móvil por si sus amigas le habían escrito por la noche. Se centró en la urgencia que tenía entre manos, y lo primero de todo era buscar la ropa que se iba a poner para la visita, además de arreglarse un poco delante del espejo del servicio, prometiéndose un baño relajante para cuando regresara.

Se puso un pantalón vaquero corto, dejando expuestas sus largas piernas, y una camiseta amarilla con un arcoíris en el centro. Cómoda y sin demasiadas pretensiones por atraer miradas, se calzó sus deportivas blancas con las que aguantaría grandes caminatas si era preciso. Se recogió el cabello en un moño alto, y, tras comprobar que todo estaba en perfecto orden, tomó la mochila donde además de llevar su documentación, había guardado la cámara digital.

Salió del camarote corriendo y llegó al *hall* donde el grupo se había reunido con la respiración acelerada, sobrándole un minuto escaso que utilizó para localizar a Gustavo y a Adela.

—Has llegado... —señaló la anciana risueña.

—Sí, gracias a mi ángel salvador. —Miró al joven y le regaló una gran sonrisa—. Gracias.

Este le guiñó un ojo cómplice y le enseñó una hogaza de pan.

—¿Quieres un Aish es serail?

—No te voy a decir que no. —Lo agarró y no tardó en llevárselo a la boca—. Está riquísimo. ¿Qué es?

—Pan con miel, ablandado con jarabe de azúcar —le indicó Gustavo—. La abuela pensó que, al no haberte dado tiempo a desayunar, te vendría bien comer algo.

Cleo le dio un beso a la anciana en la mejilla.

—Gracias. No sé cómo agradeceros todo lo que estáis haciendo por mí.

Adela le agarró del brazo, señaló la puerta por donde salía el resto de los turistas y le dijo:

—Disfruta de la excursión.

—Eso no va a ser difícil.

La mujer mayor asintió y siguieron al grupo que caminaba hacia un autobús que había aparcado cerca del barco, comprobando que, aunque

todavía era de noche y refrescaba un poco, en nada el sol saldría y comenzaría a calentar.

Se aproximaron al vehículo, donde el guía esperaba ante la puerta a que todos subieran.

—Buenos días, Abel —le saludó Gustavo cuando llegaron a su altura.

—¿Habéis descansado? —se interesó.

—Mucho, aunque Gustavo sigue hablando en sueños —comentó Adela, dándole un beso en la mejilla al guía, gesto que sorprendió a Cleo.

Abel miró al joven y sonrió.

—Los viejos hábitos cuesta perderlos. —Le guiñó un ojo como si compartieran algún secreto y le ofreció la mano a la anciana para ayudarla a subir al autocar—. No tardaremos en llegar.

—Lo sé, cariño —comentó esta—. Recuerda que no es nuestro primer viaje.

El guía asintió e intercambió miradas con Gustavo, donde le indicaba que tuviera cuidado con la mujer.

Cleo, mientras tanto, observaba confusa la escena. La familiaridad con la que los tres se trataban estaba lejos de ser la de la simple relación entre un guía turístico hacia unos turistas; aunque, si analizaba la conversación que habían mantenido, no era el primer viaje de Adela y Gustavo, por lo que quizás habían coincidido en muchas más ocasiones.

—La estamos esperando... —le indicó Abel, devolviéndola al presente.

La miraba con gesto brusco y por el rictus de su boca, todo delataba que no tenía nada de ganas de hablar con ella, ni de verla. Cualquiera diría que hacía apenas unas horas habían intercambiado saliva...

Un beso...

¡Pero vaya beso!

Cleo todavía no había querido analizarlo y no sabía cuándo lo haría, porque cada vez que el recuerdo surgía en su mente, sentía como sus manos temblaban y su corazón se disparaba.

—¿Me oye? —le preguntó Abel con tono cansado, al mismo tiempo que pasaba la mano por delante de sus ojos.

Esta arrugó el ceño y lo miró con aire de suficiencia.—Si no estuviera hablando en mitad de la puerta, quizás ya nos habríamos marchado —le

espetó utilizando, al igual que él, la tercera persona. Si quería tomar distancia entre ellos, la tendría. Tampoco iban a dar demasiada importancia a un beso.

Él se le acercó y le ofreció una sonrisa altanera.

—Si no te hubieras dormido, podríamos habernos ido mucho antes —le anunció en tono confidencial.

Cleo sintió como su cara enrojecía, como si acabara de pillarle en una travesura la profesora del cole. Había esperado que Abel no se enterara de que, una vez más, había sido impuntual, pero parecía que a este hombre nada se le escapaba.

—He llegado a mi hora —indicó pero por el tono de voz usado, todo lo que podría haber ganado en su confrontación, lo acababa de perder.

Abel le apartó un mechón rubio que se le había escapado del recogido, y lo llevó hasta su oreja, acariciándola por el camino.

Cleo retuvo su respiración ante el contacto y escuchó como su traicionero corazón latía a gran velocidad.

—Por los pelos... —le guiñó un ojo que la descolocó del todo, y subió al autobús dejándola sola en la calle.

La joven miró el lugar que había ocupado el guía hasta hacía unos segundos, se restregó los ojos con las manos, y negó con la cabeza sin poder comprender lo que acababa de suceder.

—Este hombre me va a volver loca... —rumió entre dientes, subiendo al autocar antes de que volvieran a llamarle la atención.

El autobús les dejó en la zona habilitada para los vehículos, al pie de la montaña de el-Qurn, con su característica cima en forma de pirámide, desde donde podían llegar al antiguo cementerio.

Se subieron a un trenecito con los vagones amarillos y verdes, y observaron la soledad de la zona, solo invadida por los grupos de turistas que, como ellos, querían visitar las tumbas de la mayoría de los faraones del Imperio Nuevo que escondía el desierto.

Durante el corto trayecto en autobús, Abel les informó de todo lo que se iban a encontrar al llegar, además de explicarles la razón por la que habían madrugado tanto, ya que era la única manera de evitar sufrir algún percance

en la zona, debido a las altas temperaturas que se podían alcanzar a lo largo del día.

Les indicó que por ahora se habían hallado, sesenta y tres tumbas, pero solo se podían visitar tres, y apenas había objetos que admirar en ellas, salvo las pinturas que adornaban las paredes; y es que, para evitar posibles espolios, estos habían acabado en el museo de El Cairo. Es por ese motivo que, aunque la visita al Valle era increíble, ya que se tenía la posibilidad de imaginar la grandeza de un imperio, el guía les había recomendado visitar el museo de El Cairo, cuando se encontraran en la ciudad, y así podrían comprobar de primera mano los grandes tesoros con los que los faraones habían sido enterrados.

Cuando llegaron y descendieron del pequeño tren, Adela animó a Gustavo y a Cleo a que visitaran la tumba que más les llamara la atención, mientras ella les esperaba sentada en uno de los pequeños vagones.

—No os preocupéis por mí —les señaló—. Yo ya las he visto más de una vez...

—¿Pero te encuentras bien? —se interesó Cleo, reticente a dejarla sola.

Asintió y sonrió.

—Sí, tranquila. Además, creo que no me faltará compañía. —Movié la cabeza señalando detrás de la pareja.

La joven se giró para comprobar a qué se refería, cuando se dio de bruces con Abel.

—Perdón... —se disculpó con rapidez, alejándose de las manos masculinas que la habían sujetado para evitar que cayera a la arena. Ante el contacto había sentido como un pequeño cortocircuito la atravesaba el cuerpo en mitad del desierto y este comenzaba a acalorarse, a pesar de que todavía no había hecho nada de ejercicio físico.

El guía no dijo nada. Solo la observó por unos segundos, para devolver su atención a la mujer mayor a continuación.

—Adela, ¿estás bien?

—Sí, cariño. Es solo que los años pesan y como ya lo conozco... —Movié la mano abarcando el paisaje.

Este asintió conforme.

—Pues me quedo contigo —señaló sentándose a su lado.

—Perfecto, así Gustavo podrá acompañar a Cleo sin remordimientos por haberme dejado sola —comentó Adela.

Abel miró a la pareja, y, por una milésima de segundo, sentimientos contradictorios le invadieron al pensar que Cleo podría estar a solas con el nieto de la mujer.

—Sí, está bien. Marchaos. No vaya a ser que lleguéis tarde para la próxima visita —indicó dirigiéndose a los dos, pero sabiendo Cleo, sin ninguna duda, que lo del tema de la impuntualidad, solo podía decirlo por ella.

Esta cerró los puños con fuerza, al sentir unas enormes ganas de hacerle desaparecer la sonrisa prepotente de su cara, y se giró sobre sus propios pies sin mirar atrás.

Gustavo arrugó el ceño y observó al hombre que estaba sentado con su abuela.

—Se puede saber, ¿qué le has hecho?

Abel se encogió de hombros.

—Nada. Tú mismo me has escuchado —señaló con tono travieso—. Esta chica se enfada solo con mirarla...

Gustavo se rio y negó con la cabeza.

—Bueno, será mejor que me vaya con ella.

Adela asintió y palmeó la pierna del guía.

—Sí, vete. Ya me encargo yo de nuestro chico.

Abel miró a la mujer mayor en cuanto se quedaron solos.

—¿Estás bien, abuela?

—Sí, cariño. —Le puso la mano en la mejilla sin rasurar y buscó sus ojos, esos que le recordaban tanto a su hijo y que eran tan similares a los suyos—. No te preocupes.

Este atrapó su mano y le dio un beso en ella.

—Pues claro que me preocupo. No deberías haber venido esta vez...

—Es la manera que tengo de acordarme de ellos... Hace ya quince años desde que no están a nuestro lado... —comentó mirando como su otro nieto salía de una de las tumbas subterráneas detrás de Cleo.

Abel buscó entre los turistas, aquello que había captado su atención, y dejó prendada su mirada sobre una de esas personas que venían a Egipto en

busca de fábulas y leyendas.—Los echo mucho de menos —confesó a media voz.

Adela lo miró con ojos tristes.

—Y yo, cariño. Tus padres... —Calló intentando retener las lágrimas que luchaban por salir al exterior—. Estarían muy orgullosos de hasta dónde has llegado.

Abel encogió uno de sus hombros, quitándole importancia al asunto.

—Todo ha sido por ellos —indicó, al mismo tiempo que un grito de júbilo atrajo toda su atención. Parecía que Cleo estaba disfrutando mucho de la visita—. Y sin vosotros... —Miró a su abuela y la besó de nuevo en la arrugada mejilla—. Nada de esto habría sido posible.

Ella le palmeó la pierna y asintió.

—Habrías podido salir adelante tú solo, cariño.

El joven miró su reloj de pulsera y se levantó del tren.

—Nos tenemos que ir —cambió de tema adrede—. Espero que no se retrasen mucho...

Adela sonrió traviesa al escucharle.

—¿Qué te pasa con ella?

La miró sin comprender.

—¿Con quién?

La anciana señaló con la cabeza a la pareja que se dirigía hacia ellos sin parar de hablar:

—Es una chica muy simpática...

—Quizás, pero no tengo tiempo para comprobarlo, abuela.

—Pero, Abel...

Este negó con la cabeza y se incorporó todo lo largo que era, al mismo tiempo que los turistas que conformaban el grupo, iban llegando.

—Pero nada, abuela —la replicó—. Estoy trabajando.

Adela vio como se alejaba su nieto con la espalda bien recta, tan orgulloso y cabezota como su padre, quien incluso teniendo delante a la que fue su esposa, seguía negando que estuviera enamorado de ella.

Capítulo 7

En cuanto llegaron al templo de Hatshepsut, Cleo salió disparada hacia las rampas que conducían a una de las terrazas. No esperó ni a Gustavo para que fuera con ella, ya que su ansiedad por alcanzar la construcción, solo era equiparable a su obsesión con los dulces.

Desde muy pequeña había soñado con estar delante de ese templo, uno de los más importantes de la zona donde se encontraban, y único en todo Egipto. Había sido levantado en forma de terrazas de grandes dimensiones, con columnas que se confundían con la ladera de la montaña que hay situada tras él, y excavado parte en la roca y parte en el exterior:

Una obra que, como Cleo sabía, era única y preciosa.

Llegó a la primera terraza, un gran patio rodeado de muros bajos y largos con un doble pórtico de cierre, y sacó su cámara para poder inmortalizar el momento; y fue ahí cuando se dio cuenta de dónde se encontraba.

Estaba en Egipto, un país que emanaban historia desde cualquiera de sus monumentos, construcciones o incluso desde las mismas miradas de su población. Un lugar en el que las pirámides llevaban erigidas desde hacía cientos de años, viendo pasar el mundo de manera inquebrantable, mientras nosotros, los humanos, vamos acabando con él.—¿En qué piensas? —le preguntó Abel de pronto.

La había seguido desde que habían salido del autobús, tras prometerle a su abuela que la vigilaría, ya que en esta ocasión sería Gustavo quien se quedaría con ella.

Pendiente de cada uno de sus movimientos, al mismo tiempo que intentaba solucionar algunas de las dudas que tenían el resto del grupo, se fijó en cómo la alegría que brillaba en sus ojos y que acompañaba su sonrisa, se vio de pronto empañada por la tristeza. Le llamó tanto la atención ese hecho que, sin dudarlo, se acercó a ella, como si un hilo invisible tirara de su cuerpo.

Cleo lo miró, algo extrañada ante su tono de preocupación, tan distinto a las otras veces que se había dirigido a ella, y negó con la cabeza, al mismo tiempo que se cruzaba de brazos.

—Nada. Tonterías... —Comenzó a caminar por la rampa que ascendía a la segunda terraza, y, para su sorpresa, el guía la imitó.

Abel, que llevaba las manos escondidas en los bolsillos del vaquero, no hizo amago de alejarse de su lado.

—A veces es importante decir en voz alta esas tonterías, para que un amigo te confirme si lo son o no.

La joven lo miró de medio lado y sonrió.

—¿Y tú eres «un amigo»?

Este se encogió de hombros y le guiñó un ojo.

—Como no tienes ninguno cerca, puedo ser un buen sustituto.

Cleo se rio y se dirigió hacia el pórtico formado por dos filas de veintidós pilares cuadrados en los que había representados diferentes relieves.

—Lo veo difícil... —le rebatió y se quedó parada delante de unas de esas representaciones que había sobre la piedra.

—Se pueden ver escenas del nacimiento, educación y coronación de la reina, además de una expedición comercial por mar hasta el país de Punt junto con la procesión de vuelta al templo de Amón —explicó Abel con detalle.

Ella lo observó y asintió con una sonrisa.

—De momento el papel de guía lo haces de maravilla... —comentó y se adentró aún más en el templo—. Cuando dejes de ser un borde, quizás puedas ocupar el papel de amigo —le soltó como si acabara de hablar del tiempo.

Abel sonrió al escucharla y no dudó en seguirla.

—Tal vez la culpa la tengas tú...

Ella se giró y se topó cara a cara con él.

Los dos se miraron por el encontronazo, sintiendo como sus cuerpos habían reaccionado ante el contacto.

Sus ojos se enlazaron, y sus respiraciones se aceleraron, pero ninguno hizo intento de alejarse.

Abel sentía la mano de Cleo sobre su tórax, como si un hierro candente le atravesara pero ni así, se separó. Descendió su mirada hasta los labios que había probado la pasada noche y observó como su lengua aparecía con timidez, acariciando lo que él quería volver a saborear.

Se acercó con lentitud, olvidándose de dónde se encontraba, y cuando le quedaban escasos centímetros para saciar su deseo, una voz les alejó.

—Abel, perdona...

La pareja dio un salto hacia atrás, separándose al mismo tiempo que una chica con el cabello pelirrojo aparecía por detrás de una de las columnas.

—Sí, Miriam. ¿Qué sucede? —Se giró hacia ella, ignorando a Cleo.

La recién llegada se colgó de su brazo y tiró hacia la rampa donde esperaba una mujer de mediana edad.

—Dile a mi madre que ya queda poco para regresar al barco.

El hombre se dejó guiar hasta ella, quien estaba sentada en uno de los pequeños muretes que se levantaban a ambos lados de las rampas.

—Claro, Vicen. No te preocupes. Vamos a hacer una pequeña parada para ver los Colosos de Memnón, que son dos gigantescas estatuas de piedra que representan al faraón Amenhotep III, y regresamos.

La madre de la joven se incorporó con cuidado y se limpió la frente con un pañuelo.

—Gracias, hijo. Este calor me está matando.

Abel se puso a su lado y le agarró del brazo para ayudarla a descender hacia la gran explanada donde esperaba el autobús.

—Es normal —le dijo intentando que la mujer no se agobiara—. Cuesta bastante que el cuerpo se aclimate a esta temperatura.

—Eso me dice mi hija, que tenga paciencia. —Los dos miraron a la joven que caminaba a la par que ellos.

—Pues imagínese si hubiéramos venido más tarde —señaló Abel, manteniendo la conversación con ellas, tratando de que la mayor se olvidara de su esfuerzo—, podríamos habernos achicharrado como un par de costillas en una barbacoa.

Madre e hija se carcajearon ante su ocurrencia, y Abel no tardó en seguirlas contagiado.

Cleo, que los había seguido desde su posición, no daba crédito a lo que veía. La educación del guía era impoluta, incluso llegando a tutearlas con una familiaridad que envidiaba... Con ella seguía utilizando la tercera persona, salvo en contadas ocasiones en las que la intimidad los había sorprendido; pero, sí había algo que le había llamado la atención y era que Abel sabía reír.

—¡Y qué risa! —dijo en voz alta mientras descendía tras sus pasos, llevando una de las manos hasta su estómago donde había sentido como si tuviera miles de mariposas revoloteando por su interior—. Será el hambre... No has desayunado. Tienes que estar muerta de hambre, Cleo —se mintió intentando justificar sus nervios.

Capítulo 8

En cuanto regresaron al barco, Cleo se escondió dentro de su camarote donde, tras un relajante baño, se tiró en la cama con la intención de no levantarse pasadas varias horas.

El sueño la sorprendió enseguida y un hombre con el rostro oculto, que conocía muy bien, la visitó en el mundo de Tutu¹.

No era la primera vez que le ocurría.

Eran unos sueños recurrentes que la acompañaban desde hacía unos años y que, con motivo del viaje a Egipto, se habían acrecentado en intensidad, en lo referente a las vivencias y lo que experimentaba en ellos. Al principio se trataban de breves apariciones.

Una sombra desdibujada de un hombre alto, una sonrisa que se iluminaba entre tanta oscuridad, el tacto de su mano en la cara y cómo la electricidad le recorría el brazo ante el gesto o un beso...

Pero, con el tiempo, esos sueños eran más reales, tanto que incluso, en alguna ocasión, Cleo se despertó en mitad de la noche al sentir un potente orgasmo.

La frustración llegaba después... Cuando abría los ojos y se daba de bruces con la realidad, esa en la que se encontraba sola en mitad de la cama y sin haber podido reconocer la cara de su amante.

Como en esta ocasión, cuando el incesante sonido de su móvil acabó traspasando sus oídos hasta el subconsciente, logrando despertarla.

Cleo estiró el brazo hacia donde pensaba que tenía el teléfono, sin hacer intención de mover más el cuerpo, y lo atrapó a tientas, tirando en su camino una libreta y un bolígrafo que utilizaba para apuntar sus pensamientos.

Bufó sin ganas y se acercó hasta el borde de la cama. Asomó la cabeza, intentando visualizar dónde habrían caído sus enseres, y, cuando comprobó que no se habían perdido por debajo del colchón, se tumbó boca arriba sin intención de recogerlos.

Estaba agotada... pero su agotamiento no tenía nada que ver con la excursión de ese día, sino con la vorágine de sentimientos que la

atormentaban por culpa de una sola persona: Abel.

Su comportamiento, sus enfrentamientos, sus miradas...

Su beso...

La estaban volviendo loca.

No sabía a qué atenerse con el guía, pero tampoco la ayudaba que no supiera ella misma qué le ocurría cada vez que estaba ante él.

Se tapó los ojos con la mano y suspiró con fuerza.

—¿Qué voy a hacer? —se preguntó en voz alta, al mismo tiempo que el pitido del móvil le recordó por qué estaba despierta.

Lo desbloqueó y observó asustada que tenía más de cincuenta mensajes de WhatsApp y que todos eran de sus amigas demandándola con urgencia que contestara a la última pregunta que Diana le había hecho.

Cleo 18:05

Hola, chicas.
Os habéis vuelto un poco locas, ¿no?
Leti, ¿cómo estás? ¿Ya en casa?

Diana escribió corriendo en cuanto vio que ya estaba operativa.

Diana 15:15

Leti bien. Pero ahora no te hagas la sueca, y contesta!!!

Leti 15:16

Ya estoy en casa, Cleo.
Pero lo importante es que contestes, como dice Diana.

Cleo 15:20

No sé qué queréis que conteste.

Diana 15:30



Diana 15:30

Lo sabía.
Te lo dije, Leti.
Está bueno.

Leti 15:38

Tampoco era muy difícil descubrirlo, 😏

Leti 15:38

La manera de hablar de él...
Tanto enfado por un guía turístico...
Y luego desaparece durante horas...
Estaba muy claro.

Cleo 15:42

¿Os dais cuenta de que os estoy leyendo?

Diana 15:45



Leti 15:45

Jajajajaja...
Pues claro, y eso queremos que hagas.

Diana 15:48

Cuéntanos cómo es él.

Cleo miró el techo de madera del barco y escondió el móvil debajo de la almohada.

—Buena pregunta... —dijo en voz alta—. ¿Cómo es Abel, Cleo?

Si se ponía a analizar la pregunta, todavía no lo tenía nada claro.

Sabía a ciencia cierta que era atractivo... mucho... En definitiva, estaba como un queso. Alto, con el cabello oscuro pero que cuando los rayos del sol caían sobre él, conseguía arrancarle brillos terrosos con matices rojos. Un campo multicolor que la atraía como un imán, incapaz de contener las ganas que sentía de introducir sus dedos por entre los mechones sedosos para apreciar los contrastes de primera mano. Debido a las distintas ocasiones que había terminado chocándose contra él, había podido apreciar que tenía un cuerpo fibroso, con músculos definidos que resaltaban gracias al moreno de su piel. Su cara parecía tallada con cincel por el mismo Miguel Ángel, y su sonrisa, esa que había apreciado en salvadas excepciones, conseguía que se le cayeran hasta las bragas...

—Vale, eso ha sido del todo una ordinariez, Cleo. Aunque lo pienses, debes tener cuidado que luego lo sueltas en voz alta... —se reprendió a sí misma, a sabiendas de que en más de una ocasión su lengua, más rápida que Billy el Niño, había salido disparada sin poder controlarla, y la había metido

en más de un problema.

En ese instante un nuevo pitido del teléfono volvió a reclamarla. Miró la pantalla del móvil y comprobó cómo sus amigas no iban a abandonar el tema hasta que les diera una respuesta.

—Pero qué les puedo decir... —comentó—. ¿La verdad? ¿Que no lo conocía pero que estaba muy bueno? ¿Que estaba deseando conocerlo porque ese misterio que escondían sus ojos, la tenía fascinada? ¿Que puede que por primera vez se sintiera atraída por alguien que acababa de conocer? —Suspiró y se tapó la cara con la almohada—. Cleo, es un borde, un maleducado... Alguien que detestas sin motivo alguno, pero que al mismo tiempo... —Se mordió el labio al darse cuenta de lo que iba a decir y susurró—. Te sientes atraída por él... y mucho.

Tomó el móvil y escribió en el grupo de las «Mosqueteras»:

Cleo 16:02

Chicas, tengo un problema...

Leti 16:05

¿Tan grave es?

Cleo 16:10

Bastante 😞

Diana 16:12

Niña, que nosotras estamos de broma. Si no nos lo quieres contar, no pasa nada. Lo importante es que tengas cuidado y te lo pases bien 😊

Leti 16:13

Solo estábamos de broma, con ganas de cotilleo, Cleo.

Cleo 16:15

Lo sé... Tranquilas. El problema no es con vosotras, sino conmigo.

Diana 16:18

¿Qué pasa?

Leti 16:19

Cariño, si necesitas volver. Vente para casa.
Nosotras te pagamos el billete de vuelta si es necesario...

Cleo 16:25

Gracias, chicas.
Os quiero 😍
Pero creo que no quiero volver... todavía.

Diana 16:27

¿Crees?

Cleo 16:28

Es complicado...
Como todo lo que estoy viviendo aquí...

Leti 16:30

Ese chico te gusta mucho, ¿verdad?

Diana 16:27

¿Crees?

Cleo 16:35

Algo...Pero...

Diana 16:36

Pero ¿qué?
Cleo, deja a un lado tus dudas y tus miedos, y lázate de una vez.

Leti 16:37

Sí, cariño. Si te gusta, vive una aventura.
De todos modos, solo son unos días y luego ya no volverás a verlo.

Cleo 16:45

Ufff... Pero si no nos soportamos...
Hemos intercambiado un par de conversaciones y en todas, hemos acabado discutiendo o...

Diana 16:46

¿O?
¿Qué ha pasado, Cleo?

Cleo 16:50
Nos hemos besado.

Leti 16:51
¡¡¡Qué!!!

Diana 16:52
¿Os habéis besado?

Cleo 16:55
No sé cómo pasó...

Leti 16:58
Pero ¿te gustó?

Cleo 16:59
Sí... un poco.

Diana 17:02
¿Un poco? Reconoce que eso no fue así, o si no, no estaríamos hablando de ello ahora mismo.

Leti 17:03
De tu problema...

Cleo 17:06
Vale. Mucho.
Pero no nos soportamos...

Diana 17:10
Niña, donde hay chispas hay fuego 😊

Leti 17:12
Los amores reñidos, son los más queridos

Cleo 17:15
Jajajajaja... Creo que no me vais a ayudar mucho con el problema que tengo.

Diana 17:17
Problema, ¿por qué? ¿Porque tu guía esta cañón? Eso nos lo imaginamos porque tú no sueltas prenda...
¿Os sentís atraídos el uno por el otro?

Cleo 17:18

Pero nos odiamos mutuamente.


Leti 17:21

No dicen que del amor al odio hay un solo paso, pues también nos sirve para la inversa.


Cleo 17:22

Jajajajaja... No sé qué hacer con vosotras.

Leti 17:25

Querernos 

Cleo 17:26


Eso siempre 

Diana 17:30

Ahora en serio.

Cleo, disfruta de lo que la vida te pone delante. No pienses. Déjate guiar con los ojos cerrados y por el corazón que, aunque no lo creas, es muy sabio.

Cleo 17:35

Vale. Lo pensaré. 

¹ Dios egipcio protector, adorado por el pueblo en el Antiguo Egipto. Originalmente fue el protector de tumbas, pero más tarde guardaba el dormir de los peligros o pesadillas que pudieran surgir.

Capítulo 9

Cleo no salió del camarote en lo que le quedó de día, y eso que su estómago, en más de una ocasión, se quejó por su cabezonería. Pasó hambre, pero la culpa solo la tuvo ella porque prefirió resguardarse en su habitación, a encontrarse con Abel y que pudiera hacer algo de lo que luego se arrepintiera.

Después de la conversación que había mantenido con sus amigas, el malestar que sentía la agobiaba cada vez más, suplicándole que se parara... Solo debía detenerse un momento a pensar sobre lo que sentía hacia ese hombre, lo que estaba ocurriendo entre los dos y si todo ello la llevaría a algún sitio.

Pero siendo sincera con ella misma, pensar en dar ese paso, la aterrorizaba. Ella no era una chica de pensar, de planear nada...

El futuro estaba sobrevalorado...

Cleo prefería agarrar el toro por los cuernos, y avanzar. Jamás se detenía, jamás miraba a su alrededor para valorar todas las opciones que podía elegir. Si tenía algo delante de sus narices, lo cogía y luego... luego asumiría las consecuencias con la cabeza bien alta porque el destino era así.

El destino no ofrecía varias opciones, porque su línea de vida ya estaba prefijada de antemano.

Al destino no le gustaba jugar, tenía las cosas bien claras, porque si no fuera así, sus padres no habrían cogido esa noche de tormenta el coche y no habrían tenido el accidente que acabó con sus vidas...

No había elecciones.

No. El destino no jugaba...

Sus estudios, sus amistades... su vida había sido prefijada de antemano y ella solo se dejaba llevar, sin hacer ningún plan para el futuro y sin disfrutar de los pasos que seguía. Y hasta ahora, esa dinámica le había ido bastante bien, aunque eso supusiera que todavía no supiera qué paso debía dar tras acabar su carrera universitaria... Esa carrera que había aprobado como un mero trámite porque debía hacerlo.

Ella esperaba que llegara esa señal que la llevara de la mano hasta el siguiente nivel, el siguiente puerto donde recalar para seguir avanzando... Pero, en esta ocasión estaba tardando demasiado. Al contrario que con Diana y Leti, quienes lo tenían ya todo muy claro: la primera haría un máster de comunicaciones, para seguir formándose en periodismo, y la segunda ya estaba organizando su boda con Xavi para utilizarlo como excusa para darse un tiempo y así, más adelante, ver si seguía estudiando o se ponía a trabajar en la empresa familiar.

Cleo solo esperaba que esa señal se le presentara ante los ojos y así podría seguir avanzando... pero negándose a valorar la presencia de Abel en esa ecuación. Era un simple elemento que había aparecido dentro del tablero de su vida, que pronto desaparecería, dando paso a lo verdaderamente importante.

Daba igual que se sintiera atraída por él, que no le fuera indiferente y que ese beso que habían compartido hacía dos noches lo repitiera su cabeza a cámara lenta cada dos por tres.

Todo eso daba igual.

Ella debía seguir mirando para adelante sin fijarse en las distracciones.

—Eso, Cleo... —Observó la imagen que le devolvía el espejo del baño y se dijo—: aunque Abel esté cañón, tú sigue a lo tuyo y pasa de él. —Atrapó un par de mechones húmedos por detrás de sus orejas y se dirigió al comedor para desayunar.

En cuanto pisó el salón, se dio cuenta de que era demasiado temprano.

El reconcome que la había acompañado desde el día anterior, pensando en Abel aunque no quería, no la dejó descansar; sumado al hambre que tenía por no haber probado bocado desde hacía muchas horas. Por eso, en cuanto pensó que quizás ya estaría dispuesta la comida para los huéspedes de la motonave, se levantó, se duchó y... ahí estaba: sola. La única compañía, los camareros y cocineros que iban preparando las bandejas con la comida.

—Perdone, ¿puedo quedarme o espero? —le preguntó a un camarero joven que pasaba por su lado portando termos con café y leche.

El chico miró por encima de su hombro, como pidiendo permiso a quien estuviera detrás de Cleo, y asintió con la cabeza para seguir avanzando hasta la mesa donde dejó lo que llevaba entre las manos.

Ella no dudó en seguirle. El olor del café era una tentación demasiado irresistible a esas horas de la mañana, por lo que en cuanto preparó los recipientes el camarero, se hizo con una taza y se la llenó.

Buscó una bandeja donde dispuso los cubiertos y colocó la taza llena, y se acercó hasta una de las zonas donde ya había algo de fruta, además de un poco de bollería.

En cuanto eligió lo que más le llamaba la atención, se dirigió a la mesa que había ocupado con Gustavo y Adela la vez anterior, y comenzó a desayunar.

—Tendría que verme ahora, Abel —murmuró para sí misma, tras saborear el oscuro líquido—. Así comprobaría que no siempre llego tarde.

—Pero sí se salta las comidas —comentó la voz que le era tan familiar, acompañada del sonido del arrastrar de la silla que había a su lado.

Cleo bufó y lo observó.

—¿Me está controlando?

El guía enfrentó sus miradas y le ofreció una sonrisa prepotente.

—Sí...

—Pero...

Abel posó el dedo índice sobre su boca, silenciándola, para consternación de ella.

—Aquí hace mucho calor y debe alimentarse correctamente, para evitar algún accidente.

—Pero... —intentó hablar, apartándose por un segundo de su contacto, pero con rapidez el joven volvió a colocar el dedo sobre su boca, acompañado de otro.

Cleo tenía anclada su mirada en los ojos azules, por lo que este pudo observar con claridad la furia retenida que comenzaba a anidar en ellos.

—Soy responsable de todas las personas que hay en este barco, turistas y empleados... —Calló un segundo—. Incluida usted. Por lo que no quiero tener que salir corriendo a un hospital, por su irresponsabilidad —sentenció alejando por fin los dedos de ella.

Esta achicó los ojos mientras buscaba una buena respuesta que lo dejara pegado al asiento, pero al ver como el guía comenzaba a comer sin prestarle ninguna atención, prefirió morderse el labio e ignorarlo. Abel la miró de

reajo, esperando el estallido al que lo tenía acostumbrado, pero le extrañó que este no llegara. Arrugó el ceño y, mientras masticaba un trozo de melón, se fijó en que untaba con miel un poco de pan, sin hacerle ni caso.

Su silencio lo agobió...

Estaba preparado para que saltara, le contestara con alguna de sus ingeniosas frases o incluso lo insultara, pero su reacción actual, era algo nuevo para él y se inquietó.

De improviso, puso la mano sobre su frente y le agarró la cara, obligándola a mirarlo, sin hacer caso de sus quejas. Le levantó los párpados, observó el color de su rostro y la tomó el pulso en la muñeca.

—¿Se puede saber qué haces?! —le exigió al mismo tiempo que se apartaba con rapidez, provocando que se diera un brusco golpe contra la mesa—. ¡Joder! —gritó.

Abel atrapó de nuevo su mano preocupado.

—¿Estás bien?

Ella intentó alejarse de su contacto de nuevo, pero esta vez sí la tenía bien agarrada, impidiéndoselo.

—No gracias a ti —espetó mientras observaba cómo examinaba la parte dolorida.

—¿Te duele? —Apretó sus dedos cerca del escafoides y Cleo se mordió el labio para retener un quejido.

—Un poco —dijo a media voz.

—Está bien. —Se levantó y tiró de ella para que lo imitara—. Vamos. Lo miró sin comprender.

—No hace falta ir a un hospital por esto —comentó alarmada, recordando sus anteriores advertencias.

—No vamos a ningún hospital...

—Entonces ¿adónde? —lo cortó preocupada.

Abel sonrió, intentando tranquilizarla.

—A que te cure eso. —Señaló la muñeca que comenzaba a adquirir un tono rosado.

Cleo observó lo que indicaba y negó con la cabeza.

—De verdad, no necesito nada. Es un simple golpe que... —Gritó de repente, en cuanto el guía volvió a posar sus dedos con demasiada fuerza,

donde le dolía.

—¿Vamos? —le preguntó elevando una de sus cejas oscuras.

Ella suspiró, haciendo que su flequillo se elevara, y se incorporó para seguirlo por el barco a regañadientes hasta llegar a un camarote que Abel abrió con un juego de llaves que tenía guardado en el bolsillo del vaquero.

—Tú primera —le ofreció con una sonrisa, apartándose a un lado para permitirle el paso.

—No sé si prefiero al Abel borde y maleducado o al que trata de hacerse el simpático... —comentó ella cuando se adentró por el interior del camarote.

El guía amplió la sonrisa y cerró la puerta tras él.

—Bueno, por lo menos podemos asegurar una cosa... —Cleo se volvió hacia él con una de sus doradas cejas elevada—. Que ha regresado la impertinente Cleopatra.

—Siempre ha estado aquí —le contestó de inmediato.

El guía se rio.

—Eso no es verdad. —Movi6 la cabeza hacia la puerta—. En el comedor se ausentó. —Se dirigió hacia una cómoda que había debajo de una de las ventanas y sacó de su interior una pequeña caja.

Cleo, que seguía todos sus movimientos, sonrió al escucharlo.

—¿No sabes que ignorar es síntoma de inteligencia?

Abel golpeó la gran cama, que ocupaba una parte importante de la habitación, invitándola a sentarse.

—Sí, suele serlo pero en tu caso... —Le guiñó un ojo cuando se acomodó delante de él en el colchón—. A veces lo dudo...

La joven apartó su mano cuando este la agarró.

—¿Qué quieres decir? —le interrogó de malos modos.

Él se carcajeó y negó con la cabeza, al mismo tiempo que volvía a atrapar su dolorida muñeca.

—Nada. —Le dio la espalda y sacó de la caja un bote de crema—. Solo que echaba de menos tus contestaciones —comentó mientras le untaba la pomada.

Cleo enmudeció ante la confesión y dejó fijos sus ojos en el movimiento hipnótico de las manos masculinas sobre su muñeca.

El silencio se asentó entre los dos, como un fiel confidente que presenciaba el comienzo de una buena amistad o quizás de algo más.

Capítulo 10

—Ya está —indicó Abel en cuanto le puso esparadrapo para sujetar bien la venda.

—¿No crees que es demasiado exagerado? —preguntó observando la muñeca.

El guía sonrió divertido.

—De nada... —mencionó y comenzó a guardar en la caja todo lo que había utilizado para curarla.—No esperarás que te dé las gracias, ¿verdad? —Él se encogió de hombros pero no dijo nada—. ¡Esto es el colmo! La culpa de esto. —Elevó la muñeca dolorida—. Es solo tuya. Qué mínimo que...

Abel interrumpió lo que fuera a decir con un beso. Atrapó el labio inferior, dejando que su lengua le acariciara con lentitud, y pasó a continuación al superior, arrancándole un gemido justo cuando el contacto llegaba a su fin. Llevó uno de sus dorados mechones hasta detrás de la oreja y la guiñó un ojo.

—Mejor así...

Cleo abrió la boca para contestarle, pero la cerró de golpe sin saber muy bien qué decirle.

—Será mejor que me vaya —comentó pasados unos minutos, en los que ninguno de los dos habló.

—Perfecto —afirmó este—. No te olvides de que hoy pasaremos por las esclusas de Esna, una gran obra de ingeniería que no tiene nada que envidiar a las esclusas del canal de Panamá.

Ella movió la cabeza de manera afirmativa.

—De acuerdo. No me lo perderé.

Abel asintió y siguió guardando las cosas en la caja, ignorándola.

Cleo observó su espalda, mientras esperaba no sabía muy bien el qué, hasta que decidió que ya estaba bien de comportarse como una niña en plena edad del pavo, y que debía salir de ese camarote.

—Nos vemos... —le indicó abriendo la puerta.

—Nos vemos —repitió él sin ni siquiera mirarla, escuchando tras él, el sonido de la cerradura.

En cuanto se vio solo en el camarote, se dejó caer sobre la cama con gesto rendido.

—¿Qué has hecho, Abel? ¿Qué te sucede? —se preguntó a sí mismo mientras observaba lo que lo rodeaba pero sin ver nada en concreto—. No tienes tiempo para jueguecitos ni para nada que no sea el trabajo. La empresa es tu vida y debes sacarla para adelante. No puedes distraerte... —Se dejó caer sobre el colchón boca arriba—. Además, a ti no te gusta...

Llegaron al templo de Edfu utilizando una especie de calesa, en la que iban montados de dos en dos. Como Cleo era la única del grupo que no iba acompañada, tuvo que compartir transporte con Abel.

No se habían dirigido la palabra desde que ella había abandonado el camarote del guía y ninguno de los dos tenía intención de que eso cambiara, hasta que de pronto el gran pilono del templo estuvo visible.

—Es increíble —señaló Cleo maravillada.

El guía observó su rostro y la ilusión que reflejaban sus ojos lo conquistó.

—Pues ya verás cuando estemos cerca de él —le indicó, atrayendo toda su atención, lo que le incitó a continuar hablando—. Tiene más de treinta y cuatro metros de alto, y se puede observar a la perfección al faraón Ptolomeo XIII golpeando a los enemigos de Egipto ante el dios Horus. —Elevó su brazo derecho como si imitara al monarca, arrancándole una sonrisa cómplice—. Está construido en piedra arenisca, sobre un montículo de arena y rocas en medio de la llanura aluvial. —Movié la mano abarcando el paisaje—. Esto provocaba que durante la crecida del Nilo se transformara en una isla...

—¿En serio?

Él movió la cabeza de manera afirmativa.

—Es el templo más completo y mejor conservado de Egipto, y uno de los más grandes con ciento treinta y siete metros de longitud y setenta y nueve de anchura.

Cleo asintió y observó el edificio que tenían ya ante sus ojos, justo cuando la calesa se detenía y Abel le ofrecía su mano para ayudarla a descender.

—Es increíble —repitió de nuevo en cuanto pisó el suelo, sin separarse ni

un ápice de él.

—¿Qué es increíble? —se interesó mirándola a los ojos.

—Todo... Egipto, sus templos, el país... Tú —le indicó alejándose de él, mientras este se quedaba petrificado ante sus palabras.

Observó su espalda, descendió hasta el trasero y sus piernas, para volver a admirar la rubia cabellera que en esta ocasión llevaba suelta y que jugaba con los rayos del sol; y deseó que por un segundo, solo un segundo, se girara hacia él y le regalara una de esas sonrisas que lo desarmaban.

Cleo, como si notara la fuerza de los azules ojos sobre ella, se volvió para mirarlo y le sonrió.

Las piernas de Abel temblaron, justo cuando Gustavo pasaba por su lado y le empujó aposta, provocando que se moviera.

—¿A que es una *rara avis*?

El guía comenzó a caminar intentando ponerse a la altura que su primo y de su abuela.

—No sé a qué te refieres...

Adela se carcajeó.

—Claro, cariño. Si quieres seguir engañándote, allá tú. —Atrapó su brazo y le puso a la par que ellos, sin soltar el de su otro nieto—. Pero recuerda que hemos venido de paso a esta vida y si dejamos de lado aquello que nos puede hacer felices, jamás la alcanzaremos...

—¿El qué?

—La felicidad, cariño. —Le dio un beso en la mejilla—. Tus padres estuvieron poco entre nosotros, pero supieron conquistarla... —Calló de repente al recordar a su hijo y su mujer—. El resultado de ello —retomó la conversación—, eres tú.

Abel apretó con cariño su mano.

—Pero seguro que no querían que hicieras de casamentera —comentó con tono divertido, intentando alejar los malos recuerdos.

Gustavo se rio.

—Parece mentira que no conozcas a nuestra abuela, primo. —Le guiñó un ojo—. Disfruta organizando y desorganizando como una buena maestra de orquesta.

Adela sonrió.

—No sé por qué pensáis eso —se quejó.

—No sé, abuela. Creo recordar que mis padres se casaron por una de tus artimañas...

—Y los míos —atajó Gustavo.

—Es que tengo buen ojo y me da lástima que cuando algo puede ser perfecto, la ceguera de unos pocos impida dar el paso para alcanzarlo.

—Soy demasiado mayor para tus tejemanajes, abuela. —Le dio un beso y se separó de ella para dirigirse hacia el resto del grupo.

Adela observó su espalda y luego miró a su otro nieto.

—¿Estás de acuerdo con lo que ha dicho?

Gustavo fijó los ojos en su primo y luego los posó sobre Cleo quien observaba cada uno de los movimientos de este.

—Creo que por un empujoncito no pasará nada...

La anciana le palmeó la mano sonriente y reanudaron la marcha para unirse con los demás.

El templo de Kom Ombo lo visitaron de noche.

La iluminación naranja ofrecía un halo de misterio a la construcción que captó el interés de todos los turistas que la visitaban en ese momento, incluido el grupo que guiaba Abel.

Llegaron hasta una de sus dos entradas y, tras escuchar algunos datos curiosos de su edificación y referente a los jeroglíficos que aparecían entre sus paredes, como la representación de instrumental médico, muy similar al usado en nuestra época, o incluso escenas de parto que podrían llamarles la atención. Quedaron a una hora determinada en ese mismo punto y el grupo se dividió en busca de esa foto que querían captar.

Cleo realizó la visita acompañada de Adela y Gustavo, que como ya lo habían visto en más ocasiones, le fueron indicando los relieves más llamativos.

—Y entonces, querida, ¿no tienes a nadie que te espere en España? —se interesó la abuela de Gustavo.

—No. Solo a mis amigas Diana y Leti —comentó esta—. Compartimos piso los primeros años de carrera y, aunque acabamos yéndonos por caminos

diferentes, seguimos en contacto.

—Qué importante es la amistad, ¿no crees?

Cleo movió la cabeza con demasiada fuerza.

—Sí, pero la de verdad...

Adela arrugó el ceño al escuchar cierto resquemor en su voz.

—¿Qué quieres decir, querida?

Ella suspiró y dio una vuelta sobre sí misma mientras admiraba el techo.

—Cuando fallecieron mis padres...

—¿Tus padres han muerto? —la cortó de inmediato, recibiendo un movimiento afirmativo por su parte—. Lo siento mucho, querida...

—Lo siento, Cleo —intervino Gustavo quien escuchaba la conversación desde la distancia.

—Gracias... Fue hace mucho tiempo pero todavía... —Dudó cómo expresar lo que sentía—. Duele.

La anciana se acercó hasta ella y posó las manos a ambos lados de su cara para obligarla a mirarla a los ojos.

—El amor duele —le indicó—. Si tú no hubieras querido a tus padres, no te dolería y no los echarías en falta.

Ella asintió conforme y se limpió una lágrima solitaria que se deslizaba por su mejilla.

—Gracias —le agradeció de nuevo y le dio un beso en la mejilla. Sentía hacia la anciana un cariño especial desde que la había conocido, como el de una nieta hacia una abuela, y como ella no había conocido a la suya, estaba feliz de que el destino le hubiera puesto en su camino a Adela aunque solo fuera por unos días.

«¿Y a Abel, no? Cleo vas a tener que analizar bien tus principios...», pensó de golpe por culpa de ese subconsciente que no paraba de martillearla con ideas que la confundían.

La abuela de Gustavo volvió a atraparle la mano, guiándola hacia una de las salas de columnas.

—Entonces ¿qué te pasó cuando faltaron tus padres? —intentó retomar el tema que trataban.

—Muchas de las amistades que tenían o algunos de mis amigos, no pararon de decir que estarían siempre a mi lado si los necesitaba...

Adela emitió un sonido muy lejano de la imagen que ofrecía.

—No me digas más —la cortó molesta—. Desaparecieron.

Esta asintió.

—Pero no pasa nada... —intentó tranquilizarla al ver en su cara que estaba enfadada—. No los he necesitado ni quiero que regresen a mi vida ahora. Estoy bien como estoy...

Adela asintió pero seguía seria.

—Comprendo lo que decías sobre una «amistad de verdad»... —se paró delante de una pared en la que destacaban relieves con escenas médicas—. Si quieres un consejo de una anciana...Ella asintió.

—Los consejos de los «ancianos». —Le guiñó un ojo travieso al utilizar la misma palabra—. Son sabiduría. En la vida habéis visto muchas cosas, experimentado otras tantas... por lo que nunca me negaré a escuchar uno y si son gratis, mejor. —Sonrió de oreja a oreja, arrancando a la pareja una carcajada.

—Los amigos vienen y van —comentó Adela cuando paró de reír—, y más cuando esta vida es tan larga. Te encontrarás de todo, gente que merezca la pena y otros que... —Achicó los ojos como si le costara decir lo que pensaba—. Nos harán sufrir, pero eso no quita que al final podamos echar la vista atrás y podamos decir con seguridad que los que se han quedado a tu lado, a pesar de los baches, son nuestra familia. A pesar de no unirnos a ellos ninguna gota de sangre, te querrán, te apoyarán, te aconsejarán y te criticarán. —Guiñó un ojo cómplice—. Y se desvivirán por ayudarte porque son eso: amigos de verdad.

Cleo asintió y abrazó a Adela en un gesto espontáneo.

—¿Puedo pedirte algo?

La anciana movió la cabeza de manera afirmativa.

—Por supuesto, querida.

—No desaparezca de mi vida después del viaje... La quiero en ella siempre.

Adela sonrió y le dio un beso.

—Haremos lo que podamos —prometió y miró a su nieto—. ¿A que sí, Gustavo?

El chico asintió.

—Por supuesto.

Capítulo 11

Después de la visita, todos se congregaron en el barco donde la organización había preparado una fiesta para compartir con los viajeros.

Habían dispuesto una hilera de mesas en un lado del salón, con comidas y bebidas variadas, que podían ir disfrutando a lo largo de la noche, y, tras vestirse con túnicas egipcias, comenzaron a participar en diferentes juegos.

Las risas se sucedieron y los gritos de júbilo de los ganadores se repetían en mitad de la noche.

Cleo disfrutaba de lo que ocurría en la pista de baile al mismo tiempo que intentaba pasar desapercibida, sentada en uno de los sofás que había al final del salón. Se había comido una especie de *pizza* que llevaba dos tipos de queso, tomates, pimientos verdes y aceitunas, que habían preparado delante de ella, y estaba inmersa en la duda de si repetía o se decantaba por los postres, cuando Abel se sentó a su lado.

—No la tenía por una cobarde —comentó el guía, señalando con la cabeza a tres turistas que trataban de mover un huevo sin romperlo.

Ella sonrió al observar la imagen.

—Y no lo soy pero me cuesta bastante hacer el ridículo...

Abel la miró con el ceño fruncido.

—Estamos disfrutando del lugar y la compañía que no sabemos si volverá a coincidir en algún momento. Nos divertimos compartiendo el momento — señaló con tono molesto.

Cleo se giró en el asiento y enfrentó su mirada azul.

—No quería decir... —Buscó las palabras que no encontraba por su metedura de pata—. Lo siento. No pretendía burlarme...

El guía se rio, descolocándola, y le palmeó la mano para tranquilizarla.

—También hacemos el ridículo. —Le guiñó un ojo.

Ella abrió la boca de par en par y bufó con fuerza al verse el centro de su broma.

—Eres... Eres... —Puso cara de disgusto, pero terminó contagiada por la risa masculina.

Los dos se miraron a los ojos, donde el brillo de la diversión navegaba por sus iris, y devolvieron la atención hacia los participantes de los juegos pasados unos minutos. Sin volver a retomar las distancias en el sofá... y sin darse cuenta de que sus manos mantenían el contacto, unidas, como una sola.

No fue hasta que el pulgar de Abel comenzó a acariciarla cuando Cleo se percató de ello. Comenzó a notar como pequeños escalofríos crecían desde las terminaciones nerviosas de sus dedos y ascendían por su brazo hasta asentarse en el estómago donde un aleteo incesante iba en aumento.

Su respiración se aceleraba y el latido de su corazón había cambiado de ritmo... con una sencilla caricia...

Los ojos almendrados buscaron los azules, y la intensidad de los mismos consiguió robarle por un segundo el aliento.

Cleo apartó la mano de su contacto y se levantó nerviosa.

—Yo... —Miró a su alrededor sin saber muy bien qué decir—. Voy a subir a cubierta a ver las estrellas... —anunció.

Él asintió conforme pero no quería que se marchara.

—¿Qué tal tu muñeca? —le preguntó.

Cleo observó la mano que Abel le había acariciado segundos antes y que le había curado con mimo tras el golpe.

—Bien. Gracias... —dijo, observando esos ojos que la maravillaban, al mismo tiempo que la ponían nerviosa, y se despidió de nuevo—: Me voy... —Y, sin esperar a que él hablara, se marchó a paso ligero.

Abel observó como la mujer se alejaba y se dejó caer en el sofá, emitiendo un sonoro suspiro, al mismo tiempo que cerraba los ojos.

—¿Se puede saber lo que has hecho ahora? —le interrogó su primo, ocupando el mismo lugar que Cleo minutos antes.

El guía abrió uno de sus ojos y lo miró.

—No sé... —reconoció—. No sé qué me ocurre...

—¿Con Cleo?

Abel sonrió con pesar.

—No te hagas el tonto, primito.

Este se rio y le palmeó la pierna.

—Perdona, perdona... Es que verte así. —Le señaló con la mano sin ocultar su diversión—. Para mí supone una gran novedad. Eres quien tiene las

cosas claras, quien ha sabido siempre hacia dónde debe ir, sin mirar atrás por un segundo y, cuando caes, te levantas. Y ahora...

—¿Ahora? —preguntó curioso al ver que se callaba.

Gustavo miró la puerta por donde había salido Cleo.

—¿Sabes la de veces que te he visto discutir con ella?—Yo no discuto... No discutimos... Este sonrió al escucharlo.

—¿Lo nervioso que estás en este viaje? Pendiente de todo, de que nada se salga de la línea...

—Es mi trabajo —se defendió.

—Pendiente de cada paso que da ella. —Le guiñó un ojo cómplice que hizo que Abel fijara sus ojos por el hueco de la puerta—. No sabes qué hacer, no sabes qué decir, no sabes...

El guía miró a su primo esperando que continuara, pero al comprobar que no decía nada más, confesó:

—Cada vez que hablo, meto la pata. Cada vez que la miro... —Dudó—. Me pongo nervioso. No sé si mirarla o no, si tocarla o no, si disfrutar de su aroma... —Ocultó la cara entre sus manos y gruñó—. Parece mentira que sea el dueño de una de las grandes empresas de turismo de Egipto, que controle cientos de trabajadores y no sepa... —Miró a su primo con gesto rendido—. No sé qué debo hacer.

Gustavo le palmeó la espalda y le ofreció una sonrisa condescendiente.

—Déjate guiar por este... —Le señaló con el dedo la zona donde latía su corazón.

Abel lo miró incrédulo.

—¿Estás hablando en serio?

Asintió y se levantó del sofá.

—Deja que hable y actúa, si no...

—¿Si no?

Su primo le guiñó un ojo y miró tras él, donde Adela no paraba de reírse con el espectáculo de los juegos.

—La abuela actuará...

Abel miró a la mujer.

—Quizás necesite de su ayuda... —tanteó.

Gustavo le revolvió el cabello atrayendo su atención.

—Abel, eres el dueño de todo esto. —Abarcó con los brazos lo que los rodeaba—. Y de nueve barcos más. Tienes a tu cargo cientos de personas —repitió las mismas palabras que le había dicho él minutos antes—, has empezado a abrir diferentes sucursales en otros países, para expandirte... —Agachó su cara para tenerla a la misma altura que la de él—. ¿Crees que necesitas ayuda?

El guía asintió con la cabeza para negar a continuación.

—No sé...

Su primo sonrió al escucharle.

—En definitiva, esa chica te gusta mucho más de lo que crees.

Abel elevó una de sus cejas oscuras y se incorporó todo lo largo que era, para estar a la misma altura que el otro joven.

—Eso no es así... —le rebatió—. Es solo atracción... En cuanto...

—En cuanto te acuestes con ella, ¿todo acabará? —terminó por él.

Asintió.

—Y todo volverá a la normalidad.

Gustavo amplió su sonrisa.

—Claro... Eso del amor a primera vista, no es para ti.

Abel movió la cabeza de manera afirmativa de nuevo.

—Eso es para las películas o los cuentos de hadas. Esto de aquí es la vida real.

—Claro, claro... —repitió sin creer lo que escuchaba—. Solo es atracción física, ¿verdad?

Este miró a su primo y asintió con más fuerza.

—Por supuesto.

Gustavo le pasó un brazo por los hombros y le llevó hasta la puerta por donde había salido Cleo.

—Pues entonces ¿por qué tanto miedo, primo?

Abel observó la diversión que asomaba por los ojos de este.

—¿Te estás burlando de mí?

El joven se llevó una de sus manos al corazón de manera exagerada.

—¿Yo? Ni se me ocurriría. De los dos, tú eres el más sabio, el más listo, el más valiente...

El guía arrugó el ceño.

—No te pases que también soy el más fuerte y de un puñetazo te puedo tirar al suelo.

Gustavo se carcajeó al mismo tiempo que se pasaba la mano por su estómago.

—Ya paro que todavía me duele el último golpe que me diste en el entrenamiento de boxeo.

Abel le pellizcó la mejilla y le guiñó un ojo.

—Pues ya sabes...

Él elevó sus manos hacia arriba en son de paz.

—Ya paro pero...

—¿Pero?

—¿Por qué no vas a ver si necesita algo nuestra Cleo? El guía suspiró y, tras pensárselo un segundo, desapareció escaleras arriba en dirección a la cubierta.

Gustavo, tras comprobar que seguía ascendiendo y que no se arrepentía de su decisión, se sentó al lado de su abuela.

—¿Qué tal?

—Está más perdido que un pulpo en un garaje.

Adela asintió y sonrió feliz.

—Perfecto...—¿Por qué es perfecto, abuela?

La mujer le palmeó la pierna.

—Porque si no sabe qué debe hacer con Cleo, es que sus sentimientos son mayores de los que creía. Nuestro chico ha tenido desde siempre las cosas muy claras, y ya es hora de que comience a saber lo que es la vida. —Gustavo asintió conforme. Era más o menos de lo que había hablado con su primo—. ¿Y ya lo has hecho?

—Ha costado un poco, pero ha terminado yendo tras ella —respondió.

Adela amplió su sonrisa y dio un beso en la mejilla a su nieto.

—Me encanta que los planes salgan bien...

Gustavo se rio.

—¿Eso no es de una de las series de televisión que veías?

Ella asintió.

—Y sigo viendo gracias a tu padre que la encontró en una de las miles de plataformas que hay actualmente —le indicó y rebuscó en su bolso, sacando

un pequeño caramelo—. Y a falta de un buen habano, nos conformaremos con este dulce.

El chico se rio de nuevo, llevándose a la boca el caramelo de menta que le había dado.

Capítulo 12

—Son preciosas, ¿verdad? —le dijo Abel en cuanto la localizó.

Cleo, que tenía fija su mirada en el cielo estrellado, dio un pequeño salto al escuchar la voz masculina. Había subido a la terraza huyendo de él, buscando comprender todo lo que sentía o le provocaba el hombre cada vez que estaban juntos, y lo que menos le apetecía era estar en ese momento a solas con él...

Otra vez juntos...

Su estado nervioso, los sentimientos encontrados, la hacían débil y no sabía si podría resistirse a lo que su corazón quería pero su cabeza se negaba a reconocer.

—Sí... —respondió y apoyó sus manos en la barandilla, intentando recuperar el control de su respiración.

El guía se colocó a su lado, imitando sus movimientos, con la mirada fija en lo que creía que era el más bello espectáculo que tenía delante en ese momento... Ella.

El silencio los arropó como el abrazo amigo que necesitaban para poder alejar los nervios que tenían y los miedos que los atenazaban.

—Tuve un profesor en la universidad —comenzó a hablar de pronto ella, incapaz de estar callada por más tiempo—, que nos dijo que la noche de Egipto es muy diferente a la del resto del mundo. Sus estrellas. —Levantó una de sus manos y dibujó cada una de ellas, formando redes aéreas—. Brillan más aquí, en el Nilo, que en España... Es precioso...

—Sí, precioso. —El guía observó su rostro con reverencia, haciendo alusión a lo que tenía delante, sin reprimir por más tiempo lo que sentía.

Cleo lo miró y sintió como su cara enrojecía. Si no hubiera sido por la complicidad de la noche, ahora mismo estaría deseando que la tierra la tragara. La fuerza de sus ojos, la intensidad de su energía, volvían a provocar que miles de mariposas revolotearan en su estómago y sus manos comenzaron a temblar obligándola a esconderlas en los bolsillos de sus vaqueros para que él no lo percibiera.

—Abel, yo...

Este levantó su mano acallándola.

—No, déjame a mí. —Ella asintió y esperó—. Mira, no sé lo que sucede... —Dudó—... entre nosotros... —Los señaló con el dedo—. Porque no podemos negar ninguno que algo hay... —Cleo volvió a mover la cabeza de manera afirmativa—. No me gustan las mentiras. Soy una persona que prefiere ir de cara por lo que si me permites...

—Adelante. Yo también prefiero la sinceridad.

Él asintió, conforme con lo que escuchaba. Apoyó su cadera en la barandilla y se cruzó de brazos, sin apartar su mirada de la de ella.

—Me siento atraído por ti —soltó de pronto, robándole la respiración.

Cleo comenzó a toser de improviso y este no dudó en golpearle la espalda hasta que comprobó que se encontraba bien.

—¿Estás bien?

Ella asintió pero se alejó unos metros de su lado.

—Perdona... —se excusó—. Pero...

—Te he avisado de que iba a ser sincero, y me has dicho que lo preferías...

Esta no pudo evitar carcajearse.

—Sí, claro. Pero pensaba que me ibas a echar del barco porque no me soportabas o... ¡Yo que sé! —Elevó sus manos al aire para dejarlas caer de inmediato.

—¿Esa es la impresión que te he dado? ¿Que no te soporto?

Cleo se mordió el labio inferior.

—No hemos parado de discutir cada dos por tres, por cualquier tontería; me hablas en tercera persona, como si quisieras tomar distancias entre los dos o incluso, en más de una ocasión, me miras como si no quisieras que no estuviera en esta excursión, en este grupo... a tu lado —dijo de golpe y se encogió de hombros—. Si juntas todas las evidencias...

Abel se pasó la mano por la nuca y sonrió avergonzado.

—No he sido muy buen anfitrión, ¿no?

La joven negó con la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—No muy bueno.

Este se acercó a ella y atrapó sus manos.

—Pero aparte de todo eso, también nos hemos besado...Ella asintió al mismo tiempo que agachaba la cabeza, incapaz de soportar la fuerza de sus ojos azules.

El guía le agarró la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Me gustas, Cleopatra.

Ella sonrió con timidez.

—Pues las maneras no han sido muy acertadas.

Abel se rio y negó.

—No, pero reconoce que tú tampoco me lo has puesto nada fácil con tu labia. —Le dio un golpecito en los labios.—No lo he podido evitar —se defendió—. Tienes algo que...

—Me provoca —acabó por ella, siendo conscientes ambos de que estaban en la misma situación.

Cleo asintió y se soltó de su agarre, acercándose al otro lado del barco.

—¿Y qué vamos a hacer? —le preguntó pasados unos minutos.

Él la siguió y se apoyó en la barandilla.

—¿Sinceramente? —Ella movió la cabeza de manera afirmativa—. No creo en lo del amor a primera vista... ¿Tú sí?

Cleo enrojeció hasta la raíz del pelo.

—Para nada —soltó gesticulando con demasiada exageración.

Abel le apartó uno de los mechones dorados que se habían soltado de su recogido, y le guiñó un ojo.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo.

Ella sonrió.

—En eso y en que nos atraemos —le recordó de manera provocativa, sin saber muy bien de dónde había sacado el valor para decirlo.

Ella miró con intensidad.

—No me olvido de ello, Cleopatra...

La joven se mordió el labio inferior al notar como las mariposas de su estómago revoloteaban a demasiada velocidad ante el tono de voz usado. Se cruzó de brazos, intentando retenerlas, y se alejó una vez más de él, yendo hacia la zona donde estaban las mesas y las sillas.

Abel fue detrás de ella de nuevo, tirando de una de sus manos, obligándola a que lo mirara. Cleo fijó sus ojos en los de él.

Este posó la mano en su mejilla.

—Tengo una teoría... ¿Quieres conocerla? —Asintió, y él, como respuesta, pasó sus dedos por los labios. Instintivamente estos se abrieron ante el contacto, atrayendo su mirada—. Cuando algo te gusta, te atrae... lo mejor es catarlo...

Ella reprimió un gemido al sentir como su pulgar se adentraba por su boca, dejando que probara el sabor de su piel.

—¿Y si lo pruebas y no te gusta? —le interrogó en apenas un susurro.

—Volveremos a ser amigos —sentenció, guiñándole un pícaro ojo.

Cleo arrugó el ceño y se apartó de su lado.

—Pero si nosotros nunca hemos sido amigos...

Encogió uno de sus hombros.

—Quien dice amigos, dice compañeros, dice...

—Guía y turista. —Los señaló con el dedo, destacando bien la diferencia de papeles de cada uno.

Abel tensó la mandíbula ante sus palabras. No creía que sintiera mucho más que una simple atracción por la rubia, pero retomar un trato tan frío tras lo que podrían compartir, tampoco le agradaba.

—Si es lo que quieres... —Le tomó de la mano, intentando acercarla de nuevo a su lado, pero esta se deshizo de su agarre y volvió a alejarse. Tenía que reconocerse a sí mismo que se estaba cansando de ir detrás de ella constantemente, como si fuera un gato tras un ratón.

—No sé si es lo que quiero —comentó Cleo, descolocándolo.

—Entonces... ¿qué quiere la señorita? —le preguntó de manera algo brusca, usando de nuevo la tercera persona para dirigirse a ella.

Cleo lo miró y frunció el ceño.

—Quizás tenerte bien lejos —le espetó, cruzándose de brazos.

Abel la observó con cara de pocos amigos.

—Pues si es lo que deseas, lo tendrás —sentenció y se giró sobre sus pies, para dirigirse hacia las escaleras.

La joven se quedó en cubierta sola... Sin saber muy bien lo que acababa de suceder.

Lo único que tenía claro es que las mariposas se habían calmado y un poso de decepción se asentó en la boca de su estómago.

Capítulo 13

Cleo 23:05
¡¡Es un imbécil!!

Leti 23:10
¿Quién es un imbécil?

Diana 23:12
Pues quién va a ser... el guía.

Cleo 23:18
Sí, Abel.

Leti 23:29
Ahh... Se llama Abel.
¿Ese no fue al que mató su hermano?

Diana 23:31
Sí, Caín. Pobre chico... Las envidias son muy malas.

Cleo 23:35
Pero ¿de qué estáis hablando?

Leti 23:37
De Caín y Abel. La Biblia.

Cleo 23:44
Yo aquí buscando que escuchéis mis penas
y os ponéis a decir cosas sin sentido.

Leti 23:46
Bueno, bueno... Si eres creyente, lo
de la Biblia es un tema muy serio.

Cleo 23:48
Aghhh... 🤔

Diana 23:49
😂😂😂

Cleo 23:52
Os odio

Leti 23:54
Pero desde el cariño...

Diana 23:55
Venga, cuéntenos qué ha sucedido...

Cleo 23:58
Que dice que le atraigo, pero que como no cree en el amor a primera vista... Que podríamos probar...

Leti 23:59
¿Probar el qué?

Diana 00:00
Jajajajaja...
¿Tú qué crees, Leti? Ir al cine de la mano, no.

Leti 00:02
Vale, vale... Es que mirar las horas que son y estoy medio grogui con la medicación.

Cleo 00:05
Es verdad, perdona. ¿Cómo estás?

Diana 00:05
Bien, muy bien. De hecho si está despierta a estas horas no es por las medicinas sino porque ha hecho con Xavi eso que quiere tu guía 😊

Leti 00:06
Jajajaja... Ya que estamos hablando de temas de adultos...
No lo voy a negar. 😊

Cleo 00:08
Vaya dos jajaja...
Os echo mucho de menos.

Diana 00:09

De eso nada. Si hubiéramos ido, te habrías refugiado detrás de nosotras y ahora mismo no tendríamos esta conversación.

Leti 00:10

Ni Abel te habría pedido acostarse contigo...

Diana 00:11

Eso mismo, Leti 😂😂😂
Y ahora desembucha...

Leti 00:12

Eso, ¿qué ha pasado?
¿Le has dicho que sí? Mira, Cleo, que no quiero decirlo tan a las claras pero necesitas darle un buen homenaje al cuerpo...
Hace mucho que no se lo das.

Cleo 00:15

Jajajaja... No, no quieres ser tan clara.

Diana 00:16

Cleo, al tema. ¿Qué ha ocurrido para que digas que es un imbécil?

Cleo 00:18

Uffff... es algo muy largo...

Leti 00:19

Desembucha!!!!

Cleo 00:20

Está bien, está bien...
Le he dicho que a mí también me atraía...

Diana 00:21

Bien hecho. No hay que empezar una relación mintiendo 😏

Leti 00:22

Jajajaja...
Sigue, Cleo.

Cleo 00:25

Pero cuando me ha insinuado que nos podríamos acostar y después ya veríamos...

Diana 00:27

Ya veríamos, ¿qué?

Cleo 00:30

Ha dejado muy clarito que piensa que es solo química, y que tras compartir cama, todo se evaporará... Que podremos ser amigos, cuando en estos pocos días las únicas veces que hemos hablado ha sido para discutir...
¡¡Amigos!! ¡Ja!

Leti 00:40

¿Tú qué le has dicho?

Cleo 00:41

Que no somos ni ahora ni, si sucediera lo que me propondría, amigos después.
Somos solo un guía y una turista.

Diana 00:45

No me digas más... Y habéis acabado discutiendo otra vez, ¿verdad?

Cleo 00:48

Grrr... Sí.

Leti 00:51

Cariño... Ese chico te gusta de verdad.

Diana 00:52

Mucho.

Cleo 00:54

No sé por qué lo decís.
Es solo un tío bueno que me atrae pero que es un insufrible, maleducado y cabezón.

Leti 00:55

Y te gusta.

Diana 00:56
Mucho.

Cleo 00:57
Ufff... Os estáis repitiendo...

Diana 00:58
Pero tenemos razón.
CONFIESA

Cleo 01:01
Vale... Tenéis razón.

Leti 01:02
Hasta que no lo digas en alto, no vas a ser consciente, por lo que hazlo.

Cleo 01:05
ABEL ME GUSTA

Diana 01:06
Mucho.

Cleo 01:07
Jajajaja... Mucho.
¿Y ahora qué hago?

Leti 01:10
Acostarte con él.

Cleo 01:11
¡¡Qué!! ¿Pero no me has leído?
Solo me quiere para la cama...

Diana 01:12
Bueno, quizás eso sea lo que él cree pero...

Cleo 01:15
¿Pero?

Diana 01:16
Tú vas a convencerlo de lo contrario 😏

Cleo 01:18
Pero y si no puedo...

Leti 01:19
Tú puedes con eso y más. Eres nuestra Cleopatra.

Cleo 01:20
Ja, ja, ja... Pero ¿y si tiene razón y solo es algo físico?

Diana 01:21
Te habrás dado un homenaje como mandan los cánones, que ya va siendo hora, bonita.

Cleo 01:22
Tampoco hace tanto...

Leti 01:24
Ahí abajo debes tener hasta telarañas, chica. Por lo que arréglate y ve a su camarote ahora mismo.

Cleo 01:25
Pero es muy tarde, ¿y si está durmiendo?

Diana 01:26
Le despiertas con una gran sorpresa. Anda ve y luego nos lo cuentas. Por lo que arréglate y ve a su camarote ahora mismo.

Leti 01:27
Disfruta, guapetona 😘

Capítulo 14

Cleo llamó a la puerta del camarote de Abel casi con miedo. No sabía cómo podría reaccionar el guía al verla allí, por lo que, aunque sus amigas la habían convencido de que debía hacerlo, no fue hasta cuando se paseó por los pasillos del barco, en silencio, sin cruzarse con nadie, ni siquiera con ningún empleado, cuando el temor a estar metiendo la pata, comenzó a martillearla en la cabeza.

Esperó paciente a que saliera delante de la puerta e incluso volvió a llamar, pero pensando que quizás estaría ya durmiendo, porque tardaba en abrir demasiado, decidió que bien podría regresar en otra ocasión.

Lo mejor era que volviera a su habitación y que se pensara con tranquilidad si estaba haciendo lo correcto. Se giró sobre sus pies, con intención de desandar el camino andado, cuando se encontró al culpable de sus preocupaciones delante de ella.

—Cleo... —la llamó sin creer que estuviera allí—. ¿Pasa algo? ¿Necesitas alguna cosa?

Ella negó con la cabeza pero de inmediato asintió.

—No sé si seguiría en pie tu oferta —musitó entre dientes, tan bajo que si no hubieran estado solos y no hubiera nada de ruido a su alrededor, salvo el sonido inapreciable del río Nilo chocando contra el barco, él no la habría escuchado.

Abel fijó sus ojos en los de ella, y halló la incertidumbre y el miedo que él también sentía. Sacó la llave del bolsillo de su vaquero y abrió la puerta del camarote, adentrándose por su interior.

Cleo observó la puerta abierta, en una muda invitación que estaba solo en ella aceptarla o no...

Apoyó la mano temblorosa sobre el picaporte y, tras inspirar bien fuerte, fue tras él.

No era caperucita roja tentada por el lobo feroz. Era una mujer adulta, consciente de lo que iba a hacer, de lo que su cuerpo deseaba y que esperaba que ese lobo acabara convirtiéndose en un corderito... en *su* corderito. Tal

vez, como él le había dicho, solo era atracción en estado puro por lo que no estaría mal saciarse mutuamente y luego, cuando todo terminara, ya verían cómo proceder.

—¿Quieres una copa? —le ofreció este mostrándole un vaso de cristal con un líquido ambarino, en cuanto la puerta se cerró.

Cleo lo tomó aunque lo que menos necesitaba su estómago era ingerir algo de alcohol.

—Pensé que estarías durmiendo...

Le dio la espalda para servirse él también algo de beber.

—Tenía algunas cosas que revisar.

—¿Lo de la excursión de mañana?

Abel asintió.

—Eso y algunas cosas más... —comentó con tono críptico.

Cleo, aunque podría haberle intrigado lo de «algunas cosas más», estaba demasiado nerviosa en lo referente a lo que la había llevado hasta allí, para percatarse solo de que se encontraban solos en ese momento, en su camarote y que su intención era acostarse con él... con Abel.

Bebió un buen trago del vaso que le había servido, sintiendo de pronto arder la garganta. No estaba acostumbrada a beber lo que creía que era *whisky*, por lo que trató de disimular como pudo lo que le provocó la bebida.

—¿Y cómo estás? —le preguntó tratando de romper el hielo, en cuanto sintió que ya podía hablar.

Abel sonrió de medio lado y apoyó su cadera en la cómoda que tenía detrás, para mirarla de frente.

—Bien aunque creo que el interés por mi estado, no es lo que te ha traído hasta aquí.

Su cara enrojeció.

—No... No he venido por eso... —titubeó—. Yo... Abel, yo... He pensado que...

El hombre dejó el vaso que tenía entre las manos encima de la cómoda y se acercó hasta ella sin decir nada. Le quitó la bebida y la dejó en una mesa que tenían cerca, mientras Cleo seguía cada uno de sus movimientos.

Pasó los dedos por su rubio pelo con reverencia, y le quitó el broche de plata que le sujetaba el cabello en lo alto de la cabeza. En cuanto este se vio

liberado, cayó sobre su espalda como una dorada cascada, atrayendo la luz artificial de la lámpara.

Deshizo uno de los nudos del tirante del vestido que se había puesto, sin apartar la mirada de la de ella, y pasó al otro con la misma lentitud, dejando que la prenda se deslizara con libertad por el cuerpo femenino en cuanto terminó.

Abel observó los pechos desnudos; redondos y turgentes, tan blancos como el resto de su piel, salvo por la rosada areola donde destacaba el enhiesto pezón. Pasó su mano por el pequeño botón puntiagudo, maravillado de cómo reaccionaba ante el contacto, y escuchó como su dueña retenía un gemido.

Sus miradas se encontraron y sus respiraciones se aceleraron.

La mano masculina descendió por su estómago, hasta llegar a la frontera de tela negra que marcaba el tanga. Coló dos dedos por debajo de la lencería y acarició con lentitud el pubis depilado.

Cleo trastabilló un par de pasos hacia atrás ante la caricia, y, de inmediato, para evitar que acabara en el suelo, la otra mano de Abel se aferró con firmeza sobre su cintura.

Sus ojos volvieron a encontrarse y por un segundo la tentación de apoderarse de su boca pudo con él, pero todavía no...

Primero necesitaba tocarla, sentirla, palpar cada una de las células de su piel...

Descendió un poco más por el interior de su monte de Venus hasta que los húmedos labios le dieron la bienvenida.

Instintivamente Cleo abrió sus piernas, algo inestables al sentir como la mano se adentraba más por ella, dejando que sus dedos delinearan su cuerpo con suma delicadeza.

Se mordió el labio inferior para mitigar los pequeños gemidos que emitía, pero, cuando uno de los dedos la traspasó, no pudo evitar gritar de placer.

Se apoyó sobre los hombros de su amante y este la miró con fijeza. El azul índigo de sus ojos se había oscurecido a tal escala que casi parecían negros.

La joven abrió su boca en una muda invitación y Abel descendió hasta ella, robándole ese beso que los dos anhelaban y que ninguno de los dos se

atrevía a pedir:

Un nuevo grito se escuchó en mitad del camarote, un estallido de placer provocado por la intromisión de un segundo dedo por la húmeda abertura.

—Abel... —Su nombre salió de entre su boca sin que se diera cuenta, con una súplica implícita que este supo leer sin añadir nada más.

Con rapidez la tomó entre sus brazos y la llevó hasta la cama donde la depositó con suma delicadeza. Le quitó el tanga negro, dejándola expuesta por primera vez ante sus ojos, disfrutando de la visión de lo que para él era: lo más bello que había en este mundo.

Cleo elevó su mano, en uno mudo ruego, y este no dudó ni un segundo en deshacerse de los vaqueros, junto a los bóxeres y la camiseta negra que llevaba. Se quedó tan desnudo como ella, ante sus ojos... esos almendrados que lo devoraban impacientes por sentirlo dentro de su cuerpo.

Abel buscó un preservativo en uno de los cajones de la mesilla que había cerca de la cama, y, tras ponérselo, se tumbó encima de ella, con cuidado de no aplastarla. Colocó ambas manos a cada lado de su cara, le apartó el cabello de su rostro y atrapó su boca con un beso voraz.

Las manos de Cleo se deslizaron por su espalda, realizando dibujos inconexos, al mismo tiempo que abría sus piernas para permitirle el paso.

Lo necesitaba dentro de ella... Sentirlo... Saciarse de él...

El pene erecto no tardó en penetrarla, sumiéndola en una sensación tan plena que por un segundo, un simple segundo, las miradas de la pareja se encontraron y creyeron que estaban en otro lugar... Lejos de esas cuatro paredes, en el desierto, venerados como dioses a los pies del río Nilo.

Fue un solo segundo al que ninguno de los dos dio importancia y que, hasta mucho más tarde, ninguno de los dos recordaría.

Cleo elevó sus caderas, invitándolo a que se moviera, y Abel no dudó en hacer lo que le solicitaba.

La fricción los volvió locos...

La velocidad aumentó...

Las embestidas se sucedieron y las acometidas los llevaron hasta límites desconocidos.

Un nuevo beso...

Un grito de placer...

Los gemidos enlazados y los resuellos entrelazados...

Dos miradas pasionales ancladas en busca de un mismo destino, donde la pasión desbordada iba creciendo.

Cleo se agarró con fuerza a sus hombros.

Abel se adentró de una estocada más profunda en su cuerpo.

Un nuevo grito, acallado por un beso salvaje, y ambos alcanzaron lo que habían buscado, pero que a los dos les sorprendió...

Un tsunami de placer que los llevó hasta las estrellas, esas mismas que habían sido testigos de su conversación...

Esas mismas que guardarían el secreto que ambos sabían, que lo que compartían era una simple atracción, pero... ahora, todos sabían que mentían.

Capítulo 15

El despertador del móvil de Cleo sonó en el camarote. Esta se giró en la cama, buscando la mesilla donde lo había dejado para apagarlo, y, cuando lo logró, se dio cuenta de que se encontraba sola...

Sola en un lecho que no era el suyo...

Sola en la cama de Abel...

Se tumbó boca arriba, con la vista fija en el techo de madera y, sin poder evitarlo, sonrió al recordar lo que había sucedido la pasada noche.

Había hecho el amor con Abel...

Había disfrutado de sus caricias y sus besos, hasta que los dos alcanzaron el clímax pero, lejos de ser este el final, fue más bien el comienzo. Era como si, el uno para el otro, fueran la droga que necesitaban sus cuerpos, la necesidad de volver a sentirse, volver a estar unidos... sin nada que los separara...El amanecer los sorprendió en brazos del otro y, tras un dulce beso, Abel le aconsejó que descansara.

Ella no quería. Pensaba que en cuanto abriera los ojos, al día siguiente... en apenas unas horas... todo desaparecía como un espejismo en mitad del desierto, por lo que intentó luchar con el cansancio que sentía, pero, al final, el sueño la venció.

Se sumergió en un plácido sueño, rodeada de sus brazos, mecida por su suave respiración...

—¿Y ahora qué? —se preguntó cuando sonó la alarma del móvil por segunda vez—. ¿Ahora qué va a pasar, Cleo? —Suspiró y se incorporó en la cama, escondiendo su desnudez con la sábana.

Observó la habitación, cerciorándose de que no había nadie más con ella, y buscó su ropa. Si no recordaba mal, había terminado desperdigada por el suelo cuando Abel se la quitó, pero no la halló allí.

Miró cerca de la cama, se acercó a la mesa y en una de las sillas la encontró doblada a la perfección.

Sonrió sin poder evitarlo por el detalle y lamentó no haber estado despierta cuando se marchó del camarote. No sabía qué le habría dicho ni

qué habría hecho, pero lo habría visto... y tal vez, le habría podido robar un nuevo beso, de esos que lograban que sus nervios reaccionaran y su cuerpo temblara...

Se puso el vestido y un papel cayó al suelo, llamando su atención.

HOY TENEMOS VARIAS
EXCURSIONES
PROGRAMADAS. NO TE
RETRASES...

Cleo arrugó el ceño al leer la nota tan impersonal, evaporando de un plumazo la felicidad con la que se había despertado, y gruñó saliendo del camarote.

—¿Y se puede saber qué es lo que pasa por esa cabecita? —se interesó Adela, devolviéndola al momento presente.

Acababan de llegar a la presa de Asuán, tras visitar el obelisco inacabado, y Cleo tenía la vista fija en el lago Nasser que se expandía hacia el horizonte. Parpadeó varias veces seguidas y observó a la anciana que la miraba con curiosidad.

—Perdona... ¿decías?

Ella sonrió y atrapó su brazo para que comenzara a caminar hacia el autobús.

—Digo que andas bastante dispersa, como si no te encontraras entre nosotros.

Ella se encogió de hombros.

—Solo pensaba...

—¿En qué? Si me permites preguntar —añadió con rapidez, ya que no quería forzarla—. A veces viene bien hablar con alguien para llegar a esa luz que no se ve en el pozo negro donde estás inmerso.

Ella miró a la anciana valorando su propuesta y al final aceptó:

—No entiendo a los hombres —soltó de golpe.

Después de salir del camarote de Abel, se había dirigido al suyo donde se dio una ducha rápida y se cambió de ropa. Fue al comedor, donde desayunó

en la misma mesa que Gustavo y Adela, con la esperanza de que se presentara el guía en algún momento pero su silla se quedó vacía durante toda la comida.

A la hora indicada, se presentaron en el *hall* y subieron al autobús que los llevaría a los lugares que les tocaba visitar ese día, y fue en ese instante cuando vio por primera vez a Abel.

Se encontraba delante de la puerta que los llevaba hasta sus asientos, pero, como estaba hablando con el conductor, ni la miró ni le dijo nada...

En la zona del obelisco inacabado sucedió más de lo mismo.

El guía solo se dirigía al grupo en general, posando su mirada de vez en cuando en ella, pero con el enfado que tenía, apenas se percató, y, cuando llegaron a la presa de Asuán, construcción que se levantó para aliviar las inundaciones anuales y las sequías ocasionales que vivía el país, y que actualmente generaba gran parte de la energía que se consumía, se encontró la misma situación.

Ya no podía más...

Todo la superaba y no entendía qué estaba sucediendo.

¿Podía ser que Abel hubiera conseguido lo que quería y ya no quisiera saber nada más de ella? Que se acostaran juntos, ¿podría haberlos llevado hasta esa situación? No... No quería pensar en ello...

Se negaba a pensar en ello.

El hombre con el que había pasado la noche, no podía ser ahora un extraño... Adela se carcajeó ante su afirmación, subió las escaleras del autobús y se sentó en uno de los asientos, animándola a que se acomodara a su lado.

—¿Y Gustavo?

—No te preocupes por Gus, ya encontrará donde sentarse. —La joven asintió e hizo lo que le pedía—. Y ahora al tema que importa... —La miró a los ojos—: los hombres. —Ella asintió—. ¿Qué te ha sucedido, querida?

Cleo fue a responder pero justo en ese momento el culpable de sus tribulaciones, subía al autobús y sus miradas se encontraron. Ella tensó la mandíbula y lo ignoró, devolviendo su atención a la anciana.

—Que no los entiendo... Parece que quieren una cosa, pero luego se comportan como si en realidad no la quisieran... —Suspiró con fuerza—. No

sé si he metido la pata...

Adela se carcajeó de nuevo y palmeó la mano de la chica.

—No sé si me he enterado muy bien, pero vamos a ver si puedo ayudarte...

Ella la miró esperanzada.

—Sí, por favor:

La abuela de Gustavo posó su mano en la mejilla de esta y centró sus ojos azules en los almendrados.

—Estás enamorada —dijo con seguridad.

Cleo se apartó de su contacto asustada.

—Eso no puede ser... Si apenas lo conozco... —Dudó—. No puede ser...

Adela asintió y miró por la ventana por donde el paisaje iba cambiando.

—A veces no hace falta que pasen los días, los meses o los años para que nuestro corazón reconozca a su compañero —comentó como si supiera de lo que hablaba—. Y por lo de conocerse... —La observó y le guiñó un ojo—. No te preocupes. La vida es la que nos lleva de la mano al lado de esa pareja. Ella es la que nos va presentando, la que nos conduce hacia él o ella, la que hace que esta sea una aventura sin conductor pero con pasajeros que sienten, sufren y aman. Es esa vida la que hay que construir paso a paso y por mucho que conozcas a alguien, siempre nos podemos sorprender... La mejor manera de comenzar una relación es hacerlo empezando de cero.

—Pero para comenzar, siempre debe unírnos algo, ¿no?

La anciana le acarició la mejilla con cariño.

—Los sentimientos que sentís el uno por el otro.

Cleo se quedó callada pensando en lo que le había dicho.

—¿Y si el otro no lo quiere? —Buscó entre las cabezas el cabello oscuro de Abel, quien hablaba en ese momento con Gustavo—. ¿Y si ya ha conseguido lo que buscaba?

Adela siguió su mirada y sonrió.

—Dale tiempo...

—Pero eso es justo lo que no tengo —se quejó sin poder apartar sus ojos de él.

La anciana apretó su mano con fuerza.

—Me da en la nariz que nuestro guía está más perdido de lo que en principio debería... —Cleo la miró con rapidez, sorprendida de que hubiera descubierto de quién hablaba—, por su profesión... —especificó, y ella suspiró pensando que tal vez no lo supiera.

—Quizás se ha sacado el carnet de guía en un mercadillo. —Sonrió e intentó que no se le notara lo nerviosa que se encontraba.

—O en una tómbola. —Le guiñó un ojo, siguiéndola el juego. Las dos mujeres comenzaron a reír atrayendo miradas.

Abel las observó, fijando su atención sobre todo en la más joven, y expulsó el aire que retenía de su interior. No sabía lo que estaba haciendo, no sabía por qué todavía no se había acercado a ella ni la había hablado...— Porque eres un cobarde, Abel —se dijo a sí mismo.

—¿Decías? —le preguntó Gustavo, dándose cuenta el guía de que acababa de hablar en voz alta.

Este negó con la cabeza y se movió en el asiento incómodo, acercándose hasta el conductor para indicarle la calle por la que debía desviarse para su siguiente visita.

Gustavo observó a su primo y no pudo evitar sonreír al verlo tan descolocado.

Capítulo 16

El grupo se repartió entre varias falúas² para visitar el templo de Filé.

Cleo iba en la misma que Adela y Gustavo, pero, a diferencia de en otras ocasiones, Abel prefirió ir en un transporte diferente.

La estaba evitando...

La joven intentó disfrutar del paseo en barca, de las vistas al navegar por el río Nilo, pero su atención cada poco recaía en la falúa donde iba el guía junto a Miriam y su madre. La pelirroja no paraba de tocarlo... Mejor dicho, de sobarlo, y, aunque Cleo no era celosa, tuvo que reprimir unos instintos asesinos que no sabía de dónde le nacían.

—Quizás haya cocodrilos —comentó a nadie en particular:

Gustavo y Adela que la escucharon, compartieron sonrisas cómplices cuando se dieron cuenta de que a la chica le molestaba bastante la compañía femenina de la otra nave.

—Los hay —señaló la anciana, atrayendo su atención.

Cleo pestañeó varias veces al darse cuenta de que había hablado en voz alta.

—Entonces ¿no podremos bañarnos en el Nilo? —preguntó intentando que no notaran la razón de su comentario.

Gustavo sonrió y asintió.

—Si tienes a Abel al lado... —Se incorporó y salió de la falúa. Acababan de llegar a la isla donde se encontraba el templo—. Él sabe los sitios donde podemos nadar un poco. —Le guiñó un ojo y le ofreció una mano para ayudarla a desembarcar.

Cleo puso los ojos en blanco.

—¿Abel? Tendría que tener cuidado porque si por él fuera, preferiría que me devoraran.

—¿Quién te va a devorar? —preguntó el mencionado al aparecer de pronto cerca de Gustavo.

—Los cocodrilos —aclaró Adela, mientras la ayudaba a bajar de la falúa el guía.

Este miró a la joven fijamente.

—No lo permitiría.

Cleo sintió la fuerza de su mirada al mismo tiempo que los nervios reaparecían en su estómago.

—Ja... No me puedo fiar de alguien como tú. —Le señaló con el dedo y le dio la espalda para ir hacia la antigua construcción.

—¿Se puede saber qué has hecho ahora? —le interrogó la anciana agarrándolo del brazo para ir tras ella.

Abel suspiró.

—Nada...

—¿Entonces? Por nada nadie se enfada y nuestra Cleo... —Movi6 la cabeza hacia la joven que se adentraba por el interior del templo—. Lleva una mañanita muy cabreada.

Abel observó a su primo y luego posó los ojos en su abuela con gesto cansado.

—El problema es ese, que no he hecho nada. —Se soltó de la mujer y se llevó las manos hasta el cabello para dejarlas caer a continuación—. Hemos... Nos hemos... —Bufó con fuerza. No encontraba la palabra exacta para explicarle lo que había sucedido la pasada noche en su camarote con Cleo. Era su abuela la que tenía delante... ¡No podía ser más complicado!

—Os habéis acostado —soltó de golpe la mujer, arrancando una carcajada a su otro nieto, mientras Abel se quedaba con la boca y los ojos abiertos de par en par.

—Cómo... Adela le sonrió y lo agarró del brazo otra vez para que siguieran avanzando.

—¿Cómo crees que llegaron a este mundo tu tío y tu padre? No soy una mojegata aunque el pelo blanco y mi piel arrugada te den esta sensación. Abel torció la boca y no dudó en darla un beso.

—No pretendía molestarte... Perdona. —Ella le palmeó el brazo quitándole hierro al asunto—. Solo es que se me hace difícil hablar de estas cosas contigo...

Esta asintió, comprendiéndolo.

—Pues habla con Gustavo. —Miró a su otro nieto quien estaba atento a la conversación.

Abel observó a su nieto.

—No es eso... Es que...

—En definitiva, te cuesta hablar de ti, de tus problemas, de cualquier cosa que te incumba porque piensas que tú y solo tú puedes resolverlos.

Suspiró y asintió.

—Sí, pero no es porque no agradezca que estéis a mi lado.

Adela le acarició la mejilla donde comenzaba a crecer algo de negra barba.

—Lo sé, cariño. Sus miradas azules se encontraron y ambos se sonrieron con cariño.

—Soy un cabezón que prefiere no pedir ayuda porque no deseo molestar —confesó al fin.

La abuela movió la cabeza de manera afirmativa y le dio un beso en la mejilla.

—Y ahora te has encontrado con un elemento en tu planeada y estructurada vida, con el que no contabas.

Abel miró hacia el templo donde una chica rubia paseaba entre las columnas que tenían en su capitel la representación de la diosa Hathor, y se dio cuenta de pronto del comportamiento tan bobo que había tenido desde que se había despertado esa mañana.

Verla allí, en su cama... Había sido un golpe muy fuerte para él, sobre todo porque después de lo que habían compartido, se había dado cuenta de que la atracción solo era una nimiedad con lo que su corazón sentía.

Su reacción... La de un cobarde. No se podía llamar de otra manera. Huir de su lado e ignorarla durante lo que llevaban de día...

No se lo iba a perdonar nunca, ni ella ni él a sí mismo.

—Cleo... —dijo a media voz, pero lo suficiente alto para que su familia lo escuchara.

—Nuestra Cleopatra —indicó Adela recalcando la palabra «nuestra».

—¿Qué puedo hacer, abuela? —le preguntó desesperado—. Creo que he metido la pata y...

—Tú tranquilo. —Le sonrió—. En el amor si no se tropieza, no merece la pena el premio. La reconquista es una aventura, y la lucha por lo que uno quiere, es el trabajo que posteriormente dará los frutos que busca este. —

Señaló donde su corazón latía con fuerza.

—No sé si es amor, abuela... Solo sé que me estoy comportando como un gilipollas —indicó arrancándole una sonora carcajada a esta y a su primo.

—Pues ve y discúlpate —le aconsejó, empujándole en dirección al templo.

—¿Sabes que este no es el lugar original donde se erigió el templo de Filé?

Cleo se volvió hacia el culpable de que no estuviera disfrutando de la visita de ese día.

—Si mi guía hiciera su trabajo, tal vez lo sabría —respondió de forma seca, volviendo a darle la espalda para fijar su atención en lo que parecía una cruz templaria grabada en la pared.

—En la antigüedad estaba situado en una isla del mismo nombre —le explicó, ignorando su enfado—, pero con la construcción de la presa de Asuán, la isla se sumergió, por lo que el templo fue trasladado minuciosamente, piedra a piedra, a su emplazamiento actual. —Abrió los brazos, abarcando lo que les rodeaba.

Ella solo asintió, sin mirarlo ni moverse.

Abel tensó la mandíbula y se rascó la nuca. Iba a serle más complicado de lo que pensaba.

Se aproximó a ella, deteniéndose muy cerca de su espalda, lo suficiente para disfrutar de su aroma a jazmín.

—No es una cruz templaria —le indicó al percatarse de lo que miraba.

Ella se volvió de pronto, al captar su interés, y se sorprendió de su cercanía.

—¿No? —Él negó—. Pero se parece mucho... Abel movió la cabeza de manera afirmativa y se colocó a su lado para que ambos pudieran observar mejor el grabado.

—Son cruces de la orden de San Esteban —aclaró—. En la isla que se hundió había una pequeña iglesia cristiana. Se cree que del siglo XVI. —Ella asintió pendiente de lo que le contaba—. Los arquitectos pensaron que era una construcción moderna y dejaron que se sumergiera. Los estudios indican que esa iglesia pudo ser construida por los caballeros de San Esteban... —

Movió la cabeza hacia la cruz—. Se puede afirmar que son cruces de esa orden.

—Sé muy poco de ellos... —comentó, deseando que Abel continuara hablando a pesar de su enfado.

—Fue una orden militar que crearon los Médici con intención de preservar el cristianismo, y para encontrar el Arca de la Alianza —le explicó, contento de que, al parecer, ella lo hubiera perdonado.

—¿El Arca de la Alianza? ¿Cómo en Indiana Jones? —le preguntó entre divertida y curiosa.

Asintió y sonrió.

—Estas cruces. —Señaló con el dedo otro de los símbolos que había por encima de sus cabezas—. Afianzan más la creencia de que el Arca pudo estar en Egipto...

Cleo movió la cabeza de manera afirmativa y observó de nuevo los grabados por unos segundos, para reanudar su marcha a continuación.

—Gracias por la explicación —le dijo de forma escueta mientras se alejaba de su lado.

Abel suspiró y, con rapidez, fue tras ella.

—Es mi trabajo... —comentó tratando de no romper la conversación.

Cleo asintió pero no dijo nada más, saliendo al exterior del templo.

El guía observó obnubilado su rostro y esperó...

Pero ella lo ignoraba...

—Cleo... —la llamó en apenas un susurro, pero ella no se volvió—. Cleopatra...

Esta bufó y lo miró con los brazos cruzados y una de sus rubias cejas arqueada.

—¿Qué?

—Pensé que... —Señaló con la cabeza donde habían estado.

Cleo observó el lugar que indicaba y luego enfrentó su mirada.—¿Qué? —repitió subiendo el tono—. Que me habría olvidado de cómo te has comportado, de cómo me has evitado o rehuido la mirada... —Acortó la distancia que los separaba y se puso de puntillas tratando de poner la cara a la misma altura que la de él—. Todavía estoy esperando una disculpa —siseó y trató de alejarse, pero este atrapó su mano deteniéndola.

Cleo miró sus dedos unidos y buscó sus ojos azules, esos que lograban que miles de mariposas revolotearan en su estómago y que su corazón latiera a mil por hora.

—¡Suéltame! —le exigió.

Abel tiró de ella y posó su otra mano en la cadera femenina.

—Perdona —se disculpó para sorpresa de la joven—. Me he comportado como un...

—Imbécil —atajó ella con rapidez.

Este arrugó el ceño.

—Sí, se podría decir así. —Le apartó un mechón rubio de la cara, dejando que sus dedos acariciaran la mejilla—. No sé lo que me sucedió... —Miró a su alrededor, dándose cuenta de que se encontraban en mitad de una explanada donde el resto de turistas no les prestaba ninguna atención, ya que estaban mucho más pendientes de las antiguas construcciones que se levantaban en la isla—. Lo de anoche estuvo bien. —Fijó sus ojos en los almendrados por si su dueña negaba la afirmación, pero esta no hizo ni dijo nada—. Y cuando me desperté por la mañana... —Suspiró—. Todo marchaba mejor que bien, pero según avanzaban las horas...

Cleo se separó de él y lo enfrentó:

—Te acojonaste.

Abel sonrió y le golpeó la punta de la nariz.

—Vamos a tener que lavar esa lengua con jabón, señorita.

Ella hizo un puchero con la boca y se cruzó de brazos.

—El culpable eres tú.

El guía se señaló con la mano.

—¿Yo? —Asintió—. De mi boca no escucharás ni una palabrota ni una palabra mal sonante.

Cleo sonrió.

—Ya, claro. Pues desde que te conozco, solo veo delante de mí a un borde y maleducado, y...

El hombre volvió a agarrarla, tirando de ella hacia su cuerpo, interrumpiendo su palabrería.

—Anoche no decías eso —le recordó de manera sugerente.

Sonrió sin poder evitarlo.

—Pero anoche no sabía que estaba ante el doctor Jekyll.

Abel acercó su cara a la de ella, dejando escasos centímetros de separación entre sus bocas.

—Déjame que te lo compense...

Esta elevó una de sus rubias cejas.

—¿Cómo?

—Esta tarde...

—Pero ¿qué harás?

Abel se rio y se apartó de ella cuando escuchó su nombre no muy lejos de donde se encontraban.

—No seas tan curiosa. —Le golpeó con el dedo la punta de la nariz otra vez y la guiñó un ojo—. Y déjate sorprender.

La chica asintió reticente y observó cómo se alejaba de su lado.

—Cleo, eres demasiado facilona —se dijo a sí misma, mientras giraba sobre sus pies para acercarse a otro de los edificios que conformaban el templo.

2 Barcos pequeños con velas triangulares.

Capítulo 17

Después de la comida, Abel reunió a todo el grupo en el *hall* de la motonave para comentarles la posibilidad de realizar una excursión que, en su opinión, podría interesarles.

—Hay un poblado nubio cerca de aquí, que quizás les gustaría ver...

Todos los viajeros se miraron ilusionados.

—Nos encantaría, Abel —indicó Miriam al mismo tiempo que afirmaba su madre.

Un hombre de mediana edad que hacía el viaje con su mujer e hijos, también confirmó lo que todos pensaban:

—Sería una gran oportunidad...

Abel miró brevemente a Cleo, quien también asintió con la cabeza, y dio una palmada en el aire.

—Pues dicho y hecho. Diez minutos para que regresen a sus camarotes, tomen lo que necesiten y nos marchamos.

La recepción se quedó vacía en apenas unos segundos, prueba del interés que había despertado la actividad entre el grupo.

Abel se acercó a Cleo, quien no se había movido del sitio, y agarró sus manos.

—¿Te apetece?

—Sí, mucho. Pero... —Se mordió el labio inferior con timidez—. ¿Esta es mi sorpresa?

La risa masculina los envolvió.

—Parte. —Le guiñó un ojo travieso y la soltó cuando comenzaron a llegar los miembros del grupo.

Montados en una pequeña barca a motor, cruzaron el Nilo hasta una playa de arena fina donde les esperaba su siguiente transporte: camellos.

—¿En serio hay que ir en *eso*? —preguntó Cleo sorprendida y algo aterrada.

Adela, que acababa de montarse en uno, se rio a mandíbula batiente al escuchar el tono que usó al referirse al animal.

—Venga, querida... Si yo puedo... —Calló cuando el camello se incorporó—. Tú puedes.

—No sé, si...

Gustavo se le acercó y la agarró de la mano para aproximarla hasta su transporte, pero de pronto apareció Abel al lado de ellos, y le hizo un movimiento con la cabeza para que lo dejara a él.

—¿Te ayudo, Cleopatra?

Esta miró al guía y posó sus ojos en el animal.

—Abel, no sé si...

Le dio un rápido beso, descolocándola, y la sentó sobre el camello acallando sus dudas.

—Ahora agárrate aquí. —Le señaló una especie de palo que tenía delante y que estaba sujeto a lo que utilizaban como silla—. Y no te resistas... —Se acercó a su oído y le susurró—: Por una vez sé un gatito y no una pantera.

Ella arrugó el ceño ante el comentario.

—Yo no soy... —Gritó en cuanto el animal se incorporó, interrumpiendo lo que fuera a decir

Abel sonrió y elevó una de sus oscuras cejas.

—Sé un gatito...

Cleo asintió a regañadientes y se dejó llevar hasta el poblado nubio, un pequeño reducto de población a orillas del río Nilo, donde destacaban sus casas coloridas, sus puestos de comida y especias, además del color de la piel de las personas que vivían en él.

—Son los habitantes más auténticos de Egipto —le explicó Abel mientras la ayudaba a descender del camello.

—Egipto los conquistó porque era una zona rica en oro, minerales y madera. Se convirtieron en sus esclavos pero acabaron siendo faraones. Se les conoce como los Faraones Negros de Egipto... —Cleo le contó para su sorpresa.

Abel abrió los ojos de par en par y elevó las manos hacia arriba.

—Está bien, está bien... Esto quiere decir que, aunque te quejes del trabajo del guía, no lo necesitas. —Le sacó la lengua, haciéndola reír.

—No seas tonto —le indicó, atrapando su brazo para dirigirse hacia una casa decorada con colores brillantes y en la que, sobre el marco de la puerta, había un cocodrilo, por la que iban entrando los del grupo.

Este le guiñó un ojo y le abrió la puerta para dejarla entrar primero.

—La culpable eres tú... —le susurró al oído cuando pasaba por su lado.

Ella se volvió de inmediato para exigirle una explicación, pero no pudo ser porque en ese momento Abel saludaba al que supo más tarde que era el dueño de la vivienda en la que se encontraban.

Se sentó al lado de Adela y Gustavo, en unos bancos que había pegados a la pared y que estaban cubiertos por mantas de diferentes colores, y les colocaron delante de ellos, una bandeja con té y una especie de turrón.

—¿Qué te parece? —se interesó Adela mientras cogía uno de los vasos de cristal con la bebida.

Ella observó lo que les rodeaba, maravillada por la sencillez y la cultura que manaba de las paredes de esa sencilla casa.

—Es increíble —dijo sin más, de manera sonriente.

—Pues todavía no has visto lo mejor... —comentó Gustavo, mirando una puerta por la que salía un chico joven que portaba entre sus manos un pequeño cocodrilo.

—¿Es de verdad? —preguntó asombrada.

Adela se rio y Gustavo asintió.

—¿Quieres cogerlo?

Cleo negó con la cabeza con rapidez pero el nieto de Adela, la ignoró. Se levantó del asiento que ocupaba y tiró de ella, acercándola hasta el animal.

El chico en cuanto la vio no dudó en aproximarse a ella y, con esos ojos que le indicaban sin hablar que confiara en él, dejó que le pusiera el cocodrilo en la cabeza.

Una enorme sonrisa nació en la cara femenina de inmediato al sentir las pequeñas patas entre su cabello. Una sensación extraña que rayaba entre la felicidad y lo insólito, pero que conseguía que disfrutara de una experiencia sorprendente.

—¿Quieres ver la escuela? —le preguntó Abel cuando se sentó a su lado, pasado el tiempo.

La música y las conversaciones en la casa no animaban a abandonarla, e

incluso ver a Miriam hacerse un tatuaje de henna en la mano, suponía una tentación para Cleo... Siempre había querido un tatuaje pero las agujas le daban pavor; por lo que podría ser su oportunidad para hacérselo pero, al mirar de frente a su guía, fijarse en el brillo que aparecía en sus ojos azules, fue lo único que necesitó para aceptar su invitación.

Salieron de la casa, seguidos por otros del grupo que querían visitar también el colegio, y se dirigieron hacia un edificio con las entradas pintadas en azul. Nada más traspasar las vallas, aparecieron en un gran patio interior que también estaba decorado con tonos vivos, donde los esperaba uno de los maestros.

—Abel, no sabía que estarías aquí hoy. —Le ofreció el hombre la mano al guía, para pasar de inmediato a un abrazo.

—La familia se apuntó, y no pude negarme a acompañarlos —explicó Abel, sorprendiendo a Cleo por esa información.

—¿Ha venido tu abuela? —se interesó el hombre, pasando su brazo por los hombros de este, para conducirlo hacia una de las aulas que estaban abiertas.

La chica fue detrás de ellos, intentando no perder detalle de nada de lo que se decían.

—La he dejado en la casa tomando té. Ya sabes lo que le gusta.

El profesor se rio y se apartó a un lado para permitir el paso a la clase a Cleo y al resto de los turistas. Ella vio como se quedaba atrás Abel junto a su amigo y, si no quería parecer la cotilla máxima del reino, decidió continuar con la visita.

Capítulo 18

—¿Te ha gustado? —le preguntó Abel en cuanto regresaron a la orilla del Nilo, mientras esperaban que llegara la barca que los llevaría hasta la motonave.

Cleo asintió con rapidez, regalándole una sonrisa.

—Ha sido fantástico...Él le apartó uno de los mechones dorados que se habían escapado de la coleta y le devolvió la sonrisa.

—Me alegro. ¿Crees que estoy consiguiendo que me perdones?

Ella entornó los ojos y se mordió el labio inferior.

—Puede...

Abel amplió su sonrisa y atrapó una de sus manos, acercándola todavía más al agua.

—¿Quieres seguir sorprendiéndote?

Esta lo miró sin saber muy bien qué pretendía.

—Depende...

El guía miró por encima de su cabeza e hizo un movimiento a la persona que se encontraba detrás de ella.

Cleo fue a girarse, para ver lo que ocurría, pero este se lo impidió atrapando su cabeza con ambas manos.

—¿Llevas tu móvil o algo que se pueda mojar?

Asintió confusa.

—Todo está en mi mochila.

Abel se la quitó y se la dio a la persona que estaba tras ella.

—¿Ya no hay nada más? —insistió sonriente.

—Abel, ¿qué pretendes?

Este la miró con ese brillo en los ojos que no había desaparecido desde que la había avisado de que la iba a sorprender; y le dio un nuevo beso que la descolocó. La tomó entre sus brazos y se adentró en el Nilo, rodeado de las carcajadas que se escuchaban desde la playa.

—Cleo, ¿estás preparada?

—Preparada, ¿para qué? —Fue lo último que pudo decir. Abel la acababa

de tirar de golpe al río, empapándola entera.

El guía se volvió hacia el resto de turistas que conformaban su grupo y les indicó:

—Mientras esperamos, quien quiera puede bañarse en el Nilo.

Las risas aumentaron y los más atrevidos se lanzaron al agua tras deshacerse de los zapatos.

Cleo salió tras él, apartándose el pelo mojado de la cara. Miró hacia la orilla y comprobó que quien tenía su mochila era Gustavo, que en ese momento le ponía cara de no haber roto un plato en su vida, y que, junto a su abuela, se reían de todos los que se habían aventurado a meterse en el agua.

Buscó a Abel, el culpable de su estado, y comprobó que le daba la espalda, no muy lejos de ella, y que... no estaba mojado.

Se acercó con sigilo, y cuando estuvo cerca de él, comenzó a salpicarle.

Este se volvió con rapidez y la señaló con el dedo.

—¡Tú! Me las pagarás... —le juró con intención de volver a hundirla en el río, pero no pudo ni avanzar dos pasos. De pronto el resto de viajeros que se habían metido en el agua, comenzaron a mojarlo, ayudando a Cleo en su propósito, hasta que terminó chorreando.

—La mejor venganza es el éxito masivo —le dijo Cleo cuando estuvo a su altura y se había rendido.

Él se apartó el cabello de la cara y bufó.

—¿Una frase de un filósofo?

La joven le guiñó un ojo y le sacó la lengua.

—De Frank Sinatra.

Abel no pudo evitar carcajearse al escucharla, siendo acompañado por ella de inmediato.

Ya hacía rato que habían regresado a la motonave.

Cleo, empapada como estaba, se había dirigido a su camarote donde se dio un baño rápido y, tras arreglarse, fue al comedor donde esperaba encontrarse con el guía. Nunca se había vestido tan rápido, pero estaba deseando reencontrarse con Abel, compartir mesa aunque fuera acompañados por otras personas...

El día que habían pasado juntos... mejor dicho, la tarde, ya que la mañana casi prefería olvidarla, había sido inmejorable. Los lugares que habían visitado, las atenciones de Abel... No habían discutido y el guía había estado pendiente de ella a cada segundo, asegurándose de que la excursión era de su agrado. Las risas, los besos... Todavía le parecía increíble que la hubiera besado delante de todos los presentes. Eran gestos públicos que le hacían crear esperanzas de que, tal vez, no solo fuera atracción lo que el guía sentía por ella, porque lo que ya tenía seguro Cleo es que ella sentía mucho más que algo físico por el guía.

Se presentó en el comedor cuando apenas había gente. Se dirigió a la mesa que ocupaba desde que había comenzado ese viaje, y esperó a que apareciera el culpable de que tuviera una sonrisa perenne en su rostro.

Adela y Gustavo no tardaron en aparecer, y el resto de mesas comenzaron a llenarse, mientras se servían los diferentes manjares que había dispuesto el servicio en las bandejas.

—¿No vas a comer, querida? —se interesó la anciana cuando regresó a la mesa con un plato lleno de comida.

Cleo miró la silla vacía que había a su lado, gesto que no pasó desapercibido a la mujer, y comentó:

—Pensaba esperar a Abel...

—Lo más seguro es que le haya surgido alguna urgencia. Ya vendrá — señaló Adela—. Anda, ve a por algo de comida que ya aparecerá.

La joven asintió e hizo lo que le indicaba, deseando que la anciana tuviera razón y que en cualquier momento apareciera el guía.

Pero no fue así y Cleo terminó la cena desanimada. Puede que Adela tuviera razón, pero también podía haber sucedido que este se hubiera arrepentido... otra vez.

Subió a la terraza, atraída por la soledad que había siempre en ese lugar por la noche y, mientras observaba las estrellas, y trataba de acallar sus demonios, apareció Abel.

—¿Estoy perdonado? —le preguntó este en cuanto se situó a su lado, apoyando los brazos en la barandilla.

—¿Qué has hecho? —Lo miró de medio lado.

Él suspiró.

—Por lo de esta mañana...

Cleo se giró hacia él y asintió.

—Con creces —afirmó recibiendo una feliz sonrisa por su parte—. La visita al pueblo nubio ha sido... —Abrió los brazos—. Fabuloso.

—¿Y lo del río? —preguntó travieso.

Ella se encogió de hombros pero no perdió la sonrisa.

—Una experiencia...

Abel se le acercó y comenzó a hacerle cosquillas en la barriga.

—¿Solo eso? —le exigió saber mientras se retorció de la risa.

—Está bien, está bien... —Se apartó de su lado e intentó recuperar el aire que le faltaba—. Me lo he pasado muy bien —confesó.

El guía asintió y se acomodó en una de las tumbonas, obligándola a sentarse encima de él. Le acarició el cabello dorado que esa noche llevaba suelto y que todavía seguía algo húmedo, y la miró a los ojos.

—He sido un tonto...

—¿No habíamos quedado en que un imbécil? —le tiró con pícaro sonrisa.

Este cerró los ojos y suspiró.

—Está bien. Tú ganas... —Me gusta lo de ganar —comentó divertida.

—Ya me he dado cuenta en el río.

Cleo se rio y se levantó, acercándose de nuevo a la barandilla.

—¿Qué es eso? —Señaló un gran edificio que destacaba en lo alto de la ribera del Nilo.

Abel se incorporó y se acercó a ella para ver bien lo que le indicaba.

—Es el hotel Old Cataract. Agatha Christie se hospedó en él, y sirvió como inspiración de una de sus obras míticas.

—*Muerte en el Nilo* con Hércules Poirot. —No fue una pregunta sino una afirmación.

Abel la miró de frente y asintió.

—Estás siendo todo un descubrimiento, Cleopatra.

—¿Yo? —preguntó sintiendo como sus mejillas enrojaban de pronto—.

No sé por qué lo dices...

Este le acarició con ternura uno de esos mofletes sonrosados.

—Por todo lo que sabes de Egipto.

Se encogió de hombros.

—No es más que una afición que tengo...

—¿Cuál? ¿La de absorber información del país al que vas de viaje para dejar al guía en ridículo?

Cleo le golpeó el estómago.

—No seas tonto. Yo no hago eso...

Se marchó, pero él se lo impidió.

—Perdona... —La agarró de la barbilla, para obligarla a que lo mirara a los ojos—. No me estaba burlando de ti...

Ella hizo un puchero con los labios.

—Está bien... pero no lo vuelvas a hacer —le pidió.

Abel la observó extrañado.

—¿El qué? Solo estaba alabando lo que sabes... —Posó las manos a ambos lados de su cara y fijó su mirada en los ojos almendrados—. Eres todo un misterio, Cleopatra.

Ella tembló ante el tono usado.

—Eso no es cierto...

Este chascó la lengua contra el paladar, silenciándola, y acarició sus labios con ternura.

—Y no me importaría averiguar lo que escondes capa a capa, hasta conocer a la verdadera mujer que se oculta bajo ellas.

Cleo se encogió de hombros.

—Soy lo que ves... Una mujer por la que solo sientes atracción —le soltó, provocando que la soltara y que se arrepintiera de lo que había dicho en el mismo momento en que abrió la boca.

Abel le dio la espalda, enredando los dedos por sus mechones oscuros.

—Será mejor que nos vayamos a acostar —aconsejó para tristeza de la joven. Si no fuera tan metepatas—. Mañana debemos levantarnos temprano, y no quiero que te duermas. —La miró sonriente, pero el gesto no le llegaba a los ojos como instantes antes.

—Abel, yo... Este elevó su mano acallándola.

—Cleo, estamos cansados. —Fue a quejarse pero de nuevo la silenció—. Yo estoy agotado por un problema que hemos tenido en el barco y necesito descansar.

La joven al fin asintió conforme al escucharlo.

—Está bien. Me marcho pero antes...

Cleo se abalanzó sobre él, atrapando la boca masculina en un beso que lo pilló desprevenido.

Capítulo 19

—Buenos días... —la saludó Abel con una sonrisa al observar que estaba muerta de sueño.

Se encontraban ya delante del autocar que los llevaría hasta Abu Simbel, y de ahí harían el traslado a otra motonave con la que navegarían por el lago Nasser; y, aunque había algo de claridad, el sol todavía no había salido, y el fresco de la madrugada se colaba entre los huesos. Cleo bostezó y movió la cabeza en un gesto que intentaba ser un saludo.

—¿No podías haber puesto una hora más decente? —le preguntó.

Él la empujó hacia la puerta abierta del autobús, intentando no ser brusco en sus modales, y le indicó a media voz:

—Es un tema de seguridad...

La animó a que subiera las escaleras del autobús, pero esta se volvió para mirarlo.

—¿Qué quieres decir?

Abel observó que llegaban los últimos miembros del grupo y le comentó con prisas:

—Nada, es solo para aprovechar el día. Sube, por favor.

Ella hizo lo que le pedía, no muy convencida con la explicación.

En cuanto estuvo dentro del autocar, observó que las cortinillas de las ventanas estaban echadas y que la mayoría de los viajeros dormían. Miró por si encontraba un asiento libre donde no molestar a nadie, cuando Adela la llamó desde el fondo del vehículo.

No dudó en ir hacia ella.

—No, no te preocupes —le dijo a Gustavo que se levantaba del asiento parejo al de su abuela, para dejarla sentarse.

El chico negó con la cabeza.

—No pasa nada. Me iré con Abel —le explicó y se marchó dejando a las dos mujeres solas.

La anciana la miró y golpeó el asiento que acababa de quedarse libre.

—Anda, siéntate. En este viaje vamos a poder cotillear de lo lindo...

Cleo se rio, intentando no molestar al resto del autobús, e hizo lo que le pedía.

—Adela, ¿puedo preguntarte una cosa? —le dijo pasados unos diez minutos, cuando Abel subió al autocar y el vehículo se ponía en movimiento.

—Claro, querida.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué tanto secretismo? —Señaló las cortinillas que impedían ver el exterior, y que los vieran a ellos.

La anciana observó la tela opaca.

—Por temor a que se produzca un atentado —explicó en un susurro, sin querer asustar al resto de los pasajeros.

—Ahh... Ahora lo entiendo —dijo—. Pero hace mucho que no se producen, ¿no?

La mujer mayor la miró.

—Nunca viene mal ser precavidos, querida.

Asintió conforme.

—Tienes razón pero es una lástima que en un país tan bello, exista el temor a que en cualquier momento estalle una bomba o disparen a los turistas que, por otro lado, ayudan a la economía de la zona.

La mujer atrapó su mano.

—La sinrazón de la violencia. Nada se consigue con las armas, pero hay en marcha miles de guerras en el mundo que podrían llevarte la contraria.

Cleo tensó la mandíbula.

—La industria armamentística es muy poderosa...

—Y algunos gobernantes tan egoístas que no ven más allá de su propio ombligo, sin preocuparse por su pueblo.

La joven asintió y suspiró.

—A veces no me gusta el planeta en el que vivimos, pero otras veces... la mayoría... —Sonrió con tristeza—. Me acuerdo que hay gente que ayuda al prójimo o que intenta poner su granito de arena para que nuestro ecosistema permanezca tal como es, a pesar de la mano del hombre. Parecen pocos, pero en realidad son muchos más de los que creemos y gracias a ellos, podemos tener un hilo de esperanza para que las cosas cambien.

—Ojalá, querida —afirmó Adela—. Los años me han hecho dudar de muchas cosas pero otras las tengo muy claras.

—¿Como cuáles? —se interesó.

—Como que gracias al amor se alcanzan objetivos —respondió—. No te hablo solo de un amor romántico, sino del fraternal, el amor al prójimo o del propio, del que sentimos por nosotros mismos y que necesitamos para lograr lo que nos proponemos.

—Yo creo que de esos ando escasa —comentó.

La anciana la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué clase de amor te falta?

—Todos. —Sonrió con pesar y se encogió de hombros.

Adela la observó con cariño y le apartó el flequillo de la cara con una caricia.

—Eso no es cierto, pequeña —la contradijo—. Tienes el amor de tus amigas, el fraternal, esas que se preocupan tanto de ti que pueden considerarse tu familia.

—Diana y Leti —las nombró sonriendo al recordar como estaban pendientes de cada paso que daba o decisión que tomaba.

La anciana asintió.

—Tienes el amor familiar...

—Pero mis padres...

Ella levantó la mano pidiéndole que la dejara hablar.

—Sé que tus padres ya no están contigo pero ese amor que te profesaban, el cariño que compartieron contigo en el tiempo que estuvieron a tu lado, es suficiente y tan grande para conseguir que ese pequeño corazón que escondes ahí... —Le señaló el lugar donde latía el músculo—. Te haya convertido en la mujer que eres y que seguirás siendo. Además, cuando llegue el momento, será el mismo que transmitirás a tus hijos, si deseas tenerlos.

Cleo sintió como sus ojos se anegaban de lágrimas ante la mención de sus padres.

—Gracias, Adela.

—¿Por qué, querida?

—Por tus palabras, por estar a mi lado en este viaje, por ser esa amiga que necesito... —Le dio un beso en la mejilla.

—Ohh... cariño, para mí es un placer enorme porque además, estoy viendo cómo nace otro tipo de amor en ti.

Ella la miró extrañada.

—¿No sé a qué te refieres?

La anciana le regaló una sonrisa enigmática y miró hacia adelante del autocar:

—Al amor que comienza a surgir entre mi nieto y tú.

Cleo se llevó una mano a la garganta y negó con rapidez.

—No, Adela. Creo que estás muy confundida... Yo no siento nada por Gustavo... —tartamudeó por las prisas de querer explicarse—. Es un buen chico y me cae genial, pero...

—Pero quien te gusta es Abel —acabó por ella.

La joven asintió sin vergüenza alguna, tratando de esa manera de aclarar el error:

—Bueno, amor, amor... Son palabras mayores, pero no puedo negarte que algo hay o que empieza a nacer entre los dos...

La sonrisa de la mujer se amplió, confundiéndola aún más.

—No sabes cuánto me alegro oírte decir eso. —Le pellizcó la mejilla y palmeó su pierna.

—Pero...

—Abel es mi nieto —anunció Adela de golpe.

Cleo fijó su atención en el principio del autocar, donde la cabeza del guía sobresalía por encima del respaldo del asiento, y como si sintiera que lo observaban, la miró.

Ella desvió los ojos con rapidez, viéndose sorprendida de pronto y observó a la anciana que se sentaba a su lado.

—Me está diciendo que...

—Que además de Gustavo, Abel también es mi nieto —le repitió.

Capítulo 20

Estaba delante de uno de los complejos arquitectónicos del antiguo Egipto que más la habían atraído desde niña: Abu Simbel. Formado por el templo de Ramsés II y el de su esposa Nefertari, era una prueba clara de que cuando los países se ponían de acuerdo, podían alcanzar grandes logros. Y es que, con la construcción de la presa de Asuán, el futuro de muchos de los templos nubios era acabar bajo las aguas, por lo que se puso en marcha una cooperación internacional y, piedra a piedra, se movieron muchas de las antiguas construcciones, como esta, hasta ocupar su ubicación actual.

Cleo observaba las cuatro estatuas sedentes del faraón excavadas en la roca, miraba hacia el templo de su mujer, donde también adornaban la fachada seis efigies, y, en vez de disfrutar de las vistas, no paraba de dar vueltas a lo que había descubierto en el autocar:

—Adela es la abuela de Abel... —repitió una vez más sin poder creérselo—. Ahora entiendo la conversación entre el maestro de la escuela del poblado nubio y este... —Se apartó el flequillo de la cara y miró el templo de Ramsés II—. Y sus ojos... Ese azul tan enigmático... Son iguales...

—Estás aquí... —dijo el hombre poniéndose delante de ella, como si sus pensamientos lo hubieran atraído—. ¿Has entrado ya?

Negó y buscó su mirada.

—¿Por qué no me has dicho que Adela es tu abuela? Este se encogió de hombros.

—Porque no es importante... —¿Que no es importante? —Él negó con la cabeza y sonrió—. ¡Que no es importante! —repitió elevando el tono, al mismo tiempo que subía y bajaba sus brazos andando de lado a lado—. Yo pensé... Creí...

Abel la atrapó, poniendo sus manos a ambos lados de sus brazos, obligándola a detenerse.

—Adela es mi abuela, pero yo pensaba que te llevabas bien con ella... —Le acarició la mejilla con ternura—. Que os habíais hecho amigas...

—Sí, si amigas nos hemos hecho y la he cogido mucho cariño... —

Agachó la mirada—. Pero le he contado muchas cosas que... —Suspiró y fijó de nuevo sus ojos almendrados en los azules, esos tan parecidos a los de su abuela, sintiendo como sus mejillas enrojecían—. Le he hablado de ti y de mis sentimientos... Bueno, no directamente, pero ella cree que... —Se mordió el labio inferior y se calló de golpe, al darse cuenta de lo que iba a confesar:

Abel esperó a que continuara hablando, pero esta no decía nada más, lo que todavía le ponía más nervioso. ¿Qué podría molestarle que su abuela supiera? ¿De qué sentimientos estaba hablando? Y lo más importante, ¿significaría eso que él para ella era mucho más que una simple atracción? Esta última pregunta retumbaba en su cabeza, animando a sus esperanzas ya que, con el paso del tiempo, se había dado cuenta de lo equivocado que estaba y de que lo que creía que era simple química, iba mucho más allá.

—Mira... —Le pasó el dedo por la mejilla y suspiró—. Yo quiero mucho a mi abuela pero... ¿Cómo te lo diría? Es un poco liante...

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Abel sonrió.

—Le encanta hacer de casamentera, de celestina... Como quieras llamarlo. —Le dio un golpecito en la punta de la nariz—. Y en este viaje se ha propuesto, con ayuda de mi primo Gustavo, juntarnos...

Cleo abrió los ojos de par en par:

—¿A nosotros dos? —Asintió—. Entonces... Eso quiere decir que... — Dudó buscando las palabras exactas para explicarse—. Nosotros estamos así por ella...

La cabeza del guía se movió de lado a lado.

—Bueno... Se podría decir que sí.

Lo miró confundida y decidió soltarse de su agarre, para tomar cierta distancia entre los dos. Se llevó las manos hasta su cabello y soltó el aire de su interior con fuerza.

—Pero entonces... ¿en realidad no te atraigo? —le preguntó de golpe.

Abel se acercó a ella con rapidez, como si tirara de su cuerpo un imán de gran tamaño, y atrapó su cara con las manos para enfrentar su mirada.

—Por muchos tejemanejes que hubiera llevado a cabo mi abuela, si no

me gustaras o si... —Observó su rostro y pasó el pulgar por sus labios, provocando que estos se abrieran involuntariamente—. No habríamos pasado la noche juntos. —No terminó la frase anterior, dejando en el aire lo que había tenido intención de decir pero que, al no encontrar el valor para hacerlo, se calló.

Cleo apoyó su cabeza en el pecho masculino y suspiró.

—Reconozco que me había asustado un pelín...

Él le agarró su barbilla y buscó sus ojos marrones.

—¿Un pelín? —Asintió como respuesta—. Nadie en su sano juicio no se sentiría atraído por ti, Cleopatra. Eres atractiva, irradias energía y fuerza; eres dulce, con un toque de rebeldía y, aunque cabezona en exceso y competitiva porque te gusta mucho decir la última palabra... —Fue a quejarse pero la mano masculina aterrizó sobre su boca, silenciándola—. Tienes algo especial que me vuelve loco —confesó con ese brillo travieso tan presente en sus ojos azules.

—¿Sabes que es la primera vez que me halagas? Si por halago se entiende que me llames cabezota. —Sonrió divertida.

Este le guiñó un ojo.

—Bueno, pero no te acostumbres...

Cleo se carcajeó, acompañada enseguida por la risa de su compañero.

—¿Me enseñas Abu Simbel? —le preguntó con picardía cuando acabaron la diversión.

—Sí, pero antes... —La abrazó por la cintura—. Necesito otro beso como el de ayer.

Ella sonrió.

—¿Seguro que como el de ayer?

Abel la observó, calibrando su pregunta, y negó con la cabeza.

—Bueno... Si no es tan brusco ni acaba tan rápido... Estaría mejor.

Cleo le golpeó el hombro.

—Serás...

Pero él interrumpió lo que fuera a decir, atrapando su labio inferior para pasar a continuación al superior, obligándola a entreabrir su boca, momento en el que sus lenguas se reencontraron y un leve gemido se escapó de sus cuerpos.

Las manos de Cleo se posaron en su cuello, enredando sus dedos en los rizos que se le formaban en la parte baja del oscuro cabello; y las manos de Abel la acercaron aún más a su cuerpo, dejando muy presente la necesidad que tenía de volver a estar dentro de ella.

Ambos se miraron cuando la caricia se terminó, con las frentes apoyadas y sus ojos anclados, mientras sus respiraciones aceleradas mostraban que no había sido un simple beso.

Abel le sujetó un mechón detrás de la oreja y le dio un tierno beso en la punta de la nariz.

—¿Crees que esto es fruto de los tejemanajes de mi abuela?

Ella negó con la cabeza.

—¿Cuándo podremos estar solos otra vez? —le preguntó a media voz. La necesidad de volver a sentirlo hablaba por ella, dejando la vergüenza en un rincón apartado de su cabeza.

—Esta noche —le prometió y atrapó su mano, con intención de adentrarse en el templo de Ramsés II para visitar el de Nefertari con posterioridad.

—Señor... —Un hombre, que vestía uniforme, se dirigió a ellos.

Abel detuvo su caminar y esperó que el recién llegado, se aproximara.

—Asim, ¿qué sucede?—Han avisado de que hay un problema en el central.

El guía tensó la mandíbula y miró por unos segundos a Cleo, para devolver toda su atención al hombre.

—¿Es grave?

—No lo sabemos. Solo han indicado que necesitan que regrese.

—De acuerdo —afirmó—. Avisa a Sinhué para que me sustituya.

El empleado asintió y se marchó, dejándolos solos.

Abel se volvió hacia ella y le acarició la cara.

—Tengo que irme pero... —Pasó los dedos por su boca—. Nos vemos en El Cairo.

La joven asintió con cierto pesar.

—¿Es urgente?

La miró con gesto triste.

—Te garantizo que si no lo fuera... —Tiró de su cintura, acercándola a su

cuerpo—. Nada ni nadie me separaría de tu lado.

Ella se rio al escucharlo.

—Antes no querías ni verme en pintura y ahora...

Abel atrapó su barbilla y le dio un rápido beso que la descolocó.

—El tiempo pone cada cosa y persona en su lugar. Solo necesitábamos tiempo... —Le dio un nuevo beso y le acarició el dorado cabello—. Nos vemos en El Cairo, Cleopatra.

—Es una promesa —le indicó.

Este asintió y le guiñó un ojo, marchándose a continuación.

Capítulo 21

Cleo abrió la puerta de la habitación que le habían asignado en el hotel de El Cairo. Se adentró por su interior, dejando un reguero de ropa y pertenencias desperdigadas por el suelo hasta que se tiró sobre la cama agotada.

El crucero por el lago Nasser fue todo un descubrimiento. Imaginar que hacía no mucho, todo lo que cubría ese mar sin olas, había sido un desierto y que por debajo de ellos, descansaban algunos de los templos que no se pudieron salvar, le había creado una sensación increíble. La atmósfera y el silencio que la acompañaron en todo el viaje, contemplar los restos de la ciudadela de Kasr el Ibrim, el templo de Amada, el de Kalabasha y de otros muchos, terminaron de conquistar el corazón de Cleo, quien acabó cayendo rendida a los pies de ese país de contrastes.

Comprobó la hora que era en el móvil, para cerciorarse de que tenía tiempo suficiente para echar una cabezadita, y cerró los ojos.

Su intención era la de dormir apenas unos diez minutos, iban a conocer El Cairo nocturno, y no quería perderselo pero, con lo que no contaba, fue con su cansancio.

Unos fuertes golpes en la puerta la despertaron asustada, acordándose del indeseable que acababa de interrumpir su sueño. Se incorporó con urgencia y de muy malos modos abrió la puerta, pero todo lo que pensaba decir al que había osado molestarla, se quedó atascado en su garganta.

Delante de ella estaba Abel quien la miraba con una traviesa sonrisa, a sabiendas de lo que acababa de ocurrir.

—¿Te has dormido? —le preguntó divertido, apoyando el hombro en el marco de la puerta, haciendo que la camiseta negra que llevaba se le ajustara al cuerpo.

—Y tú me has despertado —lo acusó utilizando el mismo tono de voz, sintiendo como las mariposas regresaban a su estómago.

—Quizás porque llegas tarde a la excursión... —comentó este traspasando el umbral de la habitación, sin esperar a que lo invitara, cerrando

la puerta tras él.

—No lo creo... Han debido pasar apenas unos minutos desde que llegué —indicó sin estar muy segura. Se rascó la cabeza y fue hacia la cama, con intención de localizar su teléfono para comprobar la hora, pero Abel se lo impidió.

La agarró de la muñeca y tiró de ella, hasta que la acercó a su cuerpo. Le dobló el brazo en la espalda, y la juntó todavía más a él, obligándola a levantar la cabeza si quería mirarlo a los ojos.

—El resto del grupo ya se ha marchado... —le informó, mientras uno de sus dedos le acariciaba desde el lóbulo de la oreja, hasta su barbilla; descendía por su cuello, y dibujaba el escote en pico de su blusa, logrando que su piel se erizara.

La cara de Cleo cambió ante la noticia.

—¿No me digas?

Él asintió, dejando que el dedo volviera ascender por su cuello, hasta delinear los labios femeninos.

—Pero puedo llevarte yo otro día...

Esta lo miró a los ojos con rapidez, regalándole una gran sonrisa.

—¿Lo harías?

Abel se encogió de hombros.

—Tal vez... Cleo le rodeó la cintura con los brazos.

—¿Y si te doy algo a cambio?—Tendría que valorar ese «algo».

Ella le rodeó el cuello y acarició los mechones de su cabello, que casi rozaban ya la camiseta.

—A ver, deja que piense qué te puede interesar... —dijo de forma traviesa, mordiéndose el labio inferior.

Abel siguió ese movimiento, y sintió la tentación de borrarle el gesto con un beso.—No hagas eso —le ordenó, mientras le acariciaba la zona con el dedo—. Puedes hacerte daño...

Ella abrió la boca instintivamente sin apartar sus ojos de los azules de él, y sacó la lengua para acariciarle el dedo.

Abel enlazó su mirada con la de ella, en cuanto se produjo el contacto, sintiendo como esos ojos almendrados que le habían acompañado esos días en los que se habían separado, se oscurecían. Introdujo un poco más el dedo

en su boca, y la lengua lo envolvió, al mismo tiempo que sus labios lo absorbían.

El guía sintió como su respiración se aceleraba y parte de su cuerpo comenzaba a cobrar vida.

—Esto es un buen comienzo —señaló con voz ronca, recibiendo una sonrisa complaciente.

Cleo posó sus manos en el trasero masculino y se acercó todavía más a él, lo suficiente para sentir como su pene ya estaba duro.

—Podríamos ver si te convengo... —le sugirió de manera sensual, recibiendo como respuesta un rugido que los envolvió, a la par que los brazos de Abel la levantaban sobre el suelo para tirarla sobre la cama.

Esta se carcajeó ante su arrebató pero su diversión se acabó de golpe cuando el guía se quedó desnudo ante ella.

De pronto sintió la garganta seca y como su corazón latía de manera desbocada.

—Abel...

—No, no digas nada —le pidió, mientras le quitaba la ropa con urgencia—. Necesito estar dentro de ti... No sabes cuánto lo necesito... —confesó para sorpresa de Cleo, que sintió como su piel se exponía ante sus ojos poco a poco—. Estos días han sido... —gruñó cuando el cierre delantero del sujetador se le resistió— una verdadera tortura, pero... ¡Por fin! —gritó al liberar los pechos, pasó sus manos con delicadeza por ellos y la miró—. Ya estamos juntos —señaló mirándola de nuevo a los ojos, mientras se acomodaba encima de ella, con cuidado de no hacerle daño, y dejaba que su mano descendiera hasta donde se encontraba su tanga. Tiró con fuerza de él, y un sonido de algo al romperse se escuchó en la habitación.

—¿Qué has hecho? —le preguntó entre divertida y expectante.

Abel coló la mano entre sus cuerpos, e introdujo su pene en el interior de ella, arrancándole un grito de placer que hizo que se olvidara de todo.

Cleo abrió sus piernas para sentirlo, elevó sus caderas y se agarró al cabecero de la cama mientras las embestidas de su amante la golpeaban. Se mordió el labio inferior, buscando acallar los sonidos que producía, hasta que la boca de Abel se acomodó sobre la suya, robándole un beso abrasador que bebió de sus gemidos.

Una de las manos del guía se posó sobre uno de sus pechos. Atrapó el pezón enhiesto, jugando con él en cuanto comprobó que su dueña se retorció de placer, y descendió la boca hasta el montículo rosado, y, sin dudarlo, se deleitó con su sabor dejando que sus dientes le arañaran con cuidado, para pasar la lengua con posterioridad.

Ella gritó otra vez, se agarró todavía más fuerte al cabecero de metal, y elevó sus caderas animándolo a que ahondara aún más en su interior.

Abel no dudó en hacer lo que le pedía.

Se incorporó levemente, posó las manos a cada lado de sus caderas y con movimientos certeros sacaba y metía su miembro, provocando que con el roce contra las paredes vaginales las sensaciones que inundaban a la pareja fueran en aumento.

Los ojos azules buscaron los marrones...

Sus resuellos se entrelazaron...

Una de las manos de Abel comenzó a acariciar el brote inflado de ella, y Cleo gritó al sentir como miles de escalofríos la recorrían de arriba abajo.

Una nueva embestida...

Una nueva estocada...

Sus miradas entrelazadas y cuando menos lo esperaba ninguno de los dos, un estallido los sorprendió.

Sus movimientos cesaron...

Buscaron retomar la respiración, que sus corazones recobrarán el ritmo normal pero sus manos comenzaron a acariciar el cuerpo del otro, sin que ninguno de los dos lo impidiera.

—Te he echado de menos... —declaró Abel de pronto.

Ella sonrió y le animó a que se tumbara sobre ella. Rodeó sus caderas con las piernas, sin que este hubiera salido de su interior, y comenzó a acariciarle la espalda con lentitud.

—No me he dado cuenta —dijo traviesa.

Él le apartó un mechón de cabello húmedo de la cara y dejó que su mano descendiera hasta atrapar uno de los pechos. Comenzó a acariciar de nuevo el pezón, y le sonrió.

—Eres una listilla —la acusó divertido.

Cleo sonrió y enredó sus dedos por el cabello oscuro.

—Lo que hace que sepa que tenemos un problema...

Abel detuvo sus movimientos y elevó una de sus cejas, mirándola a los ojos.

—¿Un problema?

La joven asintió y pasó sus dedos por la nariz, para delinear sus labios a continuación.

—Esto no es una simple atracción, Abel...

Él suspiró y, tras unos segundos que hizo que Cleo temiera por su reacción, la besó y reanudó sus atenciones.

—No pensemos. —La besó de nuevo—. Vivamos el momento...

Cleo asintió conforme y atrapó su boca para robarle un beso.

Capítulo 22

—¿Qué piensas? —le preguntó Abel, abrazándola por detrás.

Cleo observaba la pirámide que se erigía delante de ellos con concentración.

—Parece increíble que las levantara el ser humano hace tanto siglos... — Se movió hacia uno de los lados, desde donde podía ver la otra construcción más pequeña—. ¿Y estás seguro de que no fueron los extraterrestres? —lo interrogó con una enorme sonrisa en su cara.

El guía se carcajeó y la abrazó de nuevo. Desde que se habían reencontrado sentía la necesidad de tocarla, abrazarla y besarla a todas horas. Era como si necesitara saciar la sed que tenía de ella, al haber estado dos días separados.

—Seguro, pero ya sabes que hay teorías para todos los gustos. —Le sacó la lengua y le apartó uno de sus mechones de la cara—. Un estudio reciente habla de que la perfección de las tres pirámides de Guiza, en línea recta y siguiendo las tres estrellas del cinturón de Orión, con un desvío en la actualidad de unos grados, pero correcta cuando fueron construidas. —Miró unos segundos al cielo como si buscara localizar las estrellas en pleno día—. Además de que sus caras miran hacia los cuatro puntos cardinales... —Le guiñó un ojo—. Que todo ello se debe a que los antiguos egipcios las levantaron tomando como referencia el equinoccio de otoño. Parece ser que utilizaron una especie de reloj de arena para marcar los puntos que iba recorriendo la sombra del sol, y que se llamaba...

—Gnomon —dijo ella para su sorpresa.

Abel arrugó el ceño y la miró a los ojos.

—Vale, me rindo. No me necesitas como guía... —Fue a alejarse, pero esta lo abrazó todavía más fuerte, impidiéndoselo.

—No seas tonto —lo acusó divertida—. Es solo que me gusta la historia y, como te dirían mis amigas, cualquier fricada sobre Egipto me la leo, estudio o analizo hasta que me la sé de memoria.

—Pero ¿has estudiado Historia o Egiptología? —se interesó.

—No, Administración y Dirección de Empresas...

La observó confundido.

—¿Y por qué?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Abel la miró extrañado pero no quiso insistir.

La tomó de la mano y se dirigieron a la zona desde donde se podía admirar la perfección de la belleza de la Gran Esfinge de Guiza. No muy lejos de donde se encontraban.—Durante siglos estuvo enterrada bajo las arenas del desierto —indicó Abel señalando con la mano la gran construcción cuando estuvo delante de ellos. Hay imágenes donde se la representa solo con la cabeza visible, por esto mismo...

—Y lo de la nariz, ¿qué me dices? —le preguntó sin apartar la vista de la parte que le faltaba a la esfinge—. ¿Fue Napoleón o no?

—Bueno... muchas de las teorías hablan de ello, pero hay unos dibujos de Frederic Luis Norden donde se comprueba que ya le faltaba antes del nacimiento de Bonaparte.

Ella asintió pensando en lo que le explicaba.

—Es increíble... ¿Me haces una foto? —Se colocó delante de él, con la esfinge y la pirámide de Keops por detrás de ella, y abrió los brazos como si quisiera abarcar todo lo que allí se encontraba.

Abel se rio y se le acercó. La rodeó la cintura con un brazo y sacó su móvil para hacerse los dos juntos un *selfie*.

—Sonríe... —Cleo no dudó en hacer lo que le pedía, dándole un beso en la mejilla cuando acabaron—. ¿Y eso?

La joven se encogió de hombros.

—Para agradecerte que estés aquí... conmigo...

—Bueno, las ventajas de ser el jefe. —Le guiñó un ojo y miró el teléfono—. Me tienes que dar tu número si quieres que te mande la foto... —La miró extrañado al no escucharla hablar—. Cleopatra, tu número...Ella pestañeó con rapidez y se lo dio, pero no dijo nada más.

—Llevas mucho tiempo callada... —comentó Abel, ya por fin cansado de

su silencio y su nula contribución a mantener una conversación—. ¿No te gusta? ¿Sucedo algo?

Se encontraban en la necrópolis de Saqqara, donde destacaba la pirámide escalonada de Zoser; y, a diferencia de en Guiza, había muchos menos turistas.

—Sí. No pasa nada... —Se agachó y tocó la arena con los dedos. Tan diferente a la de la pequeña playa que había cerca del poblado nubio.

—Cleopatra... —Agarró su mano, tirando de ella para que se levantara, y atrapó su barbilla para impedir que apartara la mirada—. Nos conocemos desde hace poco, pero ya sé que este no es tu estado normal. No eres tú... ¿Qué ocurre?

Ella se encogió de hombros.

—No es importante...

El guía pasó un dedo por sus labios y negó con la cabeza.

—Si consigues que tengas esta cara, sí es importante. ¡Desembucha! —Le exigió haciéndola cosquillas en la barriga, provocando que se retorciera de la risa e intentara huir de su lado. La pasada noche había descubierto maravillado que, dependiendo de cómo la tocara o acariciara, Cleo se retorcía por las cosquillas o gemía de placer; y, desde entonces, había aprovechado cada momento para jugar con ella, explorar sus rincones más secretos y saborear su piel utilizando la boca cuando la necesidad lo requería.

—Está bien, está bien... —Se limpió los ojos con las manos, retirando las lágrimas que se le habían escapado por la risa y suspiró—. Es una tontería que...

—Cleopatra... —la llamó impregnando en su voz la amenaza explícita de lo que podía suceder otra vez, si continuaba negando lo evidente.

—Apenas nos conocemos —soltó de golpe y se llevó una mano a la boca.

Él arrugó el ceño.

—Pero ya estamos poniendo solución a eso, ¿no? —Atrapó una de sus manos y se acercó a ella.

Esta asintió con timidez.

—Sí, pero...

La agarró de la barbilla y buscó sus ojos.

—¿Qué sucede? —insistió.

—Creía que eras un simple guía turístico y me sueltas que eres el jefe como tal cosa... ¡El jefe! Pero... ¿el jefe de qué?

Abel sonrió más tranquilo ante la pregunta. Su cabeza y su corazón se habían puesto en lo peor al ver su estado.

—Tengo una empresa que se encarga de hacer que los turistas que visitan el país lo descubran. —Le acarició la mejilla—. Turistas como tú, mi Cleopatra.

—Pero si eres el jefe, ¿por qué has hecho de nuestro guía?

—Por mi abuela y Gustavo —respondió, agarrándola de la mano para llevarla hacia donde habían aparcado el *jeep*—. Cada vez que vienen a Egipto, los acompaño en su viaje y aprovecho para hacer algo. No me gusta estar mano sobre mano, por lo que sustituyo al guía de la ruta que eligen... Él descansa y yo desempolvo mis conocimientos de la zona.

Cleo se sentó nada más llegar al coche y esperó a que Abel ocupara el asiento del conductor para seguir preguntándole.

—Pero no entiendo que fuera un secreto...

La miró extrañado.

—No es un secreto. Lo que pasa es que prefiero que los turistas crean que soy... —Buscó la palabra que ella había utilizado—. Un simple guía, a que sepan que están ante el máximo responsable de que todo marche correctamente. Solo una vez se me ocurrió decirlo, cuando era un novato en todo esto, y no sabes el crucero que pasé con reclamaciones, consejos o llamamientos.

Cleo se rio.

—Lo puedo imaginar... —Se acomodó mirando al frente y justo cuando Abel arrancaba el motor del coche, comentó—: Pero después de la noche que compartimos, quizás podrías habérmelo contado...

Abel apagó el motor y la miró.

Ella tenía la vista fija en la arena del desierto, como si no le diera importancia a lo indicado, pero el guía ya sabía que no era cierto. La conocía lo suficiente para saber que estaba esperando una explicación que la convenciera.

—Al día siguiente fui el tonto mayor del reino —anunció atrayendo su atención, y ella no pudo evitar que en su cara asomara una sonrisa al

escucharlo—. En vez de quedarme en la cama contigo... —Atrapó su mano y la acarició—. Hui de tu lado y no fue hasta que mi abuela me leyó la cartilla, que no reculé.

—¿Tu abuela te regañó?

Abel se rio.

—Bueno, no llegó hasta ese extremo, pero sí me hizo ver lo que podía perder por tener miedo a lo que comenzaba a sentir... —La miró a los ojos—. Eres un elemento con el que no contaba en mi vida, Cleopatra, y has llegado a ella para ponerla patas arriba.

—Yo tampoco te esperaba, Abel —reconoció, recibiendo un beso que terminó tan rápido como empezó.

Los ojos azules se centraron en los marrones.

—Me alegro de escuchar eso... —susurró—. Hice bien en seguir el consejo de mi abuela.

Ella elevó su ceja con curiosidad.

—¿Cuál fue?

Abel se colocó en su asiento y arrancó de nuevo el motor del todoterreno.

—Que me disculpara —respondió guiñándole un ojo que le arrancó una carcajada.

Capítulo 23

—La cena ya está lista —le anunció Abel llevando el último plato de la cocina a la mesa, donde había muchas más viandas.

Cleo se rio al mismo tiempo que se sentaba.

—Va a ser mucha comida...

Este se acomodó enfrente de ella y le ofreció un plato en el que destacaban las lentejas.

—Te dije que tenías que probar la gastronomía egipcia...

Ella se carcajeó de nuevo y se sirvió algo de comida.

—Y estuve de acuerdo, pero no pensaba que fuera toda en una noche... Menos mal que avisaste en el hotel, y no contarán conmigo para el resto de excursiones porque no creo que pueda levantarme de la mesa esta noche.

Abel se carcajeó.

—Anda, no te quejes que sé que te mueres por probar todos los platos y en especial los postres.

Cleo se llevó el tenedor a la boca, y sonrió sin añadir ningún comentario. Habían compartido más de una comida en el barco, por lo que sabía de memoria cuál era su debilidad.

—¿Qué es? —preguntó saboreando lo que tenía en la boca.

—Koshari. Lleva lentejas, pasta corta, fideos y arroz, cubierto con una salsa de tomate que utiliza una mezcla de especias de Oriente Medio, una salsa ácida, otra picante, garbanzos y cebollas fritas.

La joven se relamió y puso los ojos en blanco.

—Está de muerte...

Abel se rio de nuevo.

—Me alegro pero ahora prueba de este otro... —Le señaló un plato que había a su lado—. Son verduras rellenas de arroz.

Cleo comió de él y emitió un gemido cuando su paladar lo saboreó.

—He muerto y estoy en el cielo...

—Mira que eres exagerada —la acusó divertido.

Ella le sacó la lengua y atrapó con el tenedor un poco de carne de otro

plato.

—¿Y esto? Dios... —Gimió. Abel se rio y probó del plato que acababa de comer ella.

—Es pollo, mezclado con capas de pan seco empapado en caldo, arroz, ajo y vinagre y todo ello cubierto con yogurt, nueces y pasas... Se gratina y listo.

Cleo bebió de su copa de vino y lo miró a los ojos.

—Cuando me dijiste que me llevarías a cenar, nunca pensé en esto... — Movió las manos señalando la mesa—. Tú cocinando, en tu apartamento... ¿Sabes que como se entere tu abuela, habla con el cura y nos casa en un momento?

El hombre bebió de su copa y observó los ojos almendrados.

—Quizás lo del cura no, pero...

Ella dejó el tenedor sobre la mesa y esperó a que continuara hablando, pero no lo hizo. En su lugar, vio como se levantaba de la silla para acercarse al frigorífico, sacó una nueva botella de vino, y regresó en silencio.

—Abel... ¿qué ibas a decir?

Este se pasó la mano por el cabello, soltó el aire que retenía de su interior y, tras mirar de nuevo a sus ojos, volvió a levantarse.

Por un segundo su corazón se adelantó a su cabeza, por una milésima de segundo... Siempre había sido una persona que pensaba antes de hablar pero con Cleo... todo era diferente.

Ella lo observó sin comprender lo que ocurría. Pensó que quizás había metido la pata, mencionando la idea de una boda pero solo había sido una broma o... por lo menos así lo quería creer, aunque su subconsciente pudiera haber hablado sin tener su permiso.

Vio como se acercaba hasta la puerta de la terraza que estaba abierta, desapareciendo por la oscuridad de la noche seguidamente.

No tardó en ir tras él. Se colocó a su altura, con los brazos cruzados como si acabara de descender la temperatura de su cuerpo y necesitara recuperarla, y observó las luces de la ciudad nocturna, el ruido del tráfico y, desde la distancia, escuchó una conversación que, aunque no supo lo que decían, le hizo sentirse cómoda.

El olor de la urbe, a especias y misterio, el calor del desierto, el sonido del

Nilo a lo lejos eran sensaciones que la acompañarían de regreso a su casa... un regreso que cada vez odiaba más al estar tan próximo.

—Abel, si quieres me voy y...

Este se volvió con rapidez hacia ella y atrapó sus manos.

—No, por supuesto que no. Es solo que...

Ella se le acercó, intentando vislumbrar entre la oscuridad algo en esos ojos azules que la volvían loca, pero le fue imposible.

—¿Qué pasa? —insistió.

—Te vas en dos días y de solo pensarlo...

Ella siseó acallándolo.

—No lo pienses... —Se colgó de su cuello y le dio un beso—. Disfrutemos de este tiempo que nos han regalado, de nuestra compañía... —Le dio un nuevo beso—. De nosotros...

—Pero... y si... —Dudó por un instante si decir lo que de verdad deseaba, hasta que al final se decidió—: ¿Te quedarás?

Cleo arrugó el ceño y se alejó de su lado. Pasó sus dedos por el largo cabello rubio que llevaba suelto, y se abrazó a sí misma.

—¿Para qué?

Él se le acercó y atrapó su cara para mirarla a los ojos.

—Para ver hacia dónde va esto, Cleopatra...

—¿Esto?

Le acarició las mejillas y sonrió con cariño.

—Tú y yo, lo que sentimos... Estaría bien saber si tiene alguna posibilidad de futuro.

Cleo sonrió con pesar.

—¿Futuro? —Asintió—. No eras tú el que hablaba de simple atracción...

Abel agarró una de sus manos y tiró de ella para acercarla al lugar que no debería haber abandonado: sus brazos.

—No nos engañemos, Cleopatra... —Le apartó el cabello con suavidad, dejando que sus dedos se deleitaran con su contacto—. Esto ni es simple ni solo se puede llamar atracción.

—¿Entonces cómo lo llamamos?

—¿Y por qué deberíamos ponerle algún nombre? —Delineó sus labios—. Podemos ver hasta dónde nos lleva pero con solo dos días... es difícil.

Ella suspiró.

—Pero tengo que regresar...

—¿Por qué? ¿Te espera alguien? —preguntó de pronto al darse cuenta de que en ningún momento habían hablado de que tuvieran pareja alguno de los dos. Él no tenía a nadie, pero ella...

Cleo sonrió y negó con rapidez, y Abel sintió como su ritmo cardiaco se relajaba de golpe.

—No, no es eso pero... —Dudó—. Mi vida está allí. Mis amigas, mi hogar...

El hombre le pasó las manos por el cabello y miró el brillo de las pocas estrellas que se vislumbraban a pesar de la luz artificial.—Dame un segundo... —le pidió y se adentró corriendo en el salón para regresar portando una silla entre sus manos. La colocó en la terraza y se sentó, invitándola a que se acomodara encima de él.

Ella se rio pero hizo lo que le pedía.—¿No crees que estaríamos más cómodos si traigo otra silla? —le preguntó colocando las manos alrededor de su cuello.

—Para nada. —Le pasó la mano por debajo de la falda que llevaba y acarició su suave piel—. Así estamos muy bien.

Cleo se rio de nuevo y lo miró a los ojos.

—Está bien. No voy a discutir...

Él le dio un beso y le guiñó un ojo.

—Mejor porque si no tardaríamos en hablar de lo importante...

—¿Y qué es lo importante? —preguntó con picardía.

—Tú en Egipto.

La joven abrió los ojos de par en par, al comprobar que la idea seguía rondando por su cabeza.

—Pero Abel son muchas cosas las que...

Este chascó la lengua contra el paladar acallándola.

—Sé por mi abuela lo que le sucedió a tus padres... —La sonrisa de Cleo desapareció, al mismo tiempo que él volvía a acariciar su mejilla con cariño —. Sé que fue difícil para ti...

—No lo puedes saber —atajó ella con tono serio.

Él atrapó su barbilla y la obligó a mirarlo.

—Lo sé porque yo también perdí a mis padres a una edad temprana. — Ella lo observó sorprendida—. Pero...

—Lo siento... No sabía nada —interrumpió.

Abel negó con la cabeza y le dio un beso.

—Tranquila. Es verdad que los extraño... Sobre todo cuando me gustaría saber su opinión o que me aconsejaran en alguna cosa... Pero fue hace mucho... —Cleo asintió, sabiendo de lo que hablaba—. Tuve a mi familia cerca, pero como soy un poco cabezota...

—¿Un poco? —le preguntó con retintín.

Él le sacó la lengua.

—Tanto como tú —se defendió.

Cleo se rio y apoyó la cabeza en su hombro, atrapó su mano y jugó con sus dedos.

—Vale, admito pulpo como animal de compañía.

Abel se carcajeó.

—Pero, aunque choquemos, siempre acabamos solucionando nuestros problemas —indicó con una sonrisa traviesa—. Además, parece que hemos llegado a un punto medio porque hace mucho que no peleamos, ¿no crees?

—Eso parece —afirmó.

—Por eso está bien que sigamos conociéndonos...

—Pero tengo que regresar —señaló ya no tan segura.

Abel le pasó las manos por el cabello y le dio un beso en la cabeza.

—¿El trabajo?

Ella negó.

—No, si todavía no trabajo en ningún sitio. Tengo un dinero que me dejaron mis padres y con eso, pude pagar la carrera. Cuando he terminado...

—Miró hacia la ciudad—. En realidad debería haber «utilizado» este viaje para pensar en mi futuro, en qué hacer a la vuelta o por lo menos eso es lo que me sugirió mi amiga Diana.

—¿Y qué has pensado? —se interesó.

Cleo soltó el aire que retenía y fijó sus ojos en él.

—Pues nada... —Le dio con el dedo en la punta de la nariz—. Por tu culpa.

Él la observó confuso.

—¿Y qué he hecho yo?

—Pues aparecer ante mí —confesó guiñándole un ojo.

—Pero si yo soy un santo —se defendió, contradiciendo a sus palabras la sonrisa que mostraba—. ¿Y por qué no quedarte aquí y hacer lo que de verdad te gusta? —le soltó, descolocándola.

—¿Y qué se supone que me gusta, listillo? —Le revolvió el cabello oscuro.

—La historia, Egipto... No puedes negar que has disfrutado como una enana estos días, que sabes más de lo que quieres demostrar sobre todo lo que te he ido contando y que... —Le acarició la pierna por debajo de la falda, y ascendió hasta su tanga—. Si te quedaras podrías trabajar en algo relacionado con ello. Recuerda que yo tengo una empresa en la que encajarías a la perfección —le dijo colando uno de sus dedos por debajo de la tela.

Cleo retuvo la respiración al sentirlo, dio un respingo y se mordió el labio inferior cuando sintió como se adentraba por su interior. Se movió ligeramente para permitirle un mejor acceso, y apoyó una de sus manos en los hombros masculinos.

—Pero no quiero favoritismos... —Ahogó sus palabras cuando un dedo traspasó el umbral húmedo—. Quizás no haya un puesto donde pueda encajar —señaló, utilizando el mismo verbo que él había usado con anterioridad, jadeando al sentirlo más profundamente.

Abel le mordió con suavidad la barbilla y descendió con lentitud por su cuello, dejando que su lengua saboreara su piel.

—Siempre podemos ver otras opciones... —Ella gimió y fue como miel para sus oídos. Le mordió en el lugar donde se junta el cuello con el hombro, para besarla a continuación cuando ella se movió buscando un mayor contacto—. Prométeme que lo pensarás... —le rogó con voz ronca.

Ella gimió como respuesta, y él gruñó al mismo tiempo que la alzaba en brazos para adentrarse en la casa.

Capítulo 24

Tras desayunar en el apartamento de Abel, compartiendo risas y charlas, con el acuerdo no verbalizado entre los dos de no sacar el tema del viaje de Cleo y por consiguiente, la posibilidad de que se quedara allí con él... Decidieron visitar la Mezquita de Alabastro, situada en la parte más alta de la Ciudadela de El Cairo, pero antes debían hacer parada en el hotel de ella, para que pudiera cambiarse de ropa.

Nada más entrar por la recepción se encontraron con Adela y Gustavo que salían de visita.

—¡Qué alegría verte, querida! —saludó la anciana a Cleo, dándole un beso en la mejilla.

—¿Y yo, abuela? ¿No estás contenta de verme? —la picó Abel, tras saludar a su primo con un apretón de manos.

La mujer le golpeó el estómago, con poca fuerza, y negó con la cabeza.

—Contigo no tanto... —Agarró el brazo de la joven y comenzó a caminar hacia la calle, donde los esperaba la furgoneta que los llevaría a su excursión—. Has secuestrado a nuestra Cleo y apenas la he visto desde que hemos regresado del lago Nasser, y en nada ya no podré disfrutar de su compañía.

El gesto de la pareja cambió, al recordarles el tema que habían dejado aparcado de momento.

—Pero Adela, le prometo que mañana pasaré la tarde con usted —comentó Cleo, dándole un beso.

Abel tensó la mandíbula al escucharla. Mañana era su último día y si le decía eso a su abuela, podía ser que ya hubiera tomado una decisión, una que no le iba a agradar.

—Aunque también es verdad, abuela —atrajo su atención—, que estoy haciendo todo lo posible para que «nuestra» Cleo —subrayó esto último cambiando el tono de voz—, decida cambiar de planes...

—¿Y no marcharse a España? —preguntó ilusionada la anciana, como si acabaran de darle la mejor noticia del mundo.

Abel le guiñó un ojo cómplice.

—Puede ser...

Adela observó la cara de su nieto y luego fijó su mirada en la joven que miraba hacia otro lado, como si el color de la furgoneta que esperaba paciente para marcharse a su próximo destino, fuera lo más importante que tenía que hacer en ese momento.

—Pues sería estupendo, Cleo, porque así nos veríamos más a menudo. ¿Sabes que siempre he querido tener una nietecita?

Cleo la miró y no pudo evitar sonreír al escucharla.

—Pero si ya tiene a Gustavo y a Abel —le dijo divertida.

La mujer miró a sus nietos e hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia a que estuvieran ahí delante, y comentó:

—Sí, claro, pero no es lo mismo que tener una niña cerca.

Cleo amplió su sonrisa y observó al causante de esta situación.—Tengo que pensarlo...

La anciana le pellizcó la mejilla y negó con la cabeza.

—Nimiedades, querida. Tírate a la piscina... ¿No querías vivir una aventura?

Esta no pudo más que estallar en carcajadas.

—Bueno, lo de «querer una aventura»... —Movié los dedos simulando unas comillas imaginarias—. Me animaron a tenerla Diana y usted, si no recuerdo mal. —Le guiñó un ojo—. Yo solo venía de vacaciones.

Adela movió la mano de lado a lado.

—Detalles sin importancia. —Subió a la furgoneta y se acomodó en uno de los asientos—. Lo importante es si te atreves o no a navegar sin rumbo, a buscar lo que quieres, eso que no estaba dentro de tus planes y que lo tienes delante de tus narices. —Le dio en la punta de la nariz y le guiñó un ojo.

Gustavo fue a subir detrás de su abuela pero antes de hacerlo, le dio un beso a Cleo en la mejilla, sorprendiéndola.

—Estaría bien que entraras a formar parte de la familia —le indicó con tono divertido, pero por su mirada, ella supo que hablaba muy en serio.

La puerta lateral del vehículo se cerró y el guía, tras saludar a Abel, se montó en su asiento para arrancar al poco el motor del mismo.

—¿Adónde van? —preguntó Cleo mirando el lugar vacío que había

ocupado hasta unos instantes la furgoneta.

—Al Museo Egipcio.

Ella asintió y se dio la vuelta para regresar al hotel.

—Me gustaría ir también...

—Si te quedaras más tiempo, siempre podríamos ir a visitarlo —comentó este como tal cosa, ahogando un grito de dolor cuando sintió un pellizco en el brazo y miró a Cleo—. ¿Pero qué he hecho?

Ella levantó su dedo índice y lo movió delante de su cara.

—Ya lo sabes... —Pulsó el botón del ascensor con demasiada fuerza—. Se lo has dicho para que se compinche contigo...

Este se llevó una mano al corazón y puso cara inocente, aunque la sonrisa que mostraba en su cara contradecía su intento.

—Ha sido sin querer...

Cleo entró en el ascensor y se volvió hacia él, empujándolo hacia afuera del habitáculo cuando intentó seguirla.

—Tú no. Ya subo yo sola a mi habitación.

—Pero... ¿déjame acompañarte?

—¡Ni loca! Buscarías que te perdonara y ya sé lo que sucedería... La cama es muy tentadora, por lo que espérame aquí que no tardo. —Pulsó el botón de su piso y vio como se cerraban las puertas del ascensor, para comenzar a reír sin parar a continuación.

A Cleo la Mezquita de Alabastro le encantó. Su enorme cúpula, la altura de los minarettes o el gran patio fueron elementos que llamaron su atención, pero sobre todo el interior de la misma; con el suelo enmoquetado con alfombras persas y en el techo cientos de lámparas que reflejaban su luz en las paredes de alabastro, era como si se hubiera trasladado hasta el viejo Oriente.

—¿Qué te parece? —le preguntó Abel que no lograba apartar su atención de los cambios de registro de la cara de la joven. Era increíble como disfrutaba de cada cosa nueva que veía o aprendía, y para él, era como descubrir todo de nuevo gracias a haberla conocido... a haberse enamorado de ella.

—Es increíble —susurró y volvió sobre sus pasos, saliendo al gran patio

donde se encontraba la fuente para las abluciones—. ¿Qué están haciendo ahí? —Señaló con el dedo una torre rodeada de andamios.

El hombre se rio, atrayendo su atención.

—Algo imposible... Es la torre del reloj que Luis Felipe de Francia regaló a cambio del obelisco de Ramsés II que se alzaba frente al templo de Luxor y que desde entonces se erige en la Plaza de la Concordia de París.

—¿Y por qué dices lo de que es algo imposible?

Abel agarró su mano y comenzó a caminar para llevarla hasta donde podrían disfrutar de las mejores vistas de la ciudad de El Cairo, por estar la mezquita ubicada en la parte más alta de la Ciudadela.

—Porque el reloj resultó dañado durante su instalación y nunca llegó a funcionar.

—¿En serio?

Este asintió.

—¿Qué te apetece visitar ahora? ¿La fábrica de papiros? ¿Una tienda de perfumes? Aunque me podría adaptar a uno, el perfume que usas ya es perfecto para ti. —Se acercó a su cuello y la olió, para darle un beso a continuación—. Tu aroma a jazmín, consigue que mi corazón lata desbocado y desee a todas horas estar dentro de ti.

Ella se sonrojó ante sus palabras, miró a su alrededor por si alguien hubiera podido escucharlo, pero se dio cuenta de que los turistas estaban más pendientes de hacer fotos que de lo que pudieran estar hablando.

—Si me sigues mirando así, harás que cambie de opinión y quiera volver a tu apartamento, en vez de seguir visitando la ciudad.

Abel le mostró una sonrisa lobuna y se acercó a ella, hasta arrinconarla contra un árbol.

—Soy tu guía, pide y te llevaré.

Cleo observó la intensidad de sus ojos azules y se mordió el labio inferior.

—¿El Museo Egipcio?

Este arrugó el ceño al escucharla. Lo que menos esperaba es que quisiera visitar un museo en ese momento.

—¿Estás segura? —rumió entre dientes, acercándose a su cuerpo, para que notara lo que su cercanía le provocaba.

Ella asintió y le dio un rápido beso.

—Porfa...

Abel gruñó y dejó caer su cabeza rendido hasta el hombro femenino.

—De acuerdo...

—Bien. —Fue a moverse pero las manos de este la mantenían fija al mismo lugar—. Necesito unos segundos...

Cleo miró hacia abajo confusa por su petición pero cuando observó la parte abultada de sus vaqueros, lo comprendió y se rio.

—¿Solo unos segundos? —le susurró al oído, acercándose todavía más a él.

Abel gruñó de nuevo.

—Cleopatra... —la amenazó.

—¿Sí?

—Estate quieta unos minutos.

—¿Pero no eran segundos? Él palmeó su trasero, provocando que esta emitiera un leve grito que atrajo unas pocas miradas.

—Está bien, está bien... Esperamos unos minutos —dijo con retintín y levantó las manos en son de paz.

Capítulo 25

Cleo se rio atrayendo algunas miradas de las personas que, al igual que ella, estaban cenando en el local.

Se encontraban en un restaurante donde servían comida típica egipcia, con Adela y Gustavo, que se los habían encontrado en el museo, y decidieron que era buena idea compartir una «posible» última cena.

—¿Y me dices que Abel organizó una recolecta para eso?

La abuela de este asintió sonriente.

—Para montar una visita guiada por su casa... —explicó otra vez—. Sus padres no podían creérselo cuando llamaron a la puerta los primeros «turistas».

Abel resopló y Gustavo se rio.

Cleo observó al hombre que le había robado el corazón y apretó su mano con cariño.

—Ya se notaba que lo de viajar, hacer de guía turístico iba a ser lo tuyo.

Abel le devolvió el apretón con gesto cómplice, le sacó la lengua y comentó:

—Siempre me ha gustado la historia, los monumentos, construcciones o vestigios que quedan de nuestros antepasados. Saber de ello, de lo que esconden entre sus piedras, la sabiduría que pueda ofrecernos... y todo ello... mostrárselo a la gente. Podemos aprender mucho del pasado, solo hay que saber mirar y...

—Y tú les enseñas dónde deben hacerlo.

Abel le dio un beso en la mano y asintió.

—Exacto.

Los dos se quedaron mirándose, con los ojos anclados, hablando un lenguaje que solo conocían ellos y que sus acompañantes no entendían.

—Bueno... —Adela arrastró la silla hacia atrás, atrayendo la atención de la pareja— ya es hora de que me retire...

—Pero, si lo estábamos pasando tan bien...La anciana le acarició la mejilla a Cleo.

—Pero tengo unos años y sé cuándo sobro.

—Eso no es verdad... —se quejó la joven—. Abel, dile algo a tu abuela...

Este miró a la mujer mayor y agarró su mano.

—Tú no sobrarás nunca, abuela.

—Lo sé, cariño. Pero estoy cansada y era una forma de despedirme dignamente.

Gustavo se levantó y se acercó a ella, para apartarle la silla. Le ofreció su brazo y esta no dudó en apoyarse en él.

—Yo la acompañaré —dijo el joven, recibiendo un movimiento conforme de su primo.

—Podemos ir también nosotros... —indicó Cleo con rapidez.

—De eso nada —se negó Adela—. Sois jóvenes y podéis disfrutar de vuestra última noche juntos... —Parecía que no iba a añadir nada más pero de repente dijo—: Aunque espero que decidas quedarte, querida. —Le guiñó un ojo y ella se rio.

Abel y Gustavo intercambiaron miradas, y este último se despidió de Cleo con un beso. En cuanto la pareja se quedó sola, el silencio reinó sobre la mesa.

—¿Te apetece que demos una vuelta? —le sugirió él.

La joven asintió, levantándose de la silla, y atrapó la mano que le ofrecía para caminar el uno al lado del otro.

Salieron a la calle y el calor sofocante los sorprendió.

Habían estado en el restaurante varias horas, cobijados con el aire acondicionado, y sus cuerpos ya se habían acostumbrado a esa temperatura por lo que el calor de la noche se les pegaba a la piel como una segunda capa de ropa, pero, a pesar de ello, ninguno de los dos hizo intención de regresar al hotel.

Se dirigieron sin rumbo fijo por las anchas aceras blancas que, paralelas a una carretera casi desierta, se diferenciaban mucho del tráfico infernal que había durante el día en la ciudad. Apenas había gente por la calle, unos pocos turistas despistados, y ellos dos que en silencio, disfrutaban de su mutua compañía.

—¿Has pensado algo? —preguntó Abel, intentando saciar su curiosidad, esa que le había perseguido desde que se había despertado. Apenas había

sacado el tema entre ellos, breves menciones o puyas que buscaban hacerla reaccionar, para que por fin le diera una respuesta a su proposición.

—No puedo... —dijo descolocándolo.

Este detuvo su caminar, parándola también a ella.

—¿Por qué?

Cleo rompió su contacto y atrapó la trenza que se había hecho para recoger su cabello.

—Mi vida está allí. Es lo que conozco, donde debe seguir...

—No lo entiendo. Aquí también puedes construir una nueva vida y no estarás sola. Estaré yo a tu lado.

Ella sonrió con pesar.

—Apenas nos conocemos, Abel...

—Pues resolvámoslo —le dijo agarrando sus manos—, pero para eso necesitamos tiempo, un tiempo que no existe si te marchas.

—Es complicado...

—Es tan complicado como tú quieras hacerlo —la rebatió—. ¿Te gusto?

Miró sus manos unidas y suspiró.

—Más que eso —indicó, dándole esperanzas—, pero esa no es la cuestión...—No entiendo qué quieres decir. Tú me gustas, estoy a gusto contigo... muy a gusto —repitió acariciando su mejilla—, podemos darnos una oportunidad...

—Pero es mi vida la que cambiará, no la tuya. Seré yo la que vivirá en un país extraño, sin mis seres queridos cerca y sin saber en realidad qué haré para subsistir.

Abel posó sus manos a ambos lados de la cara de ella y buscó su mirada almendrada.

—¿Quieres que me vaya contigo? —Lo observó sin dar crédito a lo que le decía—. Lo haré, Cleopatra. Solo tienes que pedírmelo y lo haré...

—Pero tu empresa, tu hogar... Todo está aquí.

—Eso no es importante —señaló con convicción—. Siempre puedo empezar en otro lugar o abrir una sucursal allí, en España. Para mí lo importante es estar contigo...

Cleo se mordió el labio inferior.

—Pero... —titubeó— ¿lo dejarías todo por mí?

—Empezaría todo por ti.

Ella sintió como los nervios se asentaban en su estómago.

—¿Y qué seríamos?

Abel le acarició los labios con delicadeza.

—¿Te gusta mucho poner etiquetas a todo? —le dijo sonriente.

Esta se encogió de hombros.

—Es que me resulta raro que quieras... —Lo miró a los ojos y al final se separó de él, dándole la espalda—. Abel, estamos hablando de que me tire desde un helicóptero sin saber si el paracaídas se abrirá o no.

—Confianza, Cleopatra. ¿Confías en los nuestro? —Se puso delante de ella para mirarla a la cara.

Ella lo observó y soltó el aire que retenía.

—Creo que sí...

—¿Crees? —le preguntó algo decepcionado.

—Mi vida me ha demostrado que son pocas las personas con las que puedo contar. Cuando mis padres fallecieron, muchos desaparecieron, dejándome sola, y no fue hasta que aparecieron Diana y Leti, que no comencé a creer que quizás había gente en la que podía depositar todo mi amor...

Él asintió, comprendiéndola.

—Y aunque te gusto, no puedes confiar en mí...

—Es complicado...

—Pues explícate —le exigió nervioso.

Esta miró a su alrededor como si buscara una salida de emergencia que la ayudara a escapar de donde se encontraba, pero al final respiró profundamente y confesó:

—En mi vida siempre he elegido la opción más fácil, esa que se me ponía delante y que, sin pensarlo mucho terminaba tomando. Sin complicaciones, sin necesidad de elegir entre dos vías, lo que se me pusiera delante aunque no terminara de gustarme...

—¿Como estudiar Administración y Dirección de Empresas?

Cleo asintió sin dudar.

—Se me daba bien... Asistía a clase, sacaba buenas notas...

—Pero era como una obligación —le indicó con seguridad—. Te da

miedo dejarte llevar, hacer lo que te gusta, por miedo a sentir...

Ella arrugó el ceño.

—Eso no es exactamente así...

Abel atrapó sus manos y asintió contradiciéndola.

—¿Por qué no estudiaste Historia u otra cosa relacionada con Turismo?

Ella se encogió de hombros.

—Porque no tiene apenas salidas —respondió con rapidez.

Abel sonrió con pesar y negó otra vez.

—Porque tienes miedo de disfrutar de la vida, de aquello que te gusta o que quieres...

—¿Y por qué piensas eso?

Le acarició la mejilla con suavidad.

—Porque te he observado todos estos días y ese brillo que tienes en tus ojos desde que bajaste del avión, solo desaparece cuando hablas de volver a tu país o cuando me has contado, en muy escasas ocasiones, algo de tu vida de allí. Solo relucen cuando mencionas a tus amigas, pero luego... Cleopatra, no sé nada de tu vida porque tú no me la has contado y pienso que es más porque tú misma sabes que no tienes allí una vida plena.

—¿Y aquí sí la tendría?

Él asintió con rapidez.

—Tendrías que ver tu cara cuando observabas Luxor o Abu Simbel, cuando estabas entre los niños del poblado nubio o acabaste bañándote en el Nilo...

Cleo le golpeó el brazo con poca fuerza.

—Eso fue por tu culpa...

—Y volvería a hacerlo por ver otra vez esa sonrisa. —Le delineó los labios.

Ella agachó la mirada y sintió como sus mejillas enrojecían levemente.

—¿Y por qué piensas eso? ¿Cuál es tu teoría, listillo?

Abel la sonrió con tristeza.

—Porque tienes miedo de sentir algo por alguien o por algo, por si te lo arrebatan de golpe otra vez —soltó sin medias tintas, haciendo referencia a la pérdida de sus padres, y supo que había acertado cuando una lágrima solitaria se deslizó por la mejilla femenina.

Cleo se apartó de su lado y se limpió de malos modos la cara.—Pues que sepas estás muy equivocado porque ya te quiero... —espetó de golpe y elevó sus manos al cielo para dejarlas caer a continuación—. Siento que no eres un simple capricho, Abel. Siento por ti mucho más de lo que jamás he sentido por otra persona pero...

—Te da miedo emprender la aventura —indicó utilizando la palabra que había usado esa mañana su abuela—. Confía en nosotros...

Ella suspiró.

—Necesito tiempo...

—Tiempo es lo que te ofrezco, pero a mi lado, Cleopatra.

Esta negó con pesar y comenzó a caminar sola.

Al poco apareció Abel a su lado y le agarró de la mano.

En silencio...

Cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

Capítulo 26

Llegaron a la recepción del hotel en completo silencio.

Cleo se acercó al mostrador para pedir la llave y él la esperó en los ascensores.

—Subo en un rato... —le comunicó dándole un beso en la boca.

Ella asintió y se metió en el ascensor, apoyándose en la pared del mismo con gesto cansado cuando las puertas se cerraron y su cara se inundaba de lágrimas de dolor.

Abel se dirigió al bar del hotel y se acomodó en un taburete que había cerca de la barra. Pidió un *whisky* bien cargado y bebió un buen trago justo cuando su primo apareció a su lado.

—¿Nuestra Cleo?

Él asintió y bebió otra vez.

—Nuestra Cleo...

—¿Se marcha? —preguntó Gustavo aunque por el estado de su primo, podía adivinar la respuesta.

—Sí, pero me quiere...

Lo miró confuso.

—¿Te quiere? —Asintió—. ¿Y por qué se va entonces?

Abel dejó caer su cabeza hacia adelante rendido.

—Tiene miedo a que lo nuestro no funcione...

—Dice la abuela que se le nota que lo de sus padres, le afectó demasiado... que todavía le afecta —comentó atrayendo su atención—. A ti te llevó a cruzar el charco, a aventurarte y seguir yendo hacia adelante. Bajo tus normas y siguiendo unos planes donde costaba que alguien te hiciera cambiar de dirección hasta que...

—Hasta que he conocido a Cleopatra —acabó por él.

Gustavo asintió.

—Y ella se cerró en sí misma, dejándose guiar por lo que creía conveniente pero sin arriesgarse...

—Sin disfrutar —especificó y gruñó al mismo tiempo—. Y si la vieras

como se ha abierto estos días, como brillaban sus ojos ante lo que tenía delante o con mis explicaciones...

—O cuando te miraba —señaló Gustavo.

—¿También le brillan? —preguntó entre incrédulo e ilusionado.

Su primo le palmeó la espalda y asintió sonriente.

—También... Si tienes alguna duda de que sea verdad que te quiere, con solo fijarse en sus ojos, lo sabrás.

Abel se llevó las manos a la cara y bufó.

—No lo entiendo... Aunque quiero comprenderla, entender ese miedo que tiene a dejarse llevar, en realidad no lo entiendo... —Miró a su primo con ojos agotados—. Y Gustavo, soy una mala persona porque, aunque quiero comprenderla, aunque quiero ayudarla... —Se pasó la mano por la cara—. Su respuesta a mi proposición es huir de mi lado. Le he dicho que me iría con ella, si quería...

—¿Y dejar Egipto?

—Dejar todo —anunció—. Pero tampoco ha querido...

Gustavo enarcó sus cejas y bebió de la copa que el camarero le había puesto delante.

—No sé qué decirte, primo... —Se rascó la nuca—. ¿La quieres de verdad, eh?

Este asintió con la cabeza.

—Y la voy a perder.

Abel abrió la puerta de la habitación del hotel de Cleo con sigilo. Ya era muy tarde y podía encontrarse a la joven dormida, por lo que no quería despertarla.

Cruzó el pasillo a oscuras hasta llegar a la cama donde la imagen de la mujer que amaba le enterneció el corazón al mismo tiempo que un cuchillo se le clavaba al recordar que al día siguiente se iría, y no la volvería a ver.

Se quitó los zapatos, se deshizo de la ropa y se metió en el lecho con cuidado.

Se tumbó de lado, la abrazó con fuerza y le dio un beso en la desnuda espalda. Su aroma le inundó las fosas nasales...

Cerró los ojos y se dejó guiar por el sueño a un lugar donde de seguro habría un final feliz en esa historia, no la pesadilla que vivía en ese momento.

Cleo estaba despierta.

Escuchó como Abel entraba en la habitación con cuidado, como se deshacía de su ropa y sintió como el colchón se hundía bajo su peso.

En cuanto la abrazó su corazón comenzó a latir con rapidez y las mariposas que tan bien conocía, aletearon desbocadas.

Notó como la besaba la espalda y quiso que esa caricia hubiera sido en la boca pero sabía que si se volvía, si lo miraba a los ojos, su resistencia se derribaría y puede que cediera ante sus peticiones.

Y no podía... aunque quería.

El miedo puede ser un mal compañero y dar el paso que necesitamos para avanzar, puede parecer fácil para algunos, pero para otros... a otros les cuesta hasta respirar.

Cerró los ojos en cuanto sintió como el cuerpo de Abel se relajaba y escuchó como su respiración se normalizaba, avisándola de que acababa de dormirse...

Ya podía tocarlo...

Agarró su mano, esa que tenía alrededor de su cintura, y pasó sus dedos por la palma y sus yemas, la deslizó por el brazo y volvió hasta enredarla con la de él.

Cerró los ojos y soñó... y él se le presentó, pero este sueño fue diferente porque al contrario que en otras ocasiones, pudo ver la cara del desconocido que se le presentaba cada noche...

Capítulo 27

—¿Cleo? ¿Sucede algo? ¿Qué hora es? —la interrogó Diana preocupada en cuanto descolgó el teléfono.

—Perdona por llamarte pero... Sé que es muy temprano, pero... —titubeó—. Necesitaba hablar con alguien y...

—Vale, vale... Tranquilízate —le dijo su amiga—. Respira hondo y cuéntame qué ocurre.

Cleo miró la imagen que tenía delante de ella, las pirámides de Guiza iluminadas con los primeros rayos de la mañana, y expulsó el aire de su interior. Se había despertado en mitad de la noche, cuando los ojos de color índigo se le mostraron en su sueño y esa sonrisa que la había enamorado en el mundo real, acompañaba a un rostro que, hasta la noche pasada, no había podido identificar.

Era el mismo desconocido que se le presentaba en su cama cada noche desde hacía muchos años...

El mismo desconocido que conseguía que su cuerpo sintiera, gozara e incluso gimiera de placer desde una irrealidad que a veces, al despertar, rogaba porque hubiera sido real...

El mismo desconocido al que no veía el rostro, entre la oscuridad y la neblina que creaban los sueños, pero sí su cuerpo; el mismo cuerpo que la acompañaba en ese momento en la cama, con la respiración sosegada, pero que la abrazaba con el temor de que desapareciera de pronto...

El mismo desconocido que acababa de mirarla de frente en su sueño, con esos ojos que conocía tan bien, esa sonrisa que la tenía obnubilada y esos besos que añoraba que le regalara cada segundo que estaban juntos...

El mismo desconocido que, sin saberlo, había terminado conquistando su corazón al mismo tiempo que un miedo atroz se apoderaba de ella...

Ese desconocido siempre había sido Abel...

Cuando lo reconoció, abrió los ojos de golpe, se incorporó en la cama, con cuidado de no despertarlo, y sin pensar en lo que hacía, se vistió con rapidez. Hizo la maleta y salió como una vil ladrona sin mirar atrás.

Las silenciosas calles la acogieron nada más pisar la acera y con la vista baja, comenzó a caminar sin rumbo.

Había pensado que podría parar un taxi, ir al aeropuerto e intentar adelantar su vuelo pero cuando miró al horizonte, y vio la cúspide de la pirámide de Keops entre los edificios, se dirigió hacia ella como si esta tirara de su cuerpo.

Lo primero que llamó su atención cuando llegó, es que la zona estaba casi desierta, en comparación a lo que sucedía durante el resto del día, cuando grandes grupos de turistas invadían la gran necrópolis. Arrastró su rosa maleta de ruedas hasta un pequeño murete, desde donde podía observar la silueta de las tres pirámides, y se sentó dejando que la soledad la arrojara.

No fue hasta pasadas un par de horas de llorar en silencio cuando decidió que necesitaba una voz amiga, que la escuchara, que le aconsejara... que le dijera si estaba metiendo la pata en la decisión que había tomado... que estuviera allí...

Necesitaba llamar a Diana.—Cleo... ¿estás ahí? —la reclamó esta desde el otro lado del teléfono, al ver que tardaba en hablar.

—Sí, perdona... —Se limpió la cara, intentando alejar las lágrimas que había derramado involuntariamente, y se calló de nuevo cuando sintió una pequeña presión en el corazón al aparecérselle la imagen de Abel, en ese mismo lugar.

—No te preocupes —la trató de tranquilizar, al notar que le temblaba demasiado la voz—. Respira profundamente varias veces —repitió— y cuando estés preparada, estoy aquí. No me marchó a ningún sitio... Bueno, sí, a ponerme un café que ya sabes que no soy persona inteligente sin ese brebaje en mi cuerpo, pero sigo con el móvil pegado a la oreja.

—Gracias —dijo con una media sonrisa. Tanto Diana como Leti siempre conseguían arrancarle ese gesto.

—Te invitaría a desayunar —continuó hablando, como si supiera que su amiga necesitaba mantener una conversación normal, hasta que decidiera por sí misma dar el paso de explicarle qué sucedía—, pero como estás en Egipto... —lo dejó caer y se calló de repente por si Cleo mencionaba algo, al hilo de lo que decía, pero esta siguió en silencio el tiempo justo en el que se sirvió el café—. Pero no importa —continuó—, porque cuando regreses esta

tarde, podremos tomarlo con tranquilidad y así nos enseñas todas las fotos que has hecho...

—Ajá... —emitió Cleo, en un tono de voz casi inaudible.

Diana se rascó la cabeza y miró por la ventana, donde la ciudad de Madrid comenzaba a despertar. Una imagen muy diferente a la que observaba en ese momento su amiga.

—¿Porque vuelves esta tarde, verdad? —tanteó con cuidado.

—Sí —respondió con rapidez—. No... —musitó a media voz—. No sé... —dijo rendida al fin.

Diana se sentó en el sofá de su salón y no pudo evitar sonreír al escucharla, a pesar de que sabía que su amiga lo estaba pasando mal y que le gustaría estar a su lado para consolarla, sabía que esto iba a suceder. Desde el mismo instante en el que Cleo mencionó al guía, saber que la alteraba, que la ponía nerviosa... Su amiga era una mujer más bien fría, que no se solía alterar por nada de lo que sucedía y se tomaba las cosas tal como venían, por lo que los síntomas que estaba experimentando desde que llegó a ese país, eran novedosos para Cleo y por fin podía suceder el ansiado milagro que tanto ella como Leti, rezaban porque tuviera. Despertar a la vida...

—Es Abel, ¿verdad? —probó por si esta vez estaba más receptiva a explicarle lo que sucedía.

Cleo observó a unos operarios limpiando la zona cercana a la pirámide y soltó el aire que retenía.

—Quiere que me quede... —explicó al fin.

—¿Allí? ¿En Egipto?

—Sí...

—¿Con él? —insistió para poder tener toda la información.

—Sí... —musitó— pero apenas nos conocemos.

Su amiga respiró con profundidad, intentando encontrar la fuerza que necesitaba para mantener esa conversación.

—Pero ¿te ha pedido matrimonio?

—No, no... —respondió con apremio, sonriendo al mismo tiempo—. No hemos hablado de nada de eso y es muy pronto...

—Ahh... ¿Y qué problema hay?

Cleo se mordió el labio inferior y puso los ojos en blanco.

—No lo conozco ni él a mí —insistió.

—Pues quédate y lo conoces, y veis hasta dónde podéis llegar —dijo como si fuera lo más evidente.

—¿Y mi vida? ¿Y vosotras? —replicó.

—Por nosotras no te preocupes. Siempre seremos tus amigas y además, si terminas quedándote allí, ya tendremos casa gratis para visitar el país.

Cleo se rio en alto.

—Tendrás morro...

—Chica, ya sabes que busco siempre sacar algo a la situación...

—Sí, y en esta ocasión seguro que saldríais ganando.

Diana se rio.

—Pues claro. Mi amiga viviendo en Egipto... Ya me lo estoy imaginando...

—Diana... —la llamó la atención para que no comenzara a divagar y se centrara en lo importante.

—Sí, perdona... ¿Por dónde iba?

—Por mi vida —respondió suspirando, como si estuviera manteniendo una conversación dentro de una película de los hermanos Marx. Comenzaba a dudar de si habría sido buena idea llamar a su amiga.

—¿Qué vida? —le preguntó de golpe descolocándola.

—La mía, la que tengo en Madrid —indicó como si hablara con un extraño—. Diana ¿me estás escuchando? Estoy bastante preocupada con este tema y...

—Sí, sí... Te escucho pero estoy respondiendo a la pregunta que me has formulado sobre qué sucede con tu vida —explicó con lentitud, intentando que no se enfadara—. No tienes nada que te ate aquí, Cleo. Acabaste tus estudios, unos que por otra parte hiciste casi como obligación porque ni te gustaban ni tenías intención de ejercer de ello. No tienes ninguna familia que te ate aquí...

—Pero la casa, los recuerdos de mis padres...

—El amor que sentiste y sientes por tus padres, te acompañará siempre, vayas a donde vayas. Esos recuerdos materiales, puedes llevártelos...

—Pero no todos —la rebatió.

—No, no todos —convino de inmediato—, pero sí los importantes. Las

fotos o esa caja que con tanto mimo guardas de tu madre. Pero aun así, si no pudieras llevártelos, sabes que los recuerdos más valiosos son esos que se instalaron en tu corazón hace tiempo y que nunca olvidarás.

—Pero tengo miedo —confesó.

—De amar a alguien y que te traicione. —No fue una pregunta sino una afirmación. Los años de amistad habían conseguido que las tres se conocieran demasiado bien.

—Si confío en él, en nosotros y luego...

—No pasa nada, Cleo —le dijo de inmediato—. Sufrirás, como todos hemos sufrido alguna vez, pero volverás a levantarte porque eres una de las mujeres más fuertes que conozco y de nuevo sonreirás. Esa es la vida, la que nos lleva a caer para poder seguir avanzando, y a ti la tuya ya te ha quitado demasiado, déjala que te regale a Abel y lo que sientes por él.

—Lo amo —confesó.

—Lo sé, cariño. Si no fuera así, no estaríamos manteniendo esta conversación.

Cleo ahogó un gemido y sorbió por la nariz.

—Seguiréis ahí, a mi lado, ¿verdad?

—Pues claro. No te vas a librar ni de Leti ni de mí, y ahora menos que podremos bajar a verte a El Cairo. —Cleo se carcajeó al escucharla—. Por cierto, ¿vas a vivir en El Cairo?

Cleo enarcó las cejas al escucharla y miró las pirámides.

—Pues si te digo la verdad, no lo sé... No hemos hablado de eso.

Diana se rio.

—Eso está muy bien, ¿y de qué habéis hablado entonces?

—De que es dueño de la empresa que organizó nuestro viaje por Egipto...

—¿El guía?

Cleo sonrió y asintió, pero al darse cuenta de que su amiga no podía verle la cara, señaló:

—Sí, Abel, y quiere buscarme algo para trabajar que pueda interesarme...

—¿Relacionado con la historia? ¿Con turismo? —interrogó de manera atropellada.

—Ajá...

—Ains... cariño, pues dirás tú lo que quieras pero ese hombre en el poco que ha tenido para conocerte, ha llegado a saber mucho más que tú de ti misma.

—¿Por qué dices eso? —investigó.

—Porque en apenas unos días, ha descubierto que estás enamorada de todo lo relacionado con la antigüedad, con la historia y sobre todo con Egipto. Esa siempre ha sido tu verdadera vocación...

—Quizás...

—Quizás, no. Es la verdad. Tienes que comenzar a pensar más en lo que verdaderamente te hace feliz e ir a por ello. La felicidad puede doler, por la pérdida o por la impotencia de no conseguir determinadas cosas, pero eso es en contadas ocasiones. La felicidad nos completa para que podamos convertirnos en quienes queremos ser.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabia?

Diana se rio.

—Desde que os tengo de amigas a ti y a Leti.

—Te quiero... —declaró Cleo.

—Yo también a ti, cariño, pero ahora lo importante... ¿dónde está tu guía?

Ella se rio.

—Lo dejé en la cama, durmiendo...

—Pues vuelve sobre tus pasos, acuéstate a su lado y, cuando abra los ojos, dile lo que has decidido.

—Gracias por todo... y por ser mi amiga.

—Anda, tonta. No tienes que agradecerme nada porque para eso estoy.

Capítulo 28

Cleo abrió la puerta de su habitación y el hombre que se encontraba dentro la miró sorprendido, al mismo tiempo que aliviado.

Dejó la maleta cerca de la entrada y se acercó con paso tembloroso hasta él.

Abel estaba sentado en la cama, ya vestido, pero por su cara desencajada se apreciaba que su partida lo había angustiado y se había encontrado en una situación desconocida para él.—Te has ido... —la acusó.

—Pero he vuelto —le indicó, arrodillándose delante de él, buscando su mirada.

Abel arrugó el ceño.

—¿Por qué?

Cleo miró a ambos lados de la habitación, para al final centrar su atención en el hombre que la observaba impaciente. Tomó sus manos y depositó un beso en ambas.

—Por ti —confesó enfrentando sus ojos azules.

El hombre sintió un vuelco en su corazón al escucharla, pero, aunque ahora mismo querría dar saltos de alegría, prefirió esperar a que estuviera aclarado todo entre ellos.

—¿Hasta cuándo?

Ella se sentó en el suelo con las piernas dobladas y le sonrió con algo de miedo.

—Unos días, meses, años...

Abel la siguió, y se acomodó a su lado, atrapando sus manos con nerviosismo.

—¿Por qué?

—Para conocernos mejor... porque necesitamos tiempo —señaló lo que él le había dicho.

Este le apartó un mechón dorado de la cara y lo colocó por detrás de su oreja.

—¿Por qué has cambiado de opinión?

Cleo suspiró.

—Podría ser por la magia de las pirámides de este país, pero he llamado a mi amiga Diana y me ha hecho darme cuenta de que si te quiero... —Lo miró a los ojos cuando lo dijo—. Debo alejar mis miedos y arriesgarme.

Le acarició la mejilla y apareció en su cara una sonrisa.

—Creo que voy a tener que agradecerérselo a Diana toda la vida...

Ella se rio y se acomodó sobre las piernas del hombre.

—Lo tienes fácil... —Él arqueó una de sus cejas—. Quiere que la invitemos a nuestra casa y así podrá conocer el país.

Abel movió la cabeza de manera afirmativa de inmediato.

—Eso está hecho... —Se acercó a su cuello y aspiró su aroma, ese que lo tenía fascinado y que, cuando abrió los ojos esa mañana y no la vio a su lado, pensó que no volvería a oler.

—Por cierto...—Umm...

—¿Dónde vamos a vivir? No hemos hablado de ello, bueno, de hecho, apenas hemos hablado de nada en lo referente al futuro que se nos plantea por delante... Abel, ¿qué haces? —le preguntó, interrumpiendo lo que trataba de explicarle, cuando este la tumbó boca arriba sobre el suelo y él se colocaba sobre ella.

—Tumbarte, ¿no lo ves?

—Pero estaba hablando y... —Gimió cuando su boca la besó en el cuello—. Hay una cama para esto...

Abel la miró.

—No sabes lo que he sentido cuando no te he visto a mi lado, cuando mis manos no te abrazaban y tu olor... —Se acercó de nuevo a su cuello y lamió su piel—. No inundaba mis fosas nasales.

—Lo siento —se disculpó atrapando su cara, para fijar su mirada en los ojos azules—. No sabes cómo lo siento, pero estaba tan confundida...

Él siseó y le dio un dulce beso para acallarla.

—Lo sé y lo entiendo pero ahora mismo necesito estar dentro de ti, hacerte el amor hasta que los dos logremos olvidar las horas anteriores, y así podamos comenzar de cero. Siempre que estés de acuerdo, claro.

Cleo le regaló una sonrisa y coló sus manos por debajo de la camiseta que llevaba.

—Más que de acuerdo aunque...

Él bufó y su cabeza cayó sobre el hombro femenino, haciéndola reír.

—Aunque, ¿qué?

—Saber dónde vamos a vivir es importante...

Abel gruñó y se abalanzó sobre su boca, acallándola. Atrapó su labio inferior; pasó por el superior; paladeando ese sabor que lo volvía loco y creyó que no volvería a catar jamás.

La miró cuando terminó la caricia, comprobando con satisfacción que la había alterado lo suficiente para quejarse cuando rompió el contacto, y fijó sus ojos en los almendrados.

—Te quiero, quiero que estés conmigo, a mi lado y que construyamos un futuro juntos. Tú me quieres también... —Se cayó por unos segundos, en los que ella confirmó sus palabras con un movimiento de cabeza—. Y también deseas ver ese futuro por lo que, Cleopatra, el resto... son nimiedades. Lo importante en esta historia somos tú y yo... —indicó y la besó de nuevo, arrancándole un gemido de satisfacción.

Epílogo

—Hoy es nuestro aniversario —le informó Cleo mientras observaba Abu Simbel.

Abel posó una mano sobre la barriga prominente de ella, y sintió una patada del niño que crecía en su interior.

—¿Cuál? Porque si por ti fuera, celebraríamos el de la primera vez que nuestros ojos se encontraron en el aeropuerto, la primera vez que nos acostamos... —rumió abrazándola por detrás—, cuando por fin decidiste quedarte aquí, en Egipto o... ¿nuestra boda? —Buscó su mirada y por el brillo de los ojos marrones supo que era esto último—. Es nuestro aniversario de boda... —Se golpeó la frente y bufó.

Cleo se carcajeó con fuerza atrayendo las miradas de los turistas que conformaban el grupo que guiaban en ese viaje.

—No te preocupes...

—Sí, perdona. Es que con todos los preparativos, lo de la nueva sucursal en Hong Kong... Me he olvidado pero te lo compensaré. —La besó en la boca—. Te lo prometo...

Ella negó con rapidez y le devolvió el beso.

—Tranquilo, para mí lo más importante es que mis seres queridos estén aquí conmigo. —Atrapó su mano, la posó sobre la barriga, y buscó con la mirada a Adela y a Gustavo que en ese momento acompañaban al interior del templo a Diana, Leti y Xavi.

Abel miró lo que ella observaba y también sonrió.

—Sabes que creo que a Gustavo le gusta Diana...

Cleo miró a su marido y atrapó su brazo para dirigirse hacia ellos.

—Y a Diana, Gustavo...

Los dos intercambiaron miradas cómplices y dijeron a la vez:

—¡Harían buena pareja!

Abel la besó en la mejilla.

—¿Hablamos con mi abuela?

Ella observó a la anciana y vio como cambiaba de brazo de apoyo,

pasando de su nieto a Leti, animándola a que avanzara con más rapidez y así poder dejar por detrás de ellos, a Gustavo y a Diana.

—Creo que ella ya ha empezado con sus propios tejemanejes...

Abel miró lo que le indicaba y sonrió con cariño.

—No cambiará nunca.

—Y que no cambie porque siempre ha tenido muy buen ojo haciendo de celestina. ¿No crees?

El hombre se detuvo, atrapó la cara de su esposa y fijó sus ojos azules en los marrones.

—Te quiero, mi Cleopatra.

—Yo también —le dijo, sellando sus palabras con un beso que tuvo que romper cuando el niño le dio una patada—. Creo que tu hijo reclama toda tu atención. —Sonrió mientras se pasaba la mano por la zona donde la había golpeado, tratando de calmarlo.

Abel le guiñó un ojo y se agachó hasta tener la cara a la misma altura que la barriga.

—También te quiero a ti, pequeñín —le susurró y le dio un beso en la tripa. Miró a su mujer y amplió la sonrisa—. Va a ser tan cabezota como tú...

—O como su padre —le contestó.

Este atrapó su mano y la besó.

—Sea como sea, será feliz.

Cleo asintió y le dio un nuevo beso en la boca.

—Sin ninguna duda. Muy feliz.

Fin

Agradecimientos

En esta novela os habéis encontrado la ruta turística que hicimos, hace ya mucho tiempo... mucho tiempo, Juan y yo con motivo de nuestro viaje de novios. Era un viaje que deseaba realizar desde hacía muchos años, sobre todo cuando un profesor de la universidad, me habló de esas noches de estrellas perennes que puedes disfrutar navegando por el río Nilo.

He intentado transmitir todo lo que sentí, viví y contemplé, para que pudiéramos disfrutar todos juntos de esta experiencia que ya es vuestra también.

Egipto es un país de culturas, mezclas, especias y mucha historia escondida... Un país para el recuerdo que he querido compartir con vosotros... Mis recuerdos.

Gracias por seguir apoyándome, por disfrutar de esta aventura literaria que es también vuestra y que sin vosotros, los lectores, nada sería posible.

Y quiero agradecerlo especialmente a las personas que me han acompañado en este proyecto, sin vuestro apoyo no hubiera podido terminarlo. A veces la vida nos presenta retos difíciles pero con vosotros siempre podré salir de ellos. Ya sabéis quienes sois... gracias por vuestro apoyo y paciencia.

Gaby eres la persona más importante de mi vida. Te quiero.